



Love & Secrets

BILOGÍA *Love I*

MABEL DÍAZ



Love & Secrets

BILOGÍA *Love I*

MABEL DÍAZ

*Cuando las ganas son reales,
el interés siempre está.*
Rafael Cabaliere

Con todo mi cariño, para Mariah Evans.

NOTA DE LA AUTORA:

Obra inscrita en el Registro de la Propiedad Intelectual.

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que en ella se narran son totalmente inventados por la autora; fruto de su imaginación, por lo que cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es pura casualidad.

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de la titular de la propiedad intelectual.

Si te gustan mis libros, te pido por favor que dejes un comentario en Amazon o los recomiendes a otras lectoras. ¡Muchas gracias!

Para saber novedades, ofertas, sorteos y regalos, puedes seguirme en:

Facebook: <https://www.facebook.com/mabel.diaz.9085>

Instagram: @mabel.diaz.escritoraromantica

ÍNDICE

<u>Prólogo</u>	
<u>Capítulo 1</u>	
<u>Capítulo 2</u>	
<u>Capítulo 3</u>	
<u>Capítulo 4</u>	
<u>Capítulo 5</u>	
<u>Capítulo 6</u>	
<u>Capítulo 7</u>	
<u>Capítulo 8</u>	
<u>Capítulo 9</u>	
<u>Capítulo 10</u>	
<u>Capítulo 11</u>	
<u>Capítulo 12</u>	
<u>Capítulo 13</u>	
<u>Capítulo 14</u>	
<u>Capítulo 15</u>	
<u>Capítulo 16</u>	
<u>Capítulo 17</u>	
<u>Capítulo 18</u>	
<u>Capítulo 19</u>	
<u>Capítulo 20</u>	
<u>Epílogo</u>	
<u>Agradecimientos</u>	
<u>Biografía de Mabel Díaz</u>	
<u>Bibliografía</u>	



PRÓLOGO

El joven observó el edificio.

Parecería un instituto si no fuera porque estaba rodeado de muros muy altos de hormigón gris. Sabía que las puertas eran de acero y no se abrían cuando él quería, sino cuando querían los que vigilaban.

Las ventanas tampoco podían abrirse. Los cristales eran muy gruesos y estaban pegados al marco.

Había cámaras por todos los sitios para tenerlo controlado y, si se portaba mal, los guardias de seguridad darían la voz de alarma.

Miró el cartel que indicaba el nombre de aquel lugar.

Can Sarrià.

El resto de las letras estaban tachadas con grafitis negros.

«Ojalá que la memoria pudiera borrarse, como cuando reseteas un ordenador y lo vuelves a configurar», pensó.

No entendía por qué se quedaba mirando el edificio en vez de salir corriendo de allí, como había deseado tantas veces en los cinco años que había pasado en su interior.

Recordó que, a menudo, se había prometido a sí mismo que algún día dejaría atrás toda aquella mierda. Se marcharía de allí y no volvería nunca más.

Ese momento había llegado. Ya era libre. Había aprendido la lección.

Se giró y empezó a caminar con la mochila colgada del hombro y una bolsa de deporte en la otra mano. En ellas llevaba sus pocas pertenencias.

A partir de ese instante, comenzaba una nueva vida y la oportunidad de hacer las cosas bien.

La oportunidad de ser bueno.



CAPÍTULO 1

Ariadna estaba desayunando con su padre aquel viernes de finales de abril. La situación era algo excepcional porque casi siempre lo hacía ella sola. Pero, ese día, el doctor Hans Van der Vaart no tenía que pasar consulta en el hospital de Palma de Mallorca, donde ejercía la especialidad de oncología.

Habían decidido hacerlo en el jardín, bajo una pérgola blanca, porque la temperatura invitaba a ello. Ese mes era anormalmente caluroso. El termómetro registraba cinco grados más que el mes de abril del año anterior.

—¿Qué tal vas con los exámenes? —preguntó su padre.

—Más o menos —contestó ella, sin querer comprometerse al dar una respuesta. Nerviosa, se colocó un mechón de su pelo rubio detrás de la oreja.

—Los aprobarás todos, como siempre —afirmó más que preguntó.

Ella se revolvió inquieta en la silla.

—Verás, papá, sobre eso...

Él la miró por encima de las gafas, expectante. Los ojos, tan azules como los de su hija, clavados en el rostro de la chica.

—Últimamente se me está haciendo muy cuesta arriba y...

—¿Vas a traer algún suspenso? —Sin dejarla responder, añadió—: Tienes que esforzarte al máximo. Estás en la recta final del curso y si quieres estudiar Medicina...

—Papá, eso es lo que mamá y tú queréis, pero os he dicho decenas de veces que no quiero ser doctora ni cirujana ni nada que tenga que ver con la medicina.

—Seguirás la tradición familiar —sentenció su padre con su marcado acento holandés—. Y no hay más que hablar.

Dobló con tensión la servilleta y la dejó encima de la mesa bajo la impotente mirada de Ari.

—Papá, es que... —intentó explicarle por decimonovena vez.

Hans alzó un dedo, indicándole que se callara.

—Vas a estudiar Medicina y punto. Así que déjate de esas tonterías de trabajar en una biblioteca o tener tu propia librería. Dentro de poco cumplirás la mayoría de edad. Va siendo hora de que abandones esos sueños de niña pequeña.

Ariadna sabía que su futuro estaba decidido desde que nació, pero, a pesar de eso, luchaba

contra su destino.

No quería ser médico. Lo tenía muy claro.

Amaba los libros. Le encantaba leer y estar rodeada de ellos. Por eso quería ir a la universidad para estudiar Filología Clásica, Literatura, Biblioteconomía y Documentación... algo que estuviera relacionado con los libros.

Su madre, Silvia, salió al jardín de la mansión donde desayunaba su marido con su hija.

—Fin de la conversación —ordenó Hans—. Seguro que mamá viene cansada. Ha pasado varias horas en el quirófano, operando un tumor cerebral. No le provoques más quebraderos de cabeza y déjala descansar.

Silvia Pons era neurocirujana en el hospital donde trabajaba también Hans. Descendía, al igual que su marido, de una ilustre familia de médicos.

Se acercó a ellos y se inclinó para darles un beso en la mejilla a cada uno.

Después, se sentó en una silla, agotada.

—¿Qué tal la intervención, cariño? —preguntó Hans con amabilidad.

—Larga y complicada. El tumor estaba muy extendido y profundo, y es una zona tan delicada... —suspiró.

Él le agarró la mano y se la llevó a los labios para depositar un beso en la suave piel.

—Ahora, desayuna y descansa, mi amor.

Mientras Silvia se deleitaba con las caricias de su marido en la mano, miró a su hija.

—¿Y vosotros? ¿Cómo estáis? ¿Qué tal con los exámenes, Ari? Ahora tienes que esforzarte más que nunca porque entrar en Medicina no es fácil. Tiene una nota de corte muy alta y...

Ariadna miró a su madre pensando en hablar con ella sobre su futuro en la universidad. Pero, al verla tan cansada, decidió dejarlo para otro momento.

Asintió con la cabeza a todo lo que decía Silvia y se metió otro bocado de tostada en la boca.

—Date prisa o llegarás tarde al instituto —comentó Hans.

—¿Ya está aquí el nuevo jardinero? —preguntó Silvia.

—Todavía no. Lo estoy esperando para conocerlo.

—¡Qué pena que Manuel se haya jubilado! Voy a echarlo de menos —suspiró la mujer.

—Cielo —Hans se rio de una forma suave—, debía hacerlo. Ya tiene edad para ello.

Ariadna se alzó en ese momento, dándole el último sorbo a su taza de leche con cacao.

—Me voy.

Les dio un beso a sus padres y entró en la casa.

Subió a su habitación. Era grande y luminosa. Las paredes estaban pintadas en un tono rosa muy bonito y llamativo. A la derecha había una cama de matrimonio con una colcha blanca y varios almohadones fucsias que combinaban con el color de las paredes. A la izquierda estaba el escritorio donde Ari estudiaba y hacía los deberes. Sobre la mesa de madera estaban su portátil de Apple, su iPad y el iPhone. Al lado del escritorio, estanterías que llegaban hasta el techo abarrotadas de libros. Más allá se encontraba un inmenso vestidor lleno de ropa de las marcas más importantes del mundo de la moda. También había zapatos, deportivos, sandalias, bolsos de distintos tamaños y colores; y un mueblecito donde guardaba las joyas que tenía y que apenas usaba.

Las cortinas blancas se mecían con suavidad por la brisa marina. A través del gran ventanal, Ari podía contemplar todo el jardín, la piscina, el bosque de pinos con el que contaba la finca y una pequeña casita, de madera y piedra, donde vivía el jardinero.

A lo lejos, el mar Mediterráneo, con sus espectaculares atardeceres.

Se metió en el baño, que estaba integrado en el cuarto, para lavarse los dientes. Constaba de un

lavabo, una ducha, una bañera blanca con patas de acero y un tocador con todas las cosas que usaba para maquillarse: botes con brochas y pinceles, estuches de sombras de ojos, varios tubos de rímel... Delante del tocador había una silla de madera blanca.

Mientras se cepillaba los dientes, miró el uniforme que llevaba puesto. Se componía de una falda de cuadros azules y grises, y un polo blanco con el emblema del instituto privado al que asistía. Dejó un momento el cepillo en el vasito para subirse un poco la falda. Quería que le quedase más corta, así que se dio un par de vueltas a la cintura para conseguirlo.

Como ese día hacía buena temperatura, decidió que no se llevaría la americana gris que también formaba parte del uniforme ni se pondría la corbata azul. Con toda seguridad, cuando la vieran los profesores o alguien del equipo directivo, la reñirían. Pero le daba igual.

Siguió lavándose los dientes hasta que los tuvo limpios. Se enjuagó la boca y se secó los labios con una toalla.

Cogió el cepillo del pelo para peinar su cabello rubio y liso. Llevaba una melenita corta, a la altura de los hombros, sin flequillo.

Cuando terminó, cogió la maletita donde llevaba su iPad y bajó a la entrada de la mansión, donde la esperaba el chófer de la familia junto a un Mercedes de alta gama.

Este le abrió la puerta con amabilidad y, una vez que ella se hubo instalado en el interior del coche, él se montó también y arrancó el motor.

Ari esperó con impaciencia a que se abriera la puerta de hierro forjado que daba acceso a la finca donde vivían.

Al salir a la calle, observó a un chico joven mirando absorto la fachada de su casa.

Era alto y de complexión atlética. Moreno, con el pelo muy corto.

Iba con un pantalón vaquero azul y una camiseta negra. Tenía pinta de malote y, nada más verlo, le gustó.

Mientras el coche seguía su camino, ella se volvió para continuar mirando al joven por el cristal trasero. Se preguntó cuántos años tendría y qué haría allí, parado frente a su casa, observándola embobado.

Cuando el auto dobló la esquina y dejó de verlo, se volvió hacia delante, sentándose correctamente, y se puso el cinturón de seguridad.

Leo llevaba un buen rato contemplando la mansión de dos plantas cuando se abrió el portón de hierro forjado y un vehículo abandonó el lugar. No miró quién iba dentro porque no le importaba.

La casa era espectacular, al menos lo que se veía desde la calle. De estilo mediterráneo, en color arena. Tenía dos alturas, grandes ventanales y estaba rodeada de un cuidado jardín. La vegetación se componía de arbustos de romero, varias palmeras, flores —que reconoció como peonías y lilas—, y cinco o seis almendros en plena floración.

Supuso que en la parte trasera estarían la piscina rodeada césped y la pista de tenis.

Cuando le dieron la dirección de dónde iba a realizar su trabajo, buscó fotos en internet para familiarizarse con la finca. Sabía que también constaba de un pequeño bosque de pinos, con una casita donde viviría mientras trabajase allí.

Mentalmente, volvió a darle a gracias a su amiga María por haberle encontrado aquel empleo.

Antes de que la enorme puerta de hierro se cerrase, entró en el recinto con paso decidido.

No le importó que le grabasen las cámaras de vigilancia que había en la finca. Entendía que la familia velase por la seguridad de su hogar.

Caminó hasta la entrada principal de la mansión y tocó el timbre.

Se miró la ropa para comprobar que no tuviera ninguna mancha y se alisó la camiseta con la mano, a pesar de que no tenía arrugas.

Cuando escuchó que se abría la puerta, devolvió su vista al frente.

—Buenos días. Soy Leo, el nuevo jardinero —se presentó, con una tímida sonrisa, a la empleada del servicio doméstico que había abierto la puerta.

—Buenos días. Pasa, por favor. Iré a avisar a los señores de tu llegada —le respondió ella con amabilidad.

—Gracias.

—De nada.

La mujer, de mediana edad, se retiró en busca de los propietarios de la mansión.

Leo se quedó en el recibidor, mirándolo todo. Se respiraba elegancia y lujo. Dio un par de pasos para adentrarse más en la estancia y desde esta nueva posición vislumbró parte del salón. Los techos eran altos, con vigas de madera y grandes ventanas. Los muebles y la decoración eran carísimos.

Sabía que era el salón porque había visto fotos en Google de la familia en aquel lugar de la casa. Eran de las Navidades pasadas. En ellas aparecía el matrimonio Van der Vaart junto a su única hija. Calculó que la chica debía tener tres o cuatro años menos que él. Era rubia, ojos azules, boquita de fresa y tenía un cuerpo estilizado. Se parecía más a su padre que a su madre. Mantenía una pose rígida. Tenía pinta de que tomarse fotos para aparecer en una revista le parecía lo más aburrido del mundo.

Recordó que la jovencita era guapa. Seguro que dentro de unos años sería una auténtica belleza.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de los dueños de la propiedad.

—Buenos días. Soy Hans Van der Vaart y esta es mi esposa, Silvia.

—Buenos días. Soy Leo Rubio, su nuevo jardinero —dijo, mientras le estrechaba la mano a uno y a la otra.

—Pasemos a mi despacho. —El señor Van de Vaart le hizo un gesto para lo siguiera.

Caminó detrás del matrimonio por un largo pasillo hasta que llegaron a una estancia con un gran escritorio de cristal. Delante de la mesa había dos sillas y al otro lado, un sillón giratorio de cuero negro. Encima del escritorio había un ordenador portátil y dos fotografías: una de su hija cuando era una niña pequeña y la otra de toda la familia, la que había visto ya en internet, la de las Navidades pasadas.

En la pared de la derecha había varios títulos y certificados que acreditaban la profesión del hombre. En la de la izquierda había una estantería llena de libros de medicina. Al fondo, detrás de la mesa de cristal, un amplio ventanal dejaba ver el jardín con piscina y, a unos trescientos metros, el pequeño pinar que poseía la finca.

Hans se sentó en el asiento de cuero y Silvia se colocó de pie a su lado.

Leo se quedó parado delante de las dos sillas sin saber si debía sentarse o no.

El dueño de la mansión lo sacó de dudas con un gesto de la mano, invitándolo a que tomara asiento.

Él se colocó en la silla con la espalda recta y las rodillas ligeramente separadas. Unió sus manos y las posó en su regazo, mirando al que sería su jefe a partir de ese momento.

El hombre encendió el portátil y, tras un carraspeo, comenzó a hablar.

—Tengo aquí tu currículum. Estudiaste un grado medio de formación profesional en Jardinería y veo que has trabajado durante un año en Viveros Biosca.

—Hice las prácticas allí y, al acabar, me contrataron. Estaban contentos conmigo.

—¿Y tú? ¿Estabas bien allí? —preguntó Silvia.

Leo dirigió su mirada oscura hasta el rostro de la mujer.

—Sí, estaba bien. Pero quiero seguir estudiando y el sueldo del vivero no me daba para pagarme el curso, además del alquiler del piso en el que vivo y los gastos que conlleva: comida, ropa... Por eso decidí buscar otro empleo en el que ganase un salario mayor.

—Aquí no tendrás que preocuparte por el alquiler ni los gastos de luz, agua y gas. Ni tampoco por la comida. Vivirás en la casita del bosque, y puedes comer y cenar en la cocina de esta casa —le contó Hans, aunque ya lo sabía porque estaba explicado en la oferta de trabajo—. En el cobertizo hay herramientas y demás útiles de jardinería. También, varios monos de trabajo y calzado especial para realizar estas labores. Pero, si necesitas algo, no dudes en pedírmelo.

—Muchas gracias, señor.

—De nada, chico. Pasemos a hablar de tus funciones aquí como jardinero. Te encargarás de...

En ese momento, Silvia interrumpió a su marido:

—Perdona, cariño, pero estoy agotada y necesito acostarme ya. Podéis seguir sin mí.

Le dio un beso en la mejilla a Hans.

—Descansa, cielo.

La mujer se giró hacia Leo.

—Encantada de haberte conocido. —Alargó la mano para estrechársela otra vez.

El joven le sonrió al tiempo que unía su mano a la de ella.

—Igualmente, señora. Espero que tenga un sueño reparador —respondió con gentileza.

Tras la despedida, Silvia salió del despacho camino de su habitación.

Ariadna bajó del Mercedes. En la puerta del instituto la esperaba su amiga Valeria apoyada contra la valla que rodeaba el recinto. Siempre que la veía le recordaba a la cantante Beyoncé por su gran parecido físico. Incluso el tono de su piel y el color de sus ojos eran iguales. Sus padres habían salido de la República Dominicana treinta años antes y se habían instalado en la isla de Mallorca.

Se notaba una gran diferencia física entre ellas. Valeria le sacaba por los menos una cabeza a Ari, que apenas llegaba al metro sesenta y tres. El cuerpo voluptuoso de su amiga contrastaba con el suyo, más delgado y con la piel blanca como la leche.

Caminó hasta ella y, cuando estuvo a su lado, se colocó de la misma manera que su amiga.

—Buf... Menos mal que ya es viernes —dijo Valeria a modo de saludo.

Ari no contestó. Se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Cómo llevas el examen de Biología?

—Fatal —confesó con voz lastimosa—. Voy a suspenderlo.

—¿Has vuelto a hablar con tus padres sobre la carrera que quieres estudiar?

—Ya te conté que tuve una charla con ellos cuando me matricularon en el bachillerato de ciencias sin mi consentimiento y a mi padre casi le da un infarto. Mi madre, directamente, me mató con la mirada. —Su amiga cabeceó confirmándole que recordaba aquella conversación—. Desde entonces, he intentado hablar con ellos varias veces, pero siempre me salen con lo mismo: «Debes seguir la tradición familiar y ser médico» —imitó la voz de su padre—. Hoy, en el desayuno, es la última vez que lo he intentado, con el mismo resultado de siempre.

—Te van a dar el premio a la chica más insistente.

—O a lo mejor lo ganan ellos —suspiró, desilusionada.

—Venga, ámate. Ser médico no está tan mal.

—Claro, para ti es fácil. Como tus padres te dejan estudiar para ser médico forense...

—¿Irás mañana a la fiesta de Daniel? —quiso saber su amiga, cambiando de tema, al ver la frustración reflejada en el rostro de Ariadna.

—Me apetece tanto como que me arranquen una muela sin anestesia.

—Yo quiero ir para verlo e intentar algo con él. Acompáñame, por favor.

—Si voy yo, no te hará caso. Pero, si vas tú sola, se apiadará de ti y entonces tendrás la oportunidad que llevas tanto tiempo buscando.

Valeria lo pensó algunos segundos. La sirena del instituto sonó, llamando a los estudiantes a clase.

—¿Sabes que puedes tener razón? Pero no quiero ir sola. La gente pensará que soy una pringada porque mis amigas no me acompañan —comentó la chica.

—No debes tener tan en cuenta lo que la gente opine de ti. Pero, de verdad, no entiendo qué ves en ese chico. Además, siempre está intentando ligar conmigo y a ti no te hace ni caso. Es mejor que lo olvides.

Valeria enlazó su brazo con el Ari y tiró de ella para separarla de la valla.

—Eres una chica con suerte.

—Si tener suerte significa que Daniel va a estar detrás de mí todos los días, prefiero no tenerla. Te la paso a ti.

—Mira: por ahí viene Nerea —indicó Valeria— ¿Con quién se habrá acostado esta semana?

—Shhh. Baja la voz, que te va a oír —le pidió Ari.

—La verdad es que la envidio un poco. Se lleva a los tíos con solo respirar. Es más promiscua que una actriz porno.

Ariadna soltó una risita, tapándose la boca con una mano.

—Estás fatal.

—Ya, pero ¿a qué a ti también te gustaría probar a tantos?

No pudo responderle porque Nerea las alcanzó.

—¿Puedo saber de qué os reís?

—Solo comentábamos tu vida sexual —confesó Valeria.

—¿Otra vez? ¿Es que no tenéis nada mejor de que hablar? ¿Tan aburridas estáis? —Nerea puso los ojos en blanco.

La joven era alta, con una melena castaña clara y larga. Tenía unos impresionantes ojos de color aguamarina y un cuerpo de infarto. Era la más atrevida y alocada de las tres. Además, no le importaba ser el centro de atención. No sentía vergüenza por nada. Hacía lo que le daba gana y, a menudo, era desobediente.

Las chicas entraron en el *hall* del instituto.

—¿Por qué no habláis mejor de cuándo va a perder la virginidad nuestra querida Ari? —contraatacó ella—. ¿O de cuándo vas a olvidarte del imbécil de Daniel?

—Joder, tía, se va a enterar todo el insti de que todavía no lo he hecho con nadie —se quejó Ariadna.

Comenzaron a subir las escaleras que las llevarían a la segunda planta del edificio.

—Como si no lo supieran ya todos —contestó Nerea con sarcasmo—. ¿Por qué crees que Dani insiste tanto contigo? Porque quiere llevarse el premio y teme que otro se le adelante.

—Podrías contarme tus secretos para ligar con los tíos. A lo mejor así consigo convencer a Dani para que se líe conmigo —intervino Valeria.

—Su secreto es ser una chica fácil —replicó Ari, devolviéndole la pulla a su amiga.

Nerea no hizo caso del comentario de Ariadna y respondió a Valeria:

—Daniel quiere tirarse a Ari. ¿No me has escuchado? Es mejor que busques a otro. Si continúas esperando a ese idiota, perderás el tiempo.

Entraron en clase y las tres se sentaron juntas en la última fila.

El profesor de Matemáticas ya estaba allí. Levantó la vista y las miró. Frunció el ceño al ver que una de ellas no llevaba el uniforme completo.

—Señorita Van der Vaart, ¿qué les ha pasado a su corbata y a su americana? ¿Por qué no las lleva?

—Se las ha comido mi perro —contestó ella con mofa.

—Informaré a jefatura de estudios si el próximo día viene sin el uniforme completo —la amenazó el profesor.

—Por mí como si lo publicas en el canal de televisión de mayor audiencia —dijo en voz baja. Sus amigas, al oírla, emitieron una pequeña carcajada.

El maestro miró mal a las tres chicas que se burlaban de él.

—Perdone, señorita Van der Vaart, no la he oído bien. ¿Podría repetírmelo?

—Sí podría, pero no quiero hacerlo. ¿Por qué no comienza ya con la clase y dejamos de debatir sobre cómo voy vestida?

El docente respiró hondo para controlarse y pensó que aquella chica era un caso perdido. Era una niñata a la que respaldaba la fortuna familiar. Por lo que se veía, no tenía el menor interés en aprobar su asignatura. Todos los exámenes que había hecho hasta la fecha los había sacado con un cinco raspado o los tenía suspendidos. Él no podía hacer más si ella no quería estudiar. Sería mejor centrarse en los alumnos que sí tenían interés en aprender su asignatura.



CAPÍTULO 2

Leo entró en la casita del bosque de pinos. Era una construcción de una planta, en madera y piedra, con el tejado a dos aguas.

Nada más abrir la puerta comprobó que tenía casi todo en una misma estancia, excepto el dormitorio y el baño.

A la izquierda estaba el salón. Había un sofá, un televisor y un perchero para colgar los abrigos en invierno. También había unas estanterías, pero estaban vacías. Mejor. Así podría poner todos sus libros.

A la derecha estaba la cocina, provista de todos los electrodomésticos necesarios para vivir allí. En un rincón había una mesa con cuatro sillas al lado de una gran ventana con cortinas blancas y al fondo, la puerta que daba acceso a la habitación con baño incluido.

Le resultó acogedora. Debía tener unos cincuenta metros cuadrados. Suficientes para él solo.

Abrió la puerta del dormitorio y observó a su alrededor.

Era un cuarto sencillo. Una cama de matrimonio con una colcha verde, dos mesitas a cada lado, una silla en una esquina y armario de dos puertas. En el lado izquierdo había otra ventana con las mismas cortinas blancas del salón.

Se metió en el baño y comprobó que estaba limpio. Había tres toallas de mano y dos de ducha. No necesitaba más.

Regresó a la cama y se sentó en ella. Miró a través del cristal y pensó que allí podría ser feliz. Deseó que no ocurriese nada que le privara de aquel pequeño paraíso.

El matrimonio Van der Vaart parecía muy bien avenido, pero él sabía que las apariencias engañan y, de todas formas, no era asunto suyo la armonía de la familia.

Se levantó del colchón y llamó con el móvil a su amiga María.

—Mil gracias otra vez por conseguirme este empleo —dijo, después de saludarla.

—Me debes un café.

—Ya lo sé. —Se apoyó con el hombro en el cristal de la ventana.

—¿Qué te han parecido los Van der Vaart?

—Educados, amables y podridos de dinero.

Su amiga soltó una carcajada.

—Te llamaba para avisarte de que voy a ir a tu piso para recoger mis cosas. ¿Estás ahí? —

preguntó Leo.

—No. Llegaré sobre las dos del mediodía. ¿Te has llevado las llaves?

—Sí, las tengo. —Se palpó el bolsillo del pantalón—. Como llegaré antes que tú, haré la comida y así te devuelvo el favor. Es mejor que un café, ¿no crees?

—Sí, tienes toda la razón. Nos vemos luego.

—Adiós.

Cortó la comunicación, se tumbó en la cama y se quedó mirando el techo de madera.

Respiró contento y rezó otra vez para que nada enturbiase su estancia allí.

Ariadna estaba en la cafetería del instituto sentada a una mesa con sus amigas cuando apareció un chico alto y rubio, con los ojos color miel y sonrisa de anuncio. Tenía cuerpo de modelo y era simpático, pero a ella no le gustaba. Había algo en él que le repelía.

—Ahí está Daniel —murmuró Valeria—. Cada día está más bueno. —Soltó un suspiro enamorado.

—Todo para ti —respondió Ari. A pesar de que lo dijo susurrando, su amiga la oyó.

El joven se acercó a su mesa y se colocó frente a Ariadna.

—¿Vendrás a mi fiesta?

Ella lo miró con desidia mientras a su lado Valeria lo contemplaba como si fuera una estrella del pop. Nerea no le hizo caso y siguió mirando sus redes sociales.

—No —respondió, tajante.

—¡Vamos! He apostado con Borja cincuenta pavos a que vendrías a mi fiesta.

—Te doy cien si te largas de aquí y me dejas en paz.

Daniel fue a contestar algo, pero Ari volvió a hablar:

—Y doscientos si te olvidas de mí para el resto de tu vida.

—No puedo hacer eso porque eres la chica de mis sueños —le respondió él, galante, sin hacer caso a sus faltas de respeto.

—Pues tú eres el monstruo de mis pesadillas. Dani, haz el favor de largarte de una vez porque estás amargándome la mañana.

Valeria seguía hechizada por el joven. Escuchaba la conversación pensando en la suerte que tenía su amiga por tener a un chico así de atractivo dispuesto a liarse con ella.

Nerea intervino en ese momento.

—¿No te das cuenta de que no le interesas?

—Ella a mí sí.

—Eres patético. —Nerea hizo una mueca de asco.

Daniel se encaró con ella.

—¿Ya te has acostado con todos los profes? —preguntó con la intención de darle un zasca en la boca.

Nerea fue rápida en su respuesta:

—No, los rechacé a todos.

—¿Por qué? ¿Te pagaban poco? —volvió a pincharla.

—No tanto como me pagó tu padre —dijo con una sonrisa y aleteo de pestañas.

Al final, el zasca se lo había llevado él.

Daniel apretó los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Eres una hija de p...

La sirena sonó, dando por terminado el recreo.

Las tres chicas se levantaron a la vez.

—Deberías ir a clases para aprender a no ser pesado —replicó Nerea—. O al otorrino para que te mire el oído, porque te estás quedando sordo. Ari te ha dicho decenas de veces que no quiere ir a tu puta fiesta. No quiere tener nada contigo, a ver si te das cuenta de una puta vez, idiota.

—Algún día necesitarás que te haga algún favor... —comenzó a decir Daniel, mirando a Ariadna e ignorando a Nerea y a Valeria.

—Tendrá que nevar en el infierno antes de que te pida algo —le soltó Ari, enfadada.

El trío de amigas se dieron la vuelta y se marcharon rápido de allí, dejando a Daniel con la respuesta en la boca. Aun así, se la gritó:

—¡Te pones muy sexi cuando te enfadas!

Ari le enseñó el dedo corazón sin girarse.

—Cualquier día me voy a suicidar con tal de no aguantarle —les comentó a sus amigas.

—No vale la pena morir por un tío así —contestó Nerea.

—Ojalá se hubiera fijado en mí —añadió Valeria con voz triste.

—Tía, te mereces a alguien mejor que a ese plasta que se cree un dios griego —dijo Ariadna.

—Dejad de hablar de ese gilipollas porque empiezan a dolerme los oídos —pidió Nerea—. ¿Cómo lleváis el examen de Biología? Nos toca ahora.

—Fatal no, lo siguiente —respondió Ari.

—Yo, bastante bien —dijo Valeria.

—Entonces, me copiaré de ti. —Nerea le guiñó un ojo a su amiga.

Llegaron a clase y se prepararon para hacer el control que habían estado comentando.

Leo apagó la vitrocerámica justo cuando María abría la puerta de su piso.

Antes de que ella llegara, el chico había aprovechado para poner la mesa.

—¡Hola! ¿Qué tal el día? —saludó Leo. Le dio dos besos en las mejillas.

—¡Hola! Cansado, pero, en general, bien.

—¿Qué tal con los chicos?

—Todos te mandan recuerdos —contestó, mientras dejaba el bolso y una chaqueta de punto en el sofá del salón.

—Se los devuelves de mi parte. Siéntate a la mesa, voy a sacar la comida ahora mismo. ¿Te apetece una cerveza fresquita? ¿O prefieres agua?

—Una cerveza estaría genial.

Leo abrió el frigorífico y extrajo un botellín para su amiga, y para él, una botella de agua. Dejó todo encima de la mesa. Le quitó la chapa metálica a la cerveza y se la pasó a ella, que se sentaba en ese momento.

María dio un trago enseguida. Leo sacó los platos y comenzó a servir los alimentos que había cocinado.

—Huele de maravilla. Si algún día dejas de ser jardinero, podrías probar con la hostelería. La cocina se te da muy bien —lo alabó.

—Gracias, pero de momento me tiran más las plantas y las flores.

Colocó los platos sobre la mesa y empezaron a comer.

—Esto está de muerte —dijo María, con la boca llena de arroz y gambas.

Leo sonrió.

—En serio, piénsate lo de ser cocinero. El *risotto* te queda fenomenal.

El chico amplió su sonrisa, pero no hizo ningún comentario.

—¿Cuándo empiezas a trabajar? —quiso saber ella.

—Me han dado dos días para instalarme, pero, con las pocas cosas que tengo, seguro que esta tarde lo dejo ya todo colocado. Quiero comenzar cuanto antes. Ya sabes que no me gusta estar parado. Y he visto que el césped está para cortar.

—Tengo un regalo para ti.

—¿Para mí? —Leo abrió mucho los ojos, mostrando sorpresa—. No tenías que hacerme ningún regalo. Me has conseguido un empleo. Con eso ya me vale.

—Tonterías. Voy a buscarlo y vuelvo enseguida.

Se levantó y se marchó a la habitación, de la que regresó al poco tiempo.

En las manos llevaba un paquete envuelto en papel satinado.

Se lo entregó a Leo y este lo abrió con curiosidad.

—¡Gracias! No tenías que haberme comprado nada... —dijo, ampliando su sonrisa al ver que se trataba de una nueva edición de la novela *Los miserables*, de Víctor Hugo. Su libro favorito.

—Así, tendrás un recuerdo mío.

—Tengo muchos recuerdos tuyos. Los últimos cinco años están llenos de ti y de los chicos.

—Pues así tienes otro más. Ábrelo y lee la dedicatoria que he escrito.

Leo hizo lo que su amiga le había pedido.

Se le empañaron los ojos cuando leyó las palabras de María:

Recuerda siempre que, como dijo Salinger en «El guardián entre el centeno», la vida es un juego y hay que vivirla según las reglas. Así que no la cagues.

Con todo mi cariño,

María

El chico se pasó el dorso de la mano por los ojos para limpiarse las lágrimas de emoción y volvió a darle las gracias a su amiga por todo lo que había hecho por él desde que se conocían.

Leo sabía que, si María no hubiera aparecido en su vida, ahora nada sería igual. Probablemente estaría encerrado o con un tiro en la cabeza a tres metros bajo tierra.

Ariadna, Valeria y Nerea salieron del instituto una vez acabada la jornada escolar.

Mientras se dirigían a sus respectivos coches, donde las esperaban con paciencia los chóferes, hacían planes para el fin de semana.

—Mañana va a hacer más calor que hoy. ¿Por qué no venís a mi casa y nos bañamos en la piscina? —propuso Ari.

—Todavía no hace tanto calor para meterse en el agua —replicó Valeria.

—Pues tomemos el sol y así voy cogiendo color para el verano —planificó Nerea.

—Me parece bien —dijo Ari.

Nerea asintió con un movimiento de cabeza.

—Vale, os espero a las doce. Hasta mañana, chicas.

Se despidió con un gesto de la mano y se subió a su auto. El chófer cerró la puerta y se dirigió a su asiento.

Cuando llegó a su casa, sus padres no estaban y le preguntó por ellos a Valentina, una de las empleadas del servicio doméstico.

—Han salido a comer, pero no me han dicho en qué restaurante iban a hacerlo.

—¿Y por qué no me han esperado? —protestó Ari.

La mujer no supo qué contestarle, así que permaneció en silencio.

Ari subió las escaleras, con el iPad de última generación que usaban para estudiar en su instituto pegado a su torso, con los brazos cruzados y enfurruñada.

Otra vez, le tocaba comer sola.

Odiaba esa circunstancia.

Aunque, pensándolo mejor, así no tendría que soportar las charlas de sus padres sobre los estudios y la carrera que habían elegido para que estudiara.

Entró en su habitación y dejó el iPad encima del escritorio.

Se quitó los zapatos empujando la punta de uno contra el talón del otro y, cuando estuvo descalza, cogió su móvil y se tiró encima de la cama para revisar los mensajes de WhatsApp y sus redes sociales.

Después de un rato trasteando con el teléfono, su estómago comenzó a hacer ruido y decidió bajar a comer.

Eva, la cocinera, al verla entrar, le informó:

—Ariadna, ya tienes la mesa lista en el salón. Puedes sentarte a comer.

—¿Puedo comer aquí, en la cocina? Necesito compañía. Estoy harta de comer y cenar sola.

—¡Ay, mi niña! No te preocupes. Enseguida lo preparo todo para que comas aquí.

El personal de la casa la trataba con tanta familiaridad porque, prácticamente, la habían criado entre todos. Los señores Van der Vaart siempre estaban trabajando, de viaje o en algún congreso médico.

La mujer colocó los cubiertos y el vaso en la mesa de madera. Sacó una servilleta de un cajón y la puso a un lado.

—¿Qué quieres beber?

—Agua, por favor —contestó Ari con apatía.

—¿Vas a querer pan?

—No, gracias.

La cocinera se dio la vuelta y se acercó a la cazuela que estaba encima de la placa de inducción. La apagó y cogió un cucharón para servirle la comida.

—Ten cuidado porque ahora quema. Sopla un poco antes de llevarte la cuchara a la boca —le dijo con cariño.

—Gracias. —Ari le sonrió.

Comenzó a comer poco a poco. El silencio reinaba en la cocina.

—Cuéntame algo, Eva.

—¿Sobre qué? —respondió la mujer.

—¿Cómo has pasado la mañana?

—Bien. Trabajando, como siempre. —Sonrió con dulzura—. Entre Valentina, Elsa y yo hemos limpiado la casa. Después, hemos preparado la comida para que estuviera lista cuando volviésemos del instituto. ¡Ah! Y hemos conocido al nuevo jardinero.

Valentina y Elsa eran las otras empleadas del servicio doméstico.

—¿Cómo es?

Eva tardó un poco en contestar. Estaba ordenando sus pensamientos.

—Es un chico joven, alrededor de veinte o veintiún años. Alto, delgado, moreno...

—¿Llevaba camiseta negra y vaqueros azules? —preguntó Ari con curiosidad.

—Sí.

—Vale. Lo he visto cuando me iba al insti. Estaba parado frente a la casa mirándola. Creo que estaba decidiendo si entrar o no.

—Pues ha entrado y ha conocido a tus padres. Lo han llevado al despacho para hacerle una

pequeña entrevista. Cuando ha terminado de hablar con tu padre, lo he acompañado hasta la casa del pinar. Allí vivirá a partir de ahora.

—Como Manuel —comentó la jovencita.

—Sí, como él.

—Voy a echarlo de menos.

—Yo también, Ariadna.

Permanecieron un momento en silencio hasta que la chica terminó el primer plato y Eva le sirvió el segundo.

—Entonces, ahora está aquí —afirmó Ari, antes de meterse un trozo de pollo en la boca.

—En este momento no. Ha salido y ha dicho que volvería en tres o cuatro horas porque iba a recoger sus pertenencias para trasladarse a aquí. Seguro que no tardará mucho en llegar —le contó, mirando su reloj de pulsera.

—Bien. Pues lo conoceré cuando llegue. Esta mañana, al verlo desde el coche, me ha parecido bastante guapo.

—Sí, es un joven atractivo.

—¿Significa eso que te gusta? —preguntó Ari con una sonrisilla pícara.

Eva se llevó las manos a la cara y se tapó los mofletes.

—No... Sí... Quiero decir... Sí, pero no —balbuceó, apurada.

—A ver si te aclaras: ¿te gusta o no te gusta el chico?

Ari se estaba divirtiendo mucho con la situación.

—Sí me gusta, pero no de la forma que estás pensando. Es demasiado joven para mí, podría ser mi hijo —respondió, retirando las manos de su cara—. Parece educado, agradable y simpático.

En ese momento, oyeron el timbre de la puerta de hierro que daba acceso a la finca donde se encontraba la mansión.

Eva se acercó al portero automático y encendió la cámara para ver quién estaba llamando.

—Ya está aquí.

Pulsó el botón para abrir el portón de hierro y siguió observando cómo el chico se adentraba en la finca.

Ari se levantó de la silla y se acercó también a mirar.

El joven llegó hasta la entrada principal de la casa y tocó otra vez el timbre.

—Iré a abrir.

—No, espera —dijo Ari—. Yo le abriré.

Salió de la cocina antes de que Eva pudiera decirle que no le correspondía hacer eso y se dirigió con paso rápido hacia la puerta.

La abrió con tanto ímpetu que casi se disloca la muñeca.

Su mundo se paró al ver al joven que tenía frente a ella.

Un par de ojos negros se movieron de pronto y se clavaron su rostro.

El corazón dejó de latirle en el pecho esperando a que Cupido lanzara una de sus flechas y le diera de lleno. Al instante siguiente, sintió cómo el dios del amor había acertado.

El silencio se extendió libremente por el recibidor esperando a que alguno de los dos hablase.

Por fin, Leo abrió la boca.

—Buenas tardes. Soy el nuevo jardinero. Me llamo Leo. ¿Puedo entrar? Es que lo que llevo pesa.

Hasta ese momento, Ari no se había dado cuenta de que él portaba una caja bastante grande entre las manos y una bolsa de deporte colgada del antebrazo derecho. A la espalda llevaba una

mochila.

—Sí... Claro... Sí... —balbuceó como una niña pequeña. Salió de su atontamiento y se hizo a un lado—. Pasa. Yo soy Ariadna, pero puedes llamarme Ari. Soy la hija de los dueños de la casa.

—Encantado de conocerla, señorita Van der Vaart.

Leo entró en la casa y se dirigió por el pasillo hacia el jardín. Al pasar por la cocina saludó a Eva, pero no se detuvo a hablar.

Ari se quedó parada en la puerta, con la mano aún en el pomo, observando cómo el joven se alejaba de ella.

Su corazón volvió a latir con tanta violencia que creyó que le rompería las costillas.

Se acordó de que debía respirar si deseaba continuar viva.

Cerró la puerta y se apoyó contra ella.

El dios Eros acaba de entrar en su casa.

Leo estaba colocando sus pertenencias cuando unos golpes sonaron en la puerta. Dejó lo que tenía entre las manos y fue a abrir. Al otro lado se encontró con Eva.

—Hola —saludó el chico.

Ella correspondió al saludo con una sonrisa.

—Quería comentarte una cosa, pero si te pillo mal vuelvo en otro momento.

—No, no, tranquila. ¿Quieres pasar?

—No, gracias. Solo será un minuto.

—Bien, tú dirás. —Leo la animó a continuar.

Eva se aclaró la garganta antes de hablar.

—Solo quería informarte de que no debes entrar en la finca por el portón grande. Al doblar la esquina, hay una puerta de hierro galvanizado por donde entramos todos los empleados de la casa.

La mujer se giró para indicarle con un dedo el lateral izquierdo del jardín.

—¿Ves el sendero de piedrecitas blancas? Pues te lleva hasta esa puerta. Puedes salir y entrar por ahí. Y para acceder a la cocina hay una puerta de servicio que da directamente a ese caminito.

Se volvió hacia Leo y lo miró a los ojos.

—Siento haber pasado por la casa grande. Si lo hubiera sabido antes, créeme que habría ido por este sendero que me dices —se disculpó, azorado.

—No te preocupes. Es normal. Todavía no conoces la finca a fondo.

—Ahora que lo sé, entraré y saldré siempre por ahí. Gracias por decírmelo.

—De nada.

Eva se dio la vuelta y regresó a la mansión.



CAPÍTULO 3

—¿Habéis pensado alguna vez cuánto tiempo tardamos en enamorarnos? ¿Un segundo? ¿Tres minutos? ¿Cinco horas? ¿Días? ¿Semanas? —les preguntó a Valeria y a Nerea.

Estaban haciendo una videollamada. Ari necesitaba hablar de inmediato con sus amigas.

Mientras, espiaba desde la ventana de su habitación al jardinero, que en esos momentos estaba cortando el césped con la máquina.

—Todas las respuestas son correctas, pero en mi caso tengo el récord, porque me he enamorado en un nanosegundo —añadió.

—¿Qué exagerada eres, tía! —Valeria soltó una carcajada.

Nerea meneó la cabeza, riéndose también.

—¡Os lo juro! Cuando he abierto la puerta y lo he visto, he tenido un flechazo. ¡Es el chico más guapo que he visto en mi vida!

Nerea le pidió que lo describiera físicamente.

—Es mucho más alto que yo. Supongo que medirá en torno a un metro ochenta. Ojos negros, nariz recta. Tiene unos labios que me muero por besar...

Sus amigas continuaban riéndose mientras ella les describía a Leo.

—Es delgado pero con músculos, ya me entendéis. Tiene el pelo corto y es moreno. Vestía una camiseta negra que se ajustaba a sus bíceps y un pantalón vaquero que le marcaba el culo... ¡Joder! ¡Es el mejor culo que he visto en mucho tiempo!

Se detuvo un momento recreándose en la imagen del trasero de Leo.

—¿Y cómo dices que se llama ese dios griego? —quiso saber Nerea.

—Leo.

—¿León? Pues ten cuidado, no te vaya a saltar encima el animal salvaje y te devore entera —se carcajeó su amiga.

—Sí, eso, ten cuidado, Ari, que tú todavía estás inmaculada... —soltó Valeria, sin dejar de reírse.

—Sois unas idiotas. No sé para qué os cuento nada. Y no se llama León, es Leo, sin la ene.

—Venga, no te enfades. Estábamos bromeando, nada más —se disculpó Nerea.

—Sí, vamos, Ari, sigue contándonos cosas de ese chico —le pidió Valeria.

Ella miró otra vez por la ventana y se quedó unos segundos contemplando al nuevo jardinero.

—Ahora lleva unos pantalones verdes de esos que usan para trabajar y una camiseta de manga corta. Está cortando el césped. Y está buenísimo, incluso así vestido. Creo que ya sé a quién le voy a entregar mi virginidad. ¡Por fin he encontrado al chico adecuado! —exclamó, alegre.

Sus amigas, al otro lado de la pantalla del móvil, la felicitaron. Nerea silbó y Valeria las acompañó en el jolgorio.

—¿Lo conoceremos mañana? —preguntó Nerea.

—Sí, sí. Estará aquí porque vivirá en la casita del bosque.

—Vaya... Lo vas a tener siempre a tu disposición —comentó Valeria, insinuante.

—Sí, soy una chica con suerte.

—¿Habéis hablado ya? —quiso saber su amiga.

—Pues... Cuando he abierto la puerta de mi casa, me he quedado sin palabras. Él se ha presentado, y entonces he reaccionado y lo he hecho yo también. Luego me ha pedido que lo dejase entrar porque iba cargado con varias cosas y pesaban. Así que me he apartado a un lado.

—O sea, que no has hablado nada con él —terció Nerea.

—Chica, nada nada, lo que se dice nada... no. Me he presentado.

—Uy, sí. Eso es hablar mucho con un tío —opinó Valeria.

—Vaya, vaya, vaya... La señorita Ariadna Van der Vaart se ha quedado sin palabras delante de un chico. Eso sí que es increíble —comentó Nerea.

—Es que me he quedado tan hipnotizada mirándolo que no he sabido qué más decirle —se excusó ella.

—¿Y por qué no vas ahora a hablar con él? ¿No dices que está en el jardín? —le propuso su amiga.

—Está trabajando y no quiero molestarlo.

—¿Desde cuándo te importa molestar a la gente? En clase lo haces a menudo con los profesores y algunos alumnos —le recordó Valeria.

—No es lo mismo. En clase me aburro.

—Déjate de chorradas y baja para hablar con él —le aconsejó Nerea.

Ari lo pensó unos segundos. Se mordió el labio inferior intentando tomar una decisión.

—Vale. Voy a hacerlo —dijo por fin.

—Mucha suerte —le deseó Valeria.

—Ari, espera un momento —intervino Nerea, antes que se cortara la comunicación—. Déjanos ver qué llevas puesto.

La chica colocó el teléfono en el escritorio de su habitación, en vertical, apoyado contra el estuche escolar y se alejó para que sus amigas pudieran verla de cuerpo entero.

Llevaba unos *leggings*, que combinaban un rosa suave con gris antracita, y una camiseta blanca con la que mostraba el ombligo. Las prendas se ceñían a su delgado cuerpo y la prenda superior le marcaba muy bien su pequeño pecho.

—Quítate el sujetador —le recomendó Nerea—. Así se te marcarán los pezones y lo pondrás caliente en décimas de segundo.

—¿Ese es el truco que usas para atraer a tantos chicos? —preguntó Valeria.

—Te he dicho un montón de veces que nuestra querida amiga es una chica fácil —comentó Ari—. Así es como se lía con los tíos.

—¡Qué par de envidiosas! —soltó Nerea, poniendo los ojos en blanco—. A ver, Ari: ¿quieres captar la atención del jardinero o no?

Ariadna asintió.

—Pues haz lo que te digo y ya está —le ordenó su amiga.

—Vale, chicas. Mañana cuando vengáis a casa, os cuento el resultado.

Se despidió de ellas y se quitó la camiseta para deshacerse del sostén. Volvió a cubrirse el pecho con la camiseta y salió de la habitación.

Mientras bajaba las escaleras para acceder al jardín, pensó que iba a desmayarse. Nunca había estado tan nerviosa por culpa de un chico. El corazón le latía en las sienes y cada tres segundos se olvidaba de respirar.

Al llegar a la planta baja, se cruzó con Valentina.

—Ariadna, he hecho limonada. Está fresquita. ¿Quieres que te sirva un vaso?

—Sí, gracias.

—Enseguida te saco el vaso al jardín. Porque te diriges hacia allí, ¿verdad? —dudó.

—Espera. Mejor voy contigo a la cocina y me lo sirvo yo misma.

Estaba pensando que una buena excusa para acercarse al chico y entablar conversación con él sería ofreciéndole un vaso de limonada.

Fue hasta la cocina y abrió el frigorífico.

Sacó la jarra con la bebida fría y Valentina le pasó un vaso para que se echara.

Se lo bebió casi de un trago ante la asombrada mirada de la mujer.

—Sí qué está buena y refrescante. Voy a llevarle un vaso al jardinero porque con este calor seguro que tiene sed. ¿Quieres tú uno?

Le empleada negó con la cabeza.

Dejó en la encimera de mármol el que había usado y cogió uno limpio del armario.

Lo llenó hasta el borde y, con cuidado de no derramar ni una gota, salió en dirección al jardín donde Leo estaba cortando el césped.

Al verlo de nuevo, el mundo se ralentizó.

Leo se sentía observado, pero no era por las cámaras de vigilancia que había en el recinto. Levantó la vista de la cortadora de césped y miró a su alrededor. Como no vio a ninguna persona, sus ojos se dirigieron hacia los amplios ventanales del salón. Desde allí se veía toda la estancia a la perfección.

Tampoco había nadie que estuviera vigilándolo.

Desvió su mirada hasta el primer piso y, en una de las ventanas, vio a la hija de los dueños de la casa, que paseaba de un lado a otro con el brazo estirado y el móvil frente a su cara, moviendo los labios. Con toda seguridad estaría hablando con alguien por videollamada.

Recordó cuando la había conocido pocas horas antes.

Era más guapa en persona que en las fotos que había visto en internet. Pero no se la imaginó tan bajita. Tenía una cara preciosa, con ojos azules y boquita de fresa.

Con el uniforme parecía más niña que en las fotos de Navidad que vio.

Se preguntó cuántos años tendría en realidad. Estaba mirando su ventana cuando ella se dio la vuelta para asomarse.

Con rapidez, apartó la vista y la centró en el césped. Continuó cortándolo, rezando porque ella no se hubiera dado cuenta de que la había estado observando. Podría malinterpretarlo y, entonces, se lo contaría a sus padres. Eso le causaría un problema.

Así que decidió seguir con su trabajo sin distraerse más.

Pero minutos después, volvió a notar que alguien lo controlaba.

Cuando alzó la vista, vio que la chica estaba en el borde del jardín, con un vaso en la mano,

mirándolo.

Se había cambiado de ropa y, en ese momento, estaba más atractiva que antes. Incluso parecía tener un par de años más.

Ella se acercó despacio a él y, cuando Leo vio que sus pezones se marcaban contra la tela de la camiseta, su pulso se disparó. Se obligó a respirar profundamente para controlarse y no tener una erección allí mismo.

Ari se aproximaba al jardinero poco a poco para no derramar el líquido. Temblaba como una hoja sacudida por el viento y no tuvo éxito. Algunas gotas cayeron por su mano. Debía tranquilizarse. De lo contrario, se le caería el vaso. Inspiró hondo para serenarse.

Cuando llegó hasta Leo, se detuvo e intentó controlar su voz para que no le temblara y no ponerse a balbucear como una niña pequeña.

El joven paró la cortadora y se quitó los cascos que llevaba para amortiguar el ruido de la máquina. Se los colocó en el cuello, rodeándolo, como si fuera un elemento decorativo.

—Hola. He pensado que te apetecería un poco de limonada —dijo, con la mejor de sus sonrisas y alegrándose de no haber tartamudeado. Le tendió el vaso y Leo se quedó mirando su mano.

Tres segundos después, desvió sus ojos hasta los azules de la chica y sonrió.

—Sí, gracias, señorita Van der Vaart.

Ariadna, al ver la sonrisa tan sensual que tenía, casi se desmaya.

—Por favor, llámame Ari —acertó a decir, mientras la sangre le corría enloquecida por las venas.

Sintió cómo se ruborizaba hasta las raíces del pelo y se dio de tortas mentalmente por hacerlo.

Leo devolvió su vista hacia el vaso, se quitó los guantes de jardinero y se los colocó en el bolsillo trasero del pantalón de trabajo. Con la otra mano agarró el recipiente de cristal.

Sus dedos rozaron los de Ari y los dos sintieron una pequeña descarga. El aire crepitó a su alrededor y notaron que la temperatura subía, provocándoles más calor.

Leo se llevó el vaso a los labios para apaciguar la sed que de repente se había adueñado de él. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo seca que tenía la boca.

Ariadna se quedó observando hechizada cómo él bebía y cómo la nuez de su garganta subía y bajaba, tragando el refrescante líquido. Notaba sus rodillas convertidas en gelatina y temió desplomarse contra el suelo.

Él acabó el vaso y se lo devolvió.

—Muchas gracias, Ari.

Le dedicó otra sonrisa espectacular y ella creyó que iba a morir de un infarto antes de cumplir los dieciocho.

—De nada.

Observó cómo Leo se ponía los guantes, dispuesto a continuar con su labor. Buscó con rapidez un tema de conversación para alargar el momento con él.

—¿Ya te has instalado en la casita del pinar?

—Sí. Tengo pocas cosas, así que lo he hecho en poco tiempo.

—Si necesitas algo, dímelo.

—De momento no, pero lo tendré en cuenta. Gracias. —Amplió su sonrisa.

Ari sintió, otra vez, que le faltaba la respiración.

Sin poder evitarlo, Leo dirigió sus ojos hasta el pecho de la jovencita y ella, al darse cuenta, enrojeció más todavía.

Pero, al ver el deseo en la mirada del jardinero, se alegró de haberle hecho caso a su amiga

Nerea.

Dichosa, se despidió de él porque ya no se le ocurría qué más decirle y no quería quedarse en silencio, mirándolo embobada como si fuera tonta.

—Bueno, te dejo para sigas trabajando. Si quieres otro vaso de limonada, pídemelo.

Leo subió los ojos hasta su cara con mucho esfuerzo.

Comprobó que ella estaba sonrojada y que lucía una sonrisa preciosa, de anuncio.

—Sí, gracias, señorita Van der Vaart.

—Lláname Ari, por favor —volvió a pedirle.

—Está bien, Ari.

La chica se dio la vuelta y caminó hacia la casa con el vaso vacío en la mano.

Notaba miles de mariposas en el estómago. Todavía estaba nerviosa cuando llegó a la cocina para dejar el vaso.

Había hecho un esfuerzo para no girarse y comprobar si él la miraba.

Si se hubiera dado de vuelta, habría visto que, efectivamente, así era.

Leo se había quedado atontado contemplando su retorno a la casa. Cuando desapareció de su vista, se colocó los cascos otra vez y encendió el motor de la cortadora de césped.

Recordó sus pezones chocando contra la camiseta y la palabra «Peligro» brilló en su mente cómo si fueran letras de neón.

Se dijo que debía mantenerse lejos de ella porque provocaba reacciones en su cuerpo muy difíciles de dominar y era mejor no tentar a la suerte. Además, su imaginación calenturienta le hacía desear tener sexo con la jovencita, acariciar su piel, besar sus labios, descubrir todos los secretos de su joven cuerpo...

Sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos lascivos y se centró en terminar de cortar el césped.

Ariadna estaba cenando en la cocina acompañada de Eva, Valentina, Elsa y Marcelo, el chófer.

Su padre había viajado esa tarde a Barcelona para asistir durante el fin de semana a un congreso oncológico y su madre había quedado para cenar con sus amigas en un famoso restaurante de la isla.

Terminó el postre y se levantó para ir a lavarse los dientes.

Se despidió de todos antes de salir de la cocina, deseándoles que tuvieran una buena noche.

Justo cuando iba a traspasar el umbral de la puerta, entró Leo y chocó contra su torso. Trastabilló y él la sostuvo entre sus brazos para evitar que cayera al suelo.

—Perdona, iba distraída... —logró decir, mientras notaba cómo la envolvía el calor del cuerpo masculino.

—¿Estás bien? —quiso saber Leo, con una magnífica sonrisa.

Ari miró primero sus labios y luego subió la vista hasta los ojos negros del chico, que en ese momento brillaban más que las estrellas.

—Sí, sí, estoy bien. Gracias por sujetarme.

—Vale. Entonces, te soltaré.

Dejó de retenerla entre sus brazos y Ari sintió frío.

—Siento llegar tarde para cenar —se disculpó con los otros empleados.

—No te preocupes. Te hemos guardado un sitio aquí —señaló Marcelo.

—Gracias.

Leo acabó de entrar en la cocina y dejó a Ari en la puerta.

La chica dudó en si alargar la velada ahora que estaba allí el joven que la hacía suspirar de amor y deseo o no.

Decidió que no. No quería levantar sospechas sobre su atracción por el jardinero, así que se despidió otra vez de todos y subió a su habitación.

Además, él comería y cenaría en la cocina todos los días y ella estaba dispuesta a hacerlo también. Como ya le había comentado a Eva a mediodía, estaba cansada de comer y cenar sola.

Esa noche, en su cuarto, Ari se sentía como una diosa. Anhelaba que las horas pasaran rápido y fuera ya la mañana siguiente para volver a verlo.

Estaba intentando leer una novela, pero era imposible, porque no paraba de pensar en el chico. Decidió dejar el libro sobre la mesilla que había al lado de su cama y se levantó. Se acercó a la ventana. Desde allí, podía ver la casita entre los pinos. Había una luz encendida, la del salón. Supuso que estaría viendo la tele. ¿Estaría también rememorando su encuentro con ella en el jardín? ¿O el choque contra su cuerpo en el umbral de la cocina?

Ari no se lo quitaba de la cabeza. Una y otra vez, las imágenes y las pocas palabras que se habían dirigido surcaban su mente. Cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir el contacto de sus dedos con los de él cuando agarró el vaso. Había sido electrizante.

Y cuando él la sostuvo entre sus brazos... Había sentido un exquisito calor por todo el cuerpo.

Sabía que esa noche iba a costarle dormir porque estaría todo el tiempo soñando despierta con Leo.

A él le sucedía lo mismo en su nuevo hogar.

Se repitió cientos de veces que debía dejar de pensar en la señorita Van der Vaart si no quería tener problemas.

Pero era incapaz de hacerlo. Aún podía oler su aroma a coco y sentir la suavidad de su piel cuando la retuvo para evitar que se cayera de culo. La delgada cintura que había rodeado sin ningún problema, como si le perteneciera.

Apagó la luz y se fue a la cama para intentar dormir.

Ari estaba todavía frente a la ventana cuando observó que, en ese instante, la oscuridad se había adueñado de la pequeña casa. Con toda seguridad, Leo ya se habría acostado. Decidió hacerlo lo mismo.

Le esperaba un fin de semana muy largo con Leo por allí.

De repente, tuvo una idea y cambió la dirección de sus pasos.

Su intención era bajar al despacho de su padre, fisgar en el ordenador y leer el currículum de Leo para conocer más datos del chico.

Cuando iba por la mitad del pasillo, recordó que Hans estaba en Barcelona y, con toda seguridad, se habría llevado el portátil como hacía siempre.

Aun así, llegó a la estancia y comprobó que sus pensamientos eran correctos. El ordenador de su padre no estaba encima de la mesa.

Regresó a su habitación, molesta, y decidió que al día siguiente, cuando lo viera, intentaría sacarle información.



CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Ariadna bajó a la cocina para desayunar, pero se la encontró vacía y sin nada preparado. Fue directa hacia el jardín. Seguramente le habrían puesto la mesa de allí.

—Buenos días, Valentina —saludó a la mujer del servicio doméstico.

La empleada le respondió al saludo.

Ari se sentó en una silla, bajo la pérgola del jardín. La mesa ya estaba preparada para el desayuno. Sin embargo, solo había puesto un cubierto: el suyo.

—¿Mi madre ya ha desayunado?

—Sí. Ha salido hacia el aeropuerto hace diez minutos. Me ha pedido que te informe de que tiene intención de visitar a su amiga, la de Marbella. Regresará el lunes por la mañana.

Ari se sintió molesta porque Silvia no le hubiera comentado sus planes y no se hubiera despedido de ella. Era su hija, ¡por Dios! Iba a dejarla sola todo el fin de semana, ¿y ni siquiera era capaz de comunicárselo ella misma?

—Valentina, ¿sabes cuándo regresará mi padre de Barcelona? —preguntó, aguantándose las lágrimas por la decepción que le causaban sus padres. ¿Por qué tenían tan poco apego hacia ella?

Y, sin embargo, la obligaban a estudiar lo que no quería como si se preocupasen por su futuro. ¿Por qué eran así?

—Volverá también el lunes por la mañana.

—Gracias.

La mujer iba a retirarse cuando Ari le hizo otra pregunta:

—¿A qué hora desayunáis vosotros?

—A las siete de la mañana, antes de empezar la jornada laboral —contestó, sorprendida.

—¿El jardinero también ha desayunado a esa hora con vosotros?

—Sí, también.

—Vale. Puedes seguir con tus cosas.

Valentina se marchó de allí, dejándola sola.

Ariadna miró su reloj de pulsera.

Eran casi las once. En poco más de una hora llegarían sus amigas.

La empleada regresó con una bandeja que contenía un par de tostadas con mantequilla y mermelada de melocotón, y una taza de leche con cacao. También acompañaba a esto un zumo

de naranja recién exprimido.

Mientras depositaba la bandeja en la mesa, Ari miró a su alrededor buscando a Leo.

No lo vio y comenzó a comer sin ganas.

Unos cuantos minutos después, por el rabillo del ojo, vio que una persona caminaba hacia donde estaba ella. Giró la cabeza y se encontró con Leo, vestido con el mono verde y los guantes de jardinero.

Él pasó por su lado, le dio los buenos días y le deseó que disfrutase de su desayuno, con una sonrisa que hizo que las bragas de Ari se desintegrasen. Casi se le cae al suelo la tostada que tenía en la mano.

Ella contestó al saludo balbuceando.

Leo continuó su camino hacia el interior de la casa.

La jovencita se quedó absorta mirándole el trasero y muriéndose de deseo.

Pasados un par de minutos, espabiló y siguió desayunando.

Al poco rato, Leo salió de nuevo al jardín.

Ari sintió la imperiosa necesidad de hablar con él.

—Leo, ¿hoy también vas a cortar el césped?

—No, señorita Van der Vaart. Lo hice ayer —respondió, deteniéndose frente a la mesa donde ella estaba.

—Llámame Ari, por favor.

Leo asintió con la cabeza.

Tras un momento de silencio, el chico dijo:

—¿Necesitas algo de mí?

Ariadna estuvo a punto de soltarle que lo necesitaba en su cama para dejar de ser virgen, pero prefirió guardárselo para no asustarlo y que no pensara que lo estaba acosando.

—No. Solo te lo he preguntado porque a las doce vendrán mis amigas y estaremos en la piscina tomando el sol. Por si te molestábamos en tu trabajo, ya sabes.

—Para nada. En todo caso, sería yo el que os molestase. Pero hoy no tengo que cortar el césped, así que podéis disfrutar con tranquilidad de la piscina.

Hizo amago de marcharse, pero ella lo detuvo otra vez.

—¿En qué estás trabajando hoy?

—Estoy arreglando algunas macetas de peonías y lilas que estaban en mal estado. También tengo que echarle un vistazo al romero. Parece un poco seco.

—¡Qué interesante!

Leo soltó una carcajada grave y a Ari se le erizó la piel.

—Dudo mucho de que a una señorita como tú le parezca interesante.

—¿Por qué no puede serlo?

Leo la observó con su pijama de seda rosa y la boca se le hizo agua. Los senos se aplastaban contra la tela y se intuía a la perfección que no llevaba sujetador. Tenía el pecho turgente, aunque pequeño, y Leo tragó saliva con nerviosismo.

Se notaba que acababa de levantarse porque aún tenía algunos mechones revueltos y la marca de la almohada en una mejilla. Iba sin maquillar y le pareció más bonita aún.

Recorrió con la mirada las sensuales curvas de sus labios en forma de corazón y notó cómo empezaba a excitarse.

Mantuvo la compostura con gran esfuerzo. No era plan de ponerse a babear con ella delante y tampoco tener una erección.

—Seguro que te interesan otras cosas como la moda, los cotilleos, las redes sociales y todo

eso. Pero la jardinería, no.

—No puedes saber lo que me gusta y lo que no, porque no me conoces —dijo, ofendida. La había tomado por una niña tonta y superficial.

—Perdona si te ha molestado mi comentario —se disculpó.

—No pasa nada, pero, antes de opinar sobre mí, intenta conocerme, por favor —le pidió con voz suave.

Leo asintió.

—Muy bien. Lo haré. Que te lo pases bien con tus amigas.

—¿Cuándo haces el descanso?

Él se extrañó por la pregunta.

—A la hora de comer.

—Vale. Te lo preguntaba por si te apetecía tomar algo a media mañana. Puedes pedirme lo que quieras —añadió con la mejor de sus sonrisas.

El corazón del chico se saltó un latido.

—Bien. Gracias.

Se alejó de allí lo más rápido que pudo, temiendo cometer algún acto impuro con ella encima de la mesa.

Ari observó cómo se distanciaba. Parecía que tenía prisa por desaparecer de allí. Emitió un suspiro de deseo cuando recorrió con sus ojos azules la figura del chico. Tenía una espalda ancha y un culo prieto. Pero el mono de jardinero no le hacía justicia. Estaba deseando verlo con ropa normal, como cuando lo conoció el día anterior.

El joven desapareció de la vista de Ariadna y ella devolvió su mirada al plato en el que quedaba una tostada mordida y el zumo de naranja. Miró su reloj y vio que había pasado media hora. Debía darse prisa en acabar el desayuno y subir a ponerse el bikini para estar lista cuando llegasen Valeria y Nerea.

Sus amigas acudieron puntuales, con las prendas de baño ya puestas debajo de los pantalones cortos y las camisetas que ambas llevaban.

Las tres se colocaron en el césped que rodeaba la piscina. Pusieron las toallas sobre las tumbonas y procedieron a darse protector solar. Ari llevaba un bikini azul que le sentaba estupendamente.

Valeria insistía en ir esa noche a la fiesta de Daniel y las otras dos se negaban.

—¿Por qué no vas tú sola? Tendrías más posibilidades —le recomendó Nerea.

—No quiero ir sola.

—¿Por qué? Si conoces a todos los invitados a la fiesta.

—Podíais acompañarme hasta allí y quedaros... no se... veinte minutos y después marcharos.

Ariadna y Nerea negaron con la cabeza.

—Por favor... No seáis malas amigas. Os necesito. Sin me ven sola, pensarán que...

Se calló de repente porque el jardinero se aproximaba hacia la zona donde estaban ellas y no quería que escuchase su conversación.

Las otras también se mantuvieron en silencio hasta que Ari logró apartar la mirada de Leo y la centró en sus amigas.

Estas habían deslizado las gafas de sol por el puente de su nariz y miraban al chico por encima de la montura con la boca abierta.

—Dejad de coméroslo con los ojos, guarras, que es mi futuro marido y padre de mis hijos —

las reprendió Ari.

Valeria y Nerea se colocaron bien las gafas y miraron a su amiga.

—Está más bueno que el chocolate, menudo bomboncito —murmuró Nerea.

—Creo que voy a pasar de Daniel —añadió Valeria susurrando también—. El chico perfecto viene andando por ahí.

—Que dejéis de babear ya, que es mío —siseó ella entre dientes.

Leo llegó hasta donde estaban y las saludó al pasar. Continuó su camino hasta el pinar y se internó entre los árboles.

Las tres suspiraron con distintos grados de deseo. Ariadna gruñó al darse cuenta de que sus amigas también lo habían hecho.

—Chicas, no quiero perder vuestra amistad, así que prohibido soñar con él.

—¡Qué calor me ha entrado cuando lo he visto! Tiene un cuerpazo, una sonrisa y unos ojos... —comentó Valeria.

—Está para irse a la cama con él y no salir de allí el resto de la vida —dijo Nerea.

—Chicas... —Ari las miró mal para que dejaran de hacer comentarios sobre Leo.

—¿Qué? ¿No podemos decir que un tío está superbueno? —preguntó Nerea—. Si no te lo ligas tú, lo haré yo. —Miró a su amiga.

Ariadna apretó los dientes y se quitó las gafas de sol.

—Ya te he dicho que es mi futuro marido y padre de mis hijos. Creo que ha quedado bastante claro que estoy interesada en él. Así que no te pongas en mi camino o...

—¿O qué? —contraatacó Nerea, chula.

—Les contaré a tus padres que coqueteas con alcohol y drogas, y todos los chicos con los que te has acostado.

—¡No serás capaz!

—No me pongas a prueba —sentenció Ari.

Valeria miraba a una y a otra alternativamente, sin atreverse a abrir la boca para no salir escaldada.

Nerea frunció los labios, molesta, y miró enfadada a su amiga.

Sabía que Ari no amenazaba en vano.

Cuando estaban en segundo de ESO, Nerea grabó un vídeo en el que Ari confesaba que estaba enamorada de su profesor de Lengua y Literatura. Le pareció gracioso subirlo al grupo de WhatsApp de la clase. Cuando Ari lo vio, le cortó el pelo a tijeretazos como venganza en la clase de Plástica mientras Nerea estaba distraída.

Nerea tuvo que cortase su bonito pelo castaño claro como si fuera un chico. Pero le sirvió de lección para saber que Ari tenía un límite que no debía traspasar.

—Bueno, vale, no te enfades. Solo quería que supieras que has acertado en tu elección —respondió Nerea, intentando apaciguar el cabreo de su amiga.

—Claro que he acertado.

Valeria las avisó en ese momento.

—Se acerca el dios Eros. Callaos u os oirá.

Ari giró la cara para mirarlo.

Llevaba el mono con las mangas anudadas a la cintura y cubría su torso con una camiseta gris, de algodón, sin mangas.

Sintió que se derretía como la mantequilla puesta al sol y tuvo que morderse los labios para no dejar escapar un suspiro de deseo.

Leo pasó por al lado de las chicas y les sonrió a modo de saludo.

—Perdona, Leo.

Él se volvió al oír la voz de Ariadna.

—Dime.

—Me preguntaba si tendrías calor o sed. Puedo traerte alguna bebida refrescante de la cocina y puedes bañarte en la piscina si quieres.

El joven amplió su sonrisa.

—Acabo de beber agua. Gracias.

—¿Y no quieres darte un baño en la piscina?

—Creo que no me está permitido disfrutar de ella.

—¿Quién te ha dicho eso? —quiso saber Ari.

Leo cambió el peso de un pie al otro y se llevó una mano a la nuca. La miró con un poco de vergüenza.

—Nadie. Es que sé muy bien cuál es mi lugar.

Ariadna estuvo a punto de soltarle que su lugar estaba en su cama para cumplir todas las fantasías eróticas que tenía, pero se abstuvo de comentarlo. No quería espantarlo.

—Estoy aquí para trabajar, no para disfrutar de los lujos que tiene la casa —añadió.

—¿Y si te doy permiso para hacerlo? —preguntó la chica.

Él hizo una mueca.

—Creo que a tus padres no les gustaría.

—Mis padres se pasan la mayor parte del tiempo fuera de casa. No se enterarían. Y, si lo hicieran, yo daría la cara por ti.

Leo lo pensó un momento.

—No te preocupes. Si tengo calor, puedo darme una ducha en la casita del bosque. Gracias de todas formas.

Le dio la espalda y emprendió su camino de nuevo.

—Menuda miradita que te ha echado. Te ha desnudado con los ojos, y eso que llevas poca ropa —dijo Valeria, cuando el jardinero se había alejado lo suficiente para no oírla.

—El bikini ha estado a punto de salir ardiendo —se rio Nerea.

—¿Cuándo le vas a proponer algo íntimo? —quiso saber Valeria.

—En cuanto tenga la oportunidad —respondió Ari.

Leo se alejó de las chicas y caminó hasta el parterre de las peonías y las lilas.

Cuando llegó, dejó salir todo el aire de sus pulmones.

Ver a Ariadna en bikini le volvía loco. Ansiaba tocar su piel y acariciar su cabello. Apoderarse de su boca y de su cuerpo. Hacerla gemir hasta que perdiera el control.

Y que ella hiciera lo mismo con él. Que jugase con sus sentidos y que los dos obtuvieran placer.

Menos mal que se había controlado a tiempo. Pero, a este paso, el día que dejara salir toda la energía sexual acumulada, se desataría un tornado de fuerza cinco que arrasaría con todo.

Gruñó de impotencia y frustración.

No podía hacer nada con Ari. No estaba a su alcance. Ella jugaba en otra liga, a otro nivel. Estaba a años luz de él.

Lo peor era que, al ser la hija de sus jefes, si se liaba con ella perdería el empleo. No creía que sus padres aceptasen la relación y lo despedirían para que no tuviesen más contacto. Así que mejor olvidarse de la chica o conformarse con verla, pero a distancia. Porque, cuando estaba

cerca de Ari, sus pensamientos coherentes se esfumaban y podría cometer una equivocación.

Además, María se sentiría defraudada si perdiera el trabajo por culpa de pensar con la entrepierna. Su amiga confiaba en él. Lo había ayudado mucho desde que la conoció. No quería decepcionarla.

Recordó la dedicatoria del libro, sobre todo una de las frases.

«No la cagues».

No estaba dispuesto a hacerlo.

Trabajó con dedicación trasplantando las flores a otras macetas nuevas y, por un momento, logró olvidarse de Ari.

Sin embargo, la suerte no estaba de su lado, porque la joven apareció en el parterre donde estaba trabajando.

Él se encontraba arrodillado en el suelo y, al verla, se levantó.

—¿Qué haces aquí? ¿Tenéis algún problema en la piscina?

—No. Solo he venido a ver qué hacías.

Puso las manos en sus caderas y terminó de cubrir la distancia que la separaba de él. Seguía en bikini.

—Estás controlándome. —Fue más una afirmación que una pregunta.

—No, no es eso. Quería saber qué días tienes libres.

—El sábado a partir de las tres de la tarde y el domingo todo el día. ¿Por qué quieres saberlo? —preguntó, extrañado.

Ari alzó la cara. Primero, observó sus labios y, después, subió la vista hasta los ojos de Leo.

—¿Y qué piensas hacer en tu tiempo libre?

El jardinero se quedó un poco descolocado. No le habían dicho que tuviera que informar de en qué ocupaba su tiempo de ocio.

Aun así, respondió a la pregunta.

—Pues... Descansar, leer, visitar a los amigos, ver alguna peli en la tele... Lo normal.

Sin poder evitarlo, recorrió el cuerpo en bikini de la chica y sintió que la sangre en sus venas se convertía en la lava de un volcán.

—Te invito a una fiesta —soltó ella de pronto.

—¿Cómo? —se sorprendió él.

La chica se acercó un poco más al joven.

—Sí, esta noche. Uno de mi insti da una fiesta en su casa y nos ha invitado a todos. Yo no tenía intención de ir porque me cae como el culo, pero Valeria está superenamorado de él y quiere ir para ver si consigue ligárselo.

—¿Y por qué no va sola? —preguntó sin comprender.

—Es que no quiere hacerlo. Todos los de la fiesta pensarían que es una pringada porque sus amigas no han ido con ella y...

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —la interrumpió.

—Nada. Solo te lo he dicho por si te apetecía divertirte un rato esta noche escuchando música, bailando, bebiendo un poco... —lo tentó.

Pero no dio resultado.

—Bailo fatal y, además, no bebo alcohol —reconoció Leo.

—Yo no he dicho que tengas que beber alcohol. Y tampoco tienes que bailar si no quieres o no sabes. Pero escuchar música seguro que sí te apetece —insistió ella.

El jardinero sacudió la cabeza.

—Te agradezco mucho la invitación, pero es mejor que no vaya.

—¿Por qué?

—Porque vosotros... porque yo...

Se quedó unos segundos en silencio buscando la manera de explicarle a esa preciosa chica su situación.

—Porque no encajo en el ambiente en el que os movéis vosotros. Mírame. Soy un simple jardinero. ¿Qué voy a hacer en una fiesta de ricos?

—¿Divertirte como uno más? ¡Oh, vamos! Allí nadie sabrá quién eres —intentó convencerlo.

—No insistas más, Ari. Te agradezco mucho tu preocupación por mí, pero yo no pinto nada en esa fiesta. Además, puedo divertirme de una forma más tranquila.

—Ah, ¿sí? ¿Como cuál?

—Leyendo un libro, tomando algo en una terraza, charlando con alguien, viendo una peli mientras como palomitas...

—¿Te gusta leer? —se sorprendió Ari.

—Sí. ¿Tan raro te parece?

Ella negó con la cabeza porque se había quedado sin palabras. De los chicos que conocía, ninguno era lector. Y aquella revelación la pilló por sorpresa.

—¿Ves cómo no encajo en tu ambiente de fiesta y diversión? —insistió Leo.

—A mí también me gusta leer —dijo Ari por fin—. ¿Cuál es tu libro favorito?

Él la miró pensando que le estaba tomando el pelo.

—¿De verdad te gusta leer? Pues no tienes pinta de hacerlo. No te ofendas.

—Pues sí. Amo los libros. —Se puso de puntillas para acercarse más a su cara, invadiendo el espacio de Leo—. Algún día trabajaré en una biblioteca o tendré mi propia librería.

—Vaya —soltó, impresionado—. Y, entonces, ¿por qué vas a estudiar Medicina?

—¿De dónde has sacado esa información?

—Vi una foto tuya en internet. La noticia indicaba que seguirías la tradición familiar y te convertirías en médico.

—No hagas caso a todo lo que ves en internet. Mis padres desean que estudie Medicina, pero yo no quiero hacerlo.

Lo dijo con tanta pena que Leo sintió ganas de abrazarla.

Sin embargo, no lo hizo. Si alguien los pillaba en esa situación, él tendría problemas. Además, no sabía si las cámaras de seguridad que rodeaban la finca solo controlaban los exteriores o había alguna vigilando lo que pasaba dentro. Mejor no tentar a la suerte.

—Ari, me gustaría seguir hablando contigo, pero debo continuar trabajando o se me acumulará —dijo de pronto, con la intención de que ella se marchase de allí lo antes posible.

La jovencita asintió.

—Bien. Me voy.

Dio media vuelta y caminó hacia la zona de la piscina meneando las caderas, porque estaba segura de que Leo la observaba.

Cuando llegó hasta sus amigas, les contó toda la conversación.

—¿Y qué vas a hacer entonces: irás a la fiesta de Daniel o no? —preguntó Valeria, con la esperanza de obtener una respuesta afirmativa.

A las diez de la noche, Ari cenó con los empleados de la casa en la cocina. También estaba Leo. Intentaron no mirarse, pero algunas veces lo hicieron con disimulo. Hablaron entre todos de varios temas, y cuando la joven terminó el postre, se despidió de ellos y subió a su habitación.

para cambiarse de ropa.

Poco después, vio desde su ventana cómo Leo salía de la casa y se dirigía hacia el pinar.

Hizo un poco de tiempo con el estómago encogido por los nervios. Cuando ya no pudo más, bajó las escaleras y fue hacia la cocina.

La casa estaba en silencio. Con toda seguridad, Eva, Elsa, Valentina y Marcelo se habían retirado ya a sus habitaciones.

Se acercó a la despensa y sacó una bolsa de palomitas para hacer en el microondas. Antes de meterla, cerró la puerta de la cocina para que no se oyeran las pequeñas explosiones del maíz.

Mientras las palomitas se hacían, aprovechó para sacar una botella de refresco de cola del frigorífico. Cuando estuvieron listas, sacó la bolsa y, con cuidado para no quemarse con el vapor que salía de ella, las echó en un bol.

Salió de la cocina con un recipiente lleno de palomitas en una mano y la botella de dos litros en la otra.

Caminó con paso firme hacia el jardín y de allí, hacia el pinar.

Al llegar a la casita, tocó en la puerta para que Leo le abriera.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido al verla allí con el pijama de seda rosa que marcaba su pecho a la perfección. Otra vez, no llevaba sujetador.

Esa chica era una tentación andante. Tendría que hacer un esfuerzo sobrehumano para no caer en ella.

—Darte una sorpresa, y por tu cara veo que lo he conseguido —contestó con una espléndida sonrisa.

—Pensaba que te habías ido a la fiesta con tus amigas cuando hemos terminado de cenar.

—Pues ya ves que no. ¿Me dejas entrar?

Leo la miró durante unos segundos.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó a Ariadna.

—No me lo puedo creer. ¿Me vas a pedir el DNI como estuviera en una discoteca?

Soltó una carcajada contagiosa y Leo se quedó hipnotizado por aquel sonido.

—Tengo diecisiete, pero en mayo cumpliré dieciocho. ¿Cuántos tienes tú?

—Veintiuno.

—¡Genial! ¿Te apartas para que pueda entrar? Se enfrían las palomitas y se calienta el refresco de cola.

Leo se posicionó de forma que su cuerpo ocupaba todo el espacio de la puerta, impidiéndole el paso a la chica.

—No creo que sea una buena idea —dijo, muy serio.

La palabra «Peligro» surcaba su mente una y otra vez, en modo bucle.

Ari se sorprendió porque no la dejara pasar.

—Pues a mí parece una idea estupenda.

—Créeme que no lo es —insistió él.

Ella se quedó mirándolo durante un instante y luego preguntó:

—¿Estás con alguien?

—¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Pues entonces déjame entrar. Además, me pesa la botella. ¿Podrías cogerla tú?

Sin dejar que Leo respondiese, le puso el refresco en la mano y le dio un empujón con el hombro para apartarlo de la puerta.

Leo estaba tan sorprendido que no opuso resistencia.

Ariadna entró en la casa sintiéndose victoriosa.

La puerta se cerró despacio, como si fuera un telón que cae cuando acaba la obra de teatro.

Al oír el sonido, el corazón de la chica se aceleró y los nervios se apoderaron de su estómago.

—¿Quieres que veamos una peli? —le preguntó a Leo, mientras se sentaba en el sofá.

Él seguía de pie, junto a la puerta, con la botella de refresco en la mano y con cara de no saber qué hacer: si echarla de allí o dejar que se quedara.

Decidió que lo mejor era intentar convencerla para que volviese a su habitación.

—Creo que lo mejor es que te marches.

—Pues yo creo que no.

—¿Y si te han grabado las cámaras de vigilancia?

—Esas cámaras solo graban el exterior, creo.

—¿Cómo que crees?

—Pues eso, que creo que no vigilan el interior. Están puestas para ver quién entra y quién sale de la casa. Sobre todo si se trata de ladrones. Así que no te preocupes, no me han grabado viniendo aquí.

—No me convence esa explicación. Siempre hay alguien vigilando en todas partes.

Ari no hizo caso del comentario y siguió con su plan.

—Si no quieres ver una peli, podemos hablar. Cuéntame algo sobre ti. Esta tarde dijiste que te gusta leer y yo te pregunté cuál es tu libro favorito. No me contestaste y quiero saberlo.

Leo cerró los ojos y pensó que, si satisfacía la curiosidad de esa chica tan insistente y preciosa, lo dejaría en paz y regresaría a su cuarto, del que nunca debió haber salido.

Abrió los ojos y caminó hacia la cocina, que estaba en la misma estancia que el salón. Sacó dos vasos de un armario y sirvió el refresco en ellos. Con los recipientes de cristal en cada mano, se acercó al sofá y le pasó uno a Ari.

—*Los miserables*, de Víctor Hugo. Ese es mi libro preferido.

—¿Por qué? —quiso saber ella, acomodándose mejor en el sofá.

—Porque es una historia de superación, entre otras muchas cosas —le explicó.

—Entonces, tendré que leerla.

—¿No la has leído? —preguntó, mirándola como si fuera una extraterrestre recién bajada de su nave—. ¿Cómo es posible? Me dijiste que amabas los libros. ¿Cómo es posible que no hayas leído este clásico de la literatura?

—He leído otros clásicos, como *El conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros*, *Orgullo y prejuicio*, *Las mil y una noches*, pero *Los miserables* aún lo tengo pendiente. Te prometo que, cuando esté de vacaciones, lo leeré.

Como Leo se sentía cómodo hablando con ella sobre libros, pensó que no había sido tan mala idea dejarla entrar en casa.

—¿Y cuál es tu preferido? —quiso saber el jardinero.

—Adivínalo.

Él pensó un momento y dijo:

—Seguro que es *Orgullo y prejuicio*.

—¿Lo llevo escrito en la cara o qué?

—No. —Soltó una carcajada—. Es que todas las chicas que conozco que son lectoras suelen contestar que su favorita es la novela de Jane Austen.

A ella le escoció eso de «todas las chicas que conozco».

—Vaya. ¿Conoces a muchas chicas? ¿Hay alguna especial? —preguntó, notando el aguijón de los celos clavándose en su vientre.

—La verdad es que no.

—¿No qué? ¿No conoces a muchas chicas o no hay nadie especial?

Él amplió su sonrisa. Se notaba que estaba celosa, pero no entendía por qué.

Le contestó con sinceridad:

—Conozco a pocas chicas y sí, hay una persona especial e importante para mí. Pero no es mi novia. Es una amiga.

El alivio inundó el cuerpo de Ari. Soltó despacio el aire que retenía en sus pulmones y lo miró alegre.

—¿Palomitas? —Le ofreció el bol.

Leo cogió un par con los dedos y se las metió en la boca.

Siguieron hablando de libros. Algunos los habían leído los dos. Otros no. Debatieron sobre los que sí coincidían. Intercambiaron opiniones y se recomendaron lecturas.

Estaban tan a gusto que el tiempo se les pasó volando.

Cuando se dieron cuenta de la hora, eran más de las tres de la madrugada.

Ari bostezó y lo contagió a él.

—Creo que va siendo hora de que regreses a tu habitación.

—Sí.

Se puso en pie y Leo también lo hizo.

—¿Qué harás mañana? Bueno... hoy —dijo sonriéndole.

—Descansar.

—¿Y después?

Se acercaron a la puerta.

—No sé. A lo mejor voy a ver a una amiga.

—¿A tu amiga especial?

—Sí.

Leo se dio cuenta de que estaba celosa otra vez.

—Ya te he dicho que no tengo novia. Pero sí tengo una amiga, María, que me ha ayudado mucho desde que la conocí. Por eso digo que es importante para mí, pero no me atrae como lo haces tú.

Nada más decirlo, se arrepintió.

—Perdona, no he debido decir eso último —se disculpó con Ari.

Ella, a modo de respuesta, lo agarró por la nuca y lo obligó a bajar hasta sus labios para poder besarse.

Él contuvo la respiración un instante antes de que ella se apoderase de su boca.

Se perdió en el beso apasionado que Ari le dio. Sus labios sabían a la sal de las palomitas.

La abrazó. Su control había sido destruido por la suavidad de su boca, de su piel y de su cabello. Acarició su espalda hasta que llegó al trasero y la apretó más contra él para que sintiera la dureza entre sus ingles.

Ella se restregó contra su pelvis y aquel movimiento fue demasiado para Leo.

Gruñó y profundizó el beso hasta que se separaron para coger un poco de aire.

El joven apoyó su frente en la de ella, respirando con dificultad.

En ese instante se dio cuenta de lo que estaban haciendo.

—No debería besarte —susurró contra los labios de la chica, haciéndole cosquillas con su aliento.

—¿Por qué no? Lo haces muy bien —dijo ella jadeando.

—Porque no es correcto.

—Si los dos nos sentimos atraídos y estamos sin pareja, no veo qué hay de malo.

Leo la abrazó más fuerte antes de soltarla.

—Es mejor que te vayas a casa y te olvides de que nos hemos besado.

—No quiero hacerlo. Además, llegados a este punto, tengo la intención de pasar la noche contigo.

—¿Estás loca? —preguntó él, separándose más de ella—. Si tus padres se enterasen de esto, me despedirían.

—Entonces, será nuestro secreto —pronunció, acercándose al chico otra vez.

—Nos pillarían.

—No si somos discretos. —Lo cogió por los hombros y se puso de puntillas para confesarle al oído—: Tengo un regalo para ti: soy virgen y quiero que tú seas mi primer hombre.

Leo la soltó como si se hubiera quemado. Se retiró unos pasos hacia atrás y la miró alucinado.

—Estás completamente loca.

—Lo que estoy es enamorada de ti.

—Pero si no hace ni dos días que nos conocemos. No sabes nada de mí ni de mi vida —intentó hacerla recapacitar.

—¿Sabes qué es un flechazo? Pues eso es lo que me ha pasado contigo. Desde que abrí la puerta de mi casa y te vi...

—No puede ser —murmuró, llevándose las manos a la cabeza.

—Sí, sí puede.

—Y encima me propones que te desvirgue. ¿No te das cuenta de lo que pasaría?

—¿Que me harías la chica más feliz del mundo?

Bajó los brazos y la miró muy serio.

—Eres menor. Tus padres podrían acusarme de abusar sexualmente de ti. ¡Podría ir a la cárcel! Ella hizo un gesto de hastío.

—¡Ay, por favor! No seas tan dramático. Eso no sucederá.

—¡Arruinarían mi vida!

—Bah. —Ari movió la mano quitándole importancia—. En mayo cumpliré dieciocho. Puedo esperar. No falta tanto.

Leo se quedó impactado por la forma tan superficial en que se lo tomaba ella.

—Mientras, podemos dedicarnos a besarnos, acariciarnos, a darnos placer sin que haya penetración...

—Aunque cumplieras la mayoría de edad, si tus padres se enteran de que tenemos una relación sexual, podrían denunciarme igualmente.

—Qué pesadito estás con el tema de las denuncias...

—¡Mírame! Soy un simple jardinero que no tiene dónde caerse muerto y tú eres una niña rica. ¿Te crees que soy un juguete?

Ariadna lo miró intentando que no se le notara el cabreo que empezaba a tener.

—No, no creo que seas un juguete. Y me da igual que seas un simple jardinero que no tiene dónde caerse muerto. Yo tengo tanto dinero que debería vivir tres vidas para acabármelo todo. Escúchame bien: estoy enamorada de ti y pretendo tener una relación de pareja contigo. Así que deja de hacerte el difícil —confesó con la sinceridad que la caracterizaba.

Leo paseó de un lado al otro de la estancia como si fuera un animal enjaulado.

—Definitivamente, estás loca.

—Solo quiero que te enamores de mí —le pidió con tanta dulzura que a punto estuvo de ceder.

Él tragó saliva y se detuvo frente a ella.

—Vete, por favor —le suplicó.

—No —respondió, terca.

—No compliques más las cosas —gimió, impotente.

—No me iré.

Leo la agarró de las manos y la miró con la súplica reflejada en sus ojos.

—Ari, me juego el empleo y posiblemente mi libertad. Márchate, por favor.

Le dio tanta lástima ver su mirada entristecida que aceptó.

—Está bien. Me iré. Pero, antes de hacerlo, bésame.

—No es buena idea porque, si te beso otra vez, no podré parar.

Ella hinchó el pecho como si fuera un pavo real, entusiasmada por lo que él acababa de confesarle.

—Entonces, me conformaré con que me desees buenas noches.

—Buenas noches, Ari —se despidió de ella, y abrió la puerta que para saliera.

—Hasta mañana. Seguro que esta noche soñaré contigo y serán sueños muy húmedos... —canturreó con sensualidad.

El joven no respondió. Se quedó mirando cómo se alejaba y, cuando vio que llegaba a la zona de la piscina, cerró la puerta.

Se apoyó contra la madera pensando que él también soñaría con ella. Pasó un rato así, sumido en sus pensamientos, hasta que comprobó en el reloj de la pared que eran las cuatro.

Se despegó de la puerta y caminó hasta la habitación. Miró a través de la ventana hacia la de ella y justo en ese momento se apagó la luz de su cuarto.

Suspiró. Iba a costarle mucho conciliar el sueño aquella noche, a pesar de lo agotado que estaba físicamente.

Se desvistió y se metió en la cama.

Antes de apagar la luz, sus ojos se posaron en la novela de Víctor Hugo y las palabras que habían escrito María volvieron a su mente.

No quería cagarla, pero, si ella se había encaprichado de él y a él también le atraía, iba a ser muy difícil resistirse a la tentación.

De todas formas, lo intentaría. Lucharía contra viento y marea como hacía Jean Valjean en su historia.



CAPÍTULO 5

Leo pasó todo el domingo con María. Se sinceró con ella y le habló sobre Ariadna, en busca de consejo. No sabía qué hacer. Su corazón le pedía una cosa y su cabeza, otra.

Su amiga era como una madre para él. Era la persona en quien más confiaba, la que lo había sacado de aquella situación horrible que estaba viviendo cuando lo conoció. Si no fuera por ella, no habría salido del mundo de autodestrucción en el que estaba.

—¿Quieres que te busque otro empleo? —indagó María.

—¿En qué otro trabajo me pagarían tanto como en este? ¿En qué otro empleo tendría vivienda y comida gratis? No. No puedo dejar este curro. Además, me gusta lo que hago. Allí he encontrado la paz que necesitaba. Bueno, hasta que Ariadna se ha encaprichado conmigo y ha empezado a perseguirme como una maldición.

Estaban sentados a la mesa de la cocina, tomando café.

María extendió el brazo y agarró la mano de Leo.

—Debes intentar no coincidir con ella, mantenerte alejado todo lo posible.

—Eso había pensado, pero Ari es cabezota, terca y está acostumbrada a salirse siempre con la suya. No te imaginas lo que me costó convencerla anoche para que regresara a su habitación. Estuve a punto de ponerme de rodillas para suplicarle que se fuera de la casa.

Leo sacudió la cabeza y miró a su amiga a los ojos.

—Lo peor es que me siento atraído por ella. Es una chica preciosa y me gusta mucho, pero es menor. Todavía. Ayer hubo momentos en que solo quería acariciar su cuerpo y besarla todo el tiempo. Cuando estuvimos hablando de libros, me sentí muy a gusto con ella, demasiado cómodo, y el tiempo se nos pasó volando. A veces, la dejaba hablar solo para permitirme el placer de escuchar su voz. Tiene una voz muy dulce y suave. Cuando dice mi nombre, es como si estuviera saboreando algo delicioso. Y a mí me vuelve loco. Incluso su olor me pone duro —reconoció con pudor—. Si no hace ni dos días que la conozco y estoy en una montaña rusa de emociones y sentimientos, no quiero imaginarme cuando lleve más tiempo con ella, viéndola, hablando, cuando la conozca más a fondo.

Agachó la cabeza, avergonzado por sus comentarios y desesperado por salir de aquella situación.

Si hubiera tenido otra vida, una mejor, estaría en condiciones de aspirar al amor de Ariadna.

Pero, con su pasado, sabía que nunca podría hacerlo.

—A lo mejor es un capricho pasajero y dentro de un tiempo conoce a otro chico y se olvida de ti —expresó María.

—Ojalá sea así, pero lo malo es que cada vez que la veo o hablo con ella me gusta más. Tengo miedo de caer en la tentación y perder el empleo. Pero tengo más miedo de que sus padres me denuncien por acoso o abuso sexual y terminar en la cárcel. Se lo comenté a Ari pero ella no vive en el mundo real en el que nos movemos nosotros y piensa que es imposible que eso ocurra.

María le apretó la mano que aún retenía.

—Intenta mantenerte alejado de ella hasta que se le pase la tontería. Tienes que ser fuerte. Esta es una prueba que te pone la vida, como otras que te ha puesto en el pasado y muchas más que te pondrá en el futuro.

—Voy a intentarlo —respondió Leo, clavando los ojos en los de su amiga—. Te lo prometo.

Ariadna había ido varias veces a la casita del pinar buscando a Leo, pero él nunca estaba. Como Valentina estaba disfrutando de su día libre, buscó a Eva en la cocina, pero no dio con ella. Fue a las habitaciones de las empleadas y se encontró con Elsa, que salía de la suya. Le preguntó por el chico y ella le contó que se había marchado a visitar a una amiga.

—¿Te dijo cuándo volvería?

—La verdad es que no. Tampoco se lo pregunté.

—¿Tienes su número de teléfono?

—No, lo siento.

—Genial —dijo Ari, frustrada e impotente—. Bueno, vale, gracias.

Se dio la vuelta y subió a su habitación.

Cogió el libro que estaba leyendo y bajó a la piscina. Había llevado el bikini todo el día con la esperanza de que Leo la viera y así impresionarlo. Pero su plan no había dado resultado, porque el chico no se encontraba en la finca. Decidida a que no le amargase lo poco que quedaba de día por no ver cumplidas sus ilusiones, se colocó en una tumbona e intentó concentrarse en la historia.

Al poco rato lo dejó porque le resultaba imposible sacar a Leo de su mente.

¿Estaría con su amiga especial o con otra chica de las que conocía? ¿Dónde? ¿Qué estarían haciendo? Llevaba todo el día fuera. ¿Se habrían ido de excursión? ¿A la playa, quizá? Estaba deseando que el chico volviera para pedirle explicaciones.

Elsa apareció en el jardín y se acercó a la joven.

—He llamado a Valentina y le he preguntado si ella tenía el número de Leo.

Ari la miró expectante.

Elsa extendió el brazo y le entregó un papel con números escritos en él.

—Es este.

La chica se lo arrebató de las manos y se levantó de un salto.

—¡Mil gracias, Elsa! —exclamó, contenta, dándole un abrazo.

Le dio también un beso en la mejilla y la empleada sonrió.

Se separaron y Elsa se despidió de Ari para volver a sus labores.

Ariadna cogió su móvil y marcó el número de Leo.

Tras varios tonos, la llamada se cortó. Miró el teléfono frunciendo el ceño y volvió intentarlo.

No contestó nadie.

Miró la hora en el móvil. Eran las ocho.

Pensó que, a lo mejor, iba conduciendo y no podía responder. Dejó pasar un rato y, otra vez, lo intentó.

Justo en ese instante, escuchó una musiquita que se acercaba a donde estaba ella.

Leo entró en su campo de visión con un móvil en la mano que no dejaba de sonar. Cortó la llamada y se lo guardó en el bolsillo del pantalón.

—¡Leo! —gritó Ari.

Él se detuvo un momento y miró hacia donde había oído la voz.

La chica llevaba ese día un bikini rojo que le sentaba fenomenal. Los triángulos de la parte superior se ceñían en su pequeño pecho marcando los pezones, que estaban inhiestos. La braguita se amoldaba a sus caderas divinamente.

Sintió que el pulso se le disparaba y latía en las sienes de forma descontrolada. Su respiración se volvió errática y decidió que lo mejor era salir corriendo de allí.

Emprendió su huida como si estuviera haciendo un *sprint*, con Ari corriendo tras él.

Cuando llegó a la casita del bosque, sacó las llaves del bolsillo, pero estaba tan nervioso que se le cayeron al suelo. Se agachó para recogerlas y comprobó que Ari ya estaba a su lado.

—¿Qué te pasa? —preguntó jadeando por la carrera—. ¿Por qué huyes de mí?

Leo se alzó con las llaves en la mano. No quiso mirarla. Sabía que, si lo hacía, la imagen de ella con ese diminuto bikini que no dejaba nada a la imaginación destruiría toda su fuerza de voluntad.

—No huyo de ti.

—Pues a mí sí me lo ha parecido.

Leo metió la llave en la cerradura y la giró para abrir la puerta.

—Es que tengo prisa. Necesito ir al baño —dijo lo primero que le vino a la mente.

—Bueno, pues ve. Te esperaré en el sofá.

—Es mejor que no entres.

Él ocupó todo el espacio de la puerta para impedirle el paso.

—¿Por qué?

Leo seguía con la mirada baja, clavada en algún punto del suelo.

—¿Por qué no me miras a la cara? ¿Te pasa algo conmigo? ¿Estás enfadado?

Ella dio los dos pasos que la separaban de él y se agachó para entrar en su campo de visión.

En esa posición, uno de los triángulos del bikini se abrió, rebelando el pezón que se ocultaba tras la tela.

Leo, al verlo, soltó un gruñido.

La agarró de una mano y la metió en la casa con rapidez.

Nada más cerrar la puerta, empezó a besarla. La cogió por la nuca y se pegó a sus labios como si la vida fuera a acabarse en ese momento.

Ari se colgó de su cuello y se subió a sus caderas. Leo la sujetó con sus fuertes brazos. Caminó con ella encima hasta que llegó al sofá y se tumbaron mientras no dejaban de besarse.

De los labios de Ari pasó a recorrerle la garganta con un montón de besos húmedos hasta que llegó al pezón indiscreto y lo succionó. Un gemido de placer escapó de la boca de la chica. Leo jugueteó con la tierna punta hasta que la puso dura. Después, regresó a los labios de Ari para beberse su sabor.

Ella aprovechó para acariciar su espalda. Cuando llegó al borde la camiseta verde que llevaba, tiró para quitársela.

Se separaron un momento para pasarle la prenda por la cabeza y volvieron a unir sus bocas en un beso apasionado y salvaje.

Entre beso y beso, Ariadna le pidió:

—Quiero que me toques por todo el cuerpo.

—Sí —jadeó él.

—También quiero que me toques entre las piernas.

—Sí —aceptó.

De repente, Leo se dio cuenta de lo que estaban haciendo y de lo que implicaba esa situación. Los problemas que podría acarrearle estar allí con ella, besándose y tocándose.

Se apartó de Ari de un salto, como si el sofá estuviera en llamas, y comenzó a dar vueltas por la estancia, con las manos en la cabeza y murmurando.

—No, no, no. No puedes hacerlo. Contrólate —dijo hablando consigo mismo.

—¿Por qué paras? ¿Qué te pasa? ¿He hecho algo mal? —quiso saber ella, apoyándose con los codos en el sofá, con un seno fuera de la tela.

—Tápate, por favor —le suplicó Leo, sin dejar de moverse.

—¿Y si no quiero?

—¡He dicho que te tapes! —gritó, desesperado al ver que ella no lo obedecía.

—¡A mí no me grites!

Se levantó del sofá y se enfrentó a él.

—¿Puedo saber dónde has estado todo el día? ¿He venido varias veces a buscarte y no estabas! ¿Y por qué no has contestado al móvil cuando te he llamado?

Leo se detuvo frente a ella. La agarró de un brazo y la arrastró hasta la puerta.

—Vete de aquí.

La dejó en el umbral y cerró la puerta.

Iba a volverse loco con ella allí, esperándolo, persiguiéndolo.

Ariadna aporreó la puerta hasta que le dolió la mano.

—¡No puedes echarme de la casa! ¡Todo lo que hay en la finca me pertenece! —gritó con superioridad.

Leo la oyó a través de la madera.

Tenía razón, pero eso no era motivo para invadir su privacidad.

Estuvo tentado de volver a abrir la puerta, pero se controló a tiempo. Sabía que, si la dejaba entrar, volverían a besarse y puede que llegasen a algo más, como, por ejemplo, cumplir el deseo de Ari de que tocara sus partes íntimas. Aunque Leo se moría por hacerlo, era mejor que eso no sucediera.

—Márchate, por favor —le pidió a través de la puerta.

—Déjame entrar —le exigió.

—No.

—¿Por qué?

—Necesito estar solo. Por favor... Vete.

Ari lo pensó unos segundos. Estaba cabreada por la reacción del chico y quería saber dónde había pasado el día y con quién.

—Me iré con una condición.

—¿Cuál?

—Que me dejes venir esta noche después de cenar para estar juntos un rato.

Leo sabía que su deber era negarse.

Sin embargo, respondió:

—Está bien. A las once te espero aquí. Pero, Ari, cuando vengas, hazlo vestida.

Ella sonrió, feliz porque esa noche pasaría tiempo con él.

Se dio la vuelta y emprendió el camino hacia la piscina.

Cuando llegó a la tumbona, cogió el móvil y llamó a sus amigas para contarles, eufórica, los besos que se habían dado y que había quedado con él esa noche.

Leo la vio alejarse a través de la ventana del salón y suspiró.

¿Por qué había aceptado? Se metería en problemas, cuando lo que buscaba era no tenerlos.

Leo no fue a cenar aquella noche a la cocina de la casa grande con el resto de los empleados. Prefirió hacerlo solo, en la pequeña y modesta vivienda. Tuvo tiempo de calmarse y recuperar el control que había perdido con Ari.

A las once, puntual, ella acudió a la cita.

Al abrir la puerta, Leo se la encontró con una sonrisa espléndida y los ojos chispeantes. Gracias a Dios, llevaba unos *leggings* grises que se ajustaban a sus piernas y a sus caderas haciéndole salivar, y una camiseta estampada con estrellas que mostraba el tentador ombligo. El cuello de la prenda era tan holgado que enseñaba un hombro.

Se hizo a un lado para dejarla pasar y ella entró, dejando a su paso un delicioso aroma.

Él cerró la puerta y se apoyó contra la madera, con los brazos cruzados en el pecho a modo de barrera.

—Pensaba que te vería en la cena.

—He preferido cenar aquí.

—¿Estás evitándome?

—¿Tú qué crees?

—Que sí, pero no entiendo por qué.

Leo la miró arqueando una ceja.

—¿No entiendes por qué? ¿En serio?

—No, así que explícamelo.

Ari caminó hasta el sofá y se sentó. Leo se despegó de la puerta y anduvo hasta colocarse en una silla, en la cocina.

—¿Recuerdas nuestra conversación de ayer?

—Hablamos de muchas cosas. ¿A qué parte te refieres?

—A la parte en la que te dije que eres una menor y que si tus padres se enteran de que nos hemos besado podría perder mi empleo. Eso si no me denuncian por abuso sex...

—No sigas, ya me acuerdo.

—Quiero que me dejes en paz —dijo Leo.

Ella se enderezó, con la espalda bien recta, como si tuviera un palo atado.

—No puedo hacerlo. No *quiero* hacerlo.

—Por favor... Voy a tener problemas por tu culpa.

—Me dijiste que te sentías atraído por mí. ¿O era mentira?

El joven cabeceó, negando.

—Es cierto. Me gustas mucho. Pero no creo que tus padres vean bien que tengamos algo. Y mucho menos, que pierdas la virginidad conmigo. Te mereces a alguien mejor que yo. Un chico del mismo nivel social que tú.

Ari lo escuchaba sin gustarle lo que estaba oyendo y pensó que debía cambiar de táctica si quería que fuera su novio y su primer hombre. La boda y los niños ya vendrían con el tiempo.

—¿No podemos ser amigos? —le preguntó de pronto.

Como él no contestó, ella aprovechó para seguir hablando.

—Me gusta estar contigo y comentar libros. Podríamos leer juntos *Los miserables*. No hay nada de malo en ello, ¿verdad? Tengo a medias *Grandes esperanzas*, pero no me importa dejarlo si voy a empezar a leer contigo. ¿Has leído *El guardián entre el centeno*, de J. D. Salinger? Yo lo leí en cuarto de ESO para un trabajo que tenía que hacer para la clase de Literatura. Me pareció que ese tal Holden estaba un poco colgado —soltó de carrerilla.

Mientras ella hablaba, Leo fue relajándose. La suave voz de Ariadna lo calmaba y, a pesar de todo, se sentía cómodo con ella allí, hablando de novelas.

Se levantó de la silla y se acercó al armario, del que sacó dos vasos.

A continuación, abrió la pequeña nevera y cogió una botella de agua.

—¿Te apetece agua? Con todo lo que estás hablando, tendrás la garganta seca.

—Sí, por favor.

Leo vertió el líquido en los dos vasos y le pasó uno a ella. Se sentó a su lado, en el sofá, pero manteniendo las distancias.

—Entonces, ¿lo has leído o no?

—Sí. Lo leí hace un par de años. Pero a mí no me pareció un colgado. Creo que es un joven inteligente, rebelde e inmaduro que rechaza las normas de la sociedad que le ha tocado vivir.

—Estoy de acuerdo contigo, pero, además, Holden es un cínico. A veces pienso que el personaje es en realidad el autor, que cuenta sus vivencias con disimulo. La historia parece demasiado real.

—Eso es como decir que los que escriben sobre asesinatos van por la calle matando a la gente para documentarse.

Ari se rio por la comparación.

—No, no creo que los autores de novela negra y *thrillers* vayan por ahí haciendo eso. Pero, en *El guardián entre el centeno*, ¿no te parece demasiado real todo?

Dio un trago al agua y siguieron comentando la novela de Salinger.

Cuando terminaron de hacerlo, ella pasó a otro tema.

—¿Qué has hecho hoy? ¿Dónde has estado todo el día?

Como él se sentía a gusto, contestó con sinceridad.

—He pasado el día con mi amiga María. Hemos comido en su casa y por la tarde hemos paseado por un parque cercano a su domicilio.

Ella sintió una punzada de celos, pero se dijo que María era solo una amiga, según él.

—Cuéntame cosas de tu amiga.

Leo bebió un poco de agua y, tras dejar el vaso en la mesita que había frente al sofá, empezó a contarle.

—Tiene cuarenta años y es como mi segunda madre. La conocí hace cinco en el centro en el que estaba y me ha ayudado mucho desde entonces. Ella me consiguió este trabajo.

—Tendré que darle las gracias cuando la conozca.

—Te caería muy bien. Es una mujer con un gran corazón, generosa y leal.

—¿En qué instituto estudiaste?

Leo dudó si contarle la verdad o no. Si ella conociese su pasado, saldría espantada. Quizá era una buena opción para alejarla de él. Meditó un momento.

¿A quién quería engañar? Deseaba estar con Ari más que con cualquier otra persona en el mundo. Aunque eso supusiera graves problemas para él.

—En el Miguel de Cervantes. Es un instituto público.

—Yo estudio en Son Vida.

—Lo conozco, pero solo de oídas. Es un centro privado y, según he oído, allí acuden los

chicos y chicas de las familias adineradas de la isla.

—Sí, es verdad. Nuestros padres son un poco... ¿Cómo lo diría?

—¿Clasistas?

—Eso es. Además de que también son estirados, presuntuosos, esnobs, prepotentes...

Leo comenzó a reírse.

—Parece que no te cae muy bien *tu gente*.

—Algunos sí, otros no —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Por eso no fuiste a la fiesta que dio tu compañero anoche?

—Básicamente, sí. Ese tío me persigue como una maldición y estoy harta de pedirle que me deje en paz.

—Me recuerda a alguien —declaró con una carcajada.

Ari sonrió al darse cuenta de que se refería a ella y le dio un manotazo en el hombro.

—Bueno, dejemos de hablar de mí. ¿Qué estudiaste cuando terminaste la ESO?

—Hice un grado medio de Jardinería, una FP.

—¿Por qué eso y no otra cosa? —preguntó con curiosidad. La verdad era que le interesaba todo lo relacionado con él.

—Porque se me da bien cuidar de las flores, las plantas, los árboles... Cuando estoy rodeado de vegetación, me siento en paz, tranquilo. Me pasa lo mismo con los libros.

—¿Y por qué no estudiaste Filología Clásica o algo parecido?

—Porque esa opción no estaba en el centro donde estudié.

—Pues haber cambiado de instituto.

—No podía hacerlo.

—¿Por qué? —insistió Ari.

Leo guardó silencio un momento. El tema estaba volviéndose espinoso. Sabía que algún día tendría que contarle a Ariadna toda la verdad sobre su pasado. Pero ese día no había llegado todavía.

—Así que estás leyendo *Grandes esperanzas*. ¿Qué te está pareciendo? ¿Te gusta? —preguntó para cambiar de conversación.

Ari no era tonta y se dio cuenta de sus intenciones.

Lo dejaría pasar por esa vez. Ya se enteraría de la información que le estaba pidiendo.

—La pluma de Charles Dickens me gusta mucho y la historia, hasta donde he leído, está muy bien. Es entretenida. ¿Lo has leído tú?

—Sí, lo he hecho. A mí me gustó mucho porque es una historia de superación y de redención. Pip intenta salir de la pobreza y convertirse en caballero, pero se da cuenta de que no todo es bonito en el mundo de los ricos.

—Creo que Estela es una pija estirada que está jugando con él —comentó Ari.

—A Estela la han educado para hacer sufrir a los hombres, pero no te voy a contar nada más porque haría un *spoiler* como una catedral. Cuando acabes de leer la novela, debatiremos. ¿Te parece bien?

La joven asintió con la cabeza.

Leo miró el reloj de la pared para no quedarse embobado con su belleza.

—Son más de las doce. Creo que deberíamos acostarnos.

Ari le sonrió con picardía.

El chico, al darse cuenta de su mirada, reparó en lo que había dicho y que ella había malinterpretado.

—Quiero decir: cada uno en su cama. Juntos no.

Ella se acercó un poco más él.

—Ari, sé buena y vete a casa.

—Eres un aguafiestas —lo acusó con una sonrisilla.

De repente, le dio un beso en los labios. Fue tan fugaz que Leo pensó que se lo había imaginado.

Ariadna se levantó del sofá y estiró los brazos hacia arriba, desperezándose. La camiseta se le subió un poco más hasta llegar al borde de sus pechos.

Bajó los brazos y observó a Leo, que la miraba como si fuera una diosa en su altar y él fuese un pecador que le estuviera pidiendo clemencia.

La sangre corrió como la pólvora en sus venas. El calor se extendió hasta llegar a cada célula de su ser.

—Bueno... Me voy.

Caminó hasta la puerta bajo la atenta mirada del chico y, cuando agarró el pomo, se volvió hacia él.

—Sueña conmigo.

Le tiró un beso con la mano y salió de la casa, cerrando la puerta despacio.



CAPÍTULO 6

A las seis y media de la mañana sonó el despertador de Ari. Lo apagó y se dio la vuelta para seguir durmiendo. Pero enseguida recordó por qué lo había puesto a esa hora y se levantó en cuestión de segundos.

Se metió en el baño para asearse. Al acabar, fue directa a la cocina, todavía con el pijama puesto, para desayunar con los empleados y con Leo.

—Buenos días, Ari. ¿Te ocurre algo? —le preguntó Eva.

Sentados alrededor de la mesa estaban Marcelo y Valentina. En ese momento llegó Elsa y, tras saludarlos a todos, se sentó en el sitio que le correspondía.

—Buenos días a todos. No pasa nada, Eva. Solo quiero desayunar con vosotros.

—Pero es demasiado pronto para ti.

La cocinera no entendía por qué quería desayunar a esas horas cuando, normalmente, los días que tenía clase, lo hacía una hora más tarde.

Sin embargo, cuando vio entrar a Leo y la mirada que se dirigieron los dos jóvenes, acompañada de una gran sonrisa, lo entendió todo. En sus ojos brillaba la ilusión de algo que acababa de nacer.

El chico se colocó en la silla que había al lado del chófer, y la jovencita lo hizo al lado de Elsa, quedando frente a él.

Les costó mucho apartar la mirada del otro, pero tuvieron que hacerlo al escuchar el carraspeo de Eva, que, a esas alturas, se imaginaba lo que estaba pasando entre los dos jóvenes.

Mantuvieron una charla distendida mientras desayunaban.

Ari estaba feliz y a Leo también se le notaba contento. Además de tener allí a la chica que le traía loco desde que la había conocido, sentía que formaba parte de una familia. Estaba integrándose bien, y eso le gustó.

Marcelo fue el primero en acabar su desayuno. Recogió su parte de la mesa y salió de la cocina. Antes de irse, le recordó a Ari que estaría en el coche, esperándola para llevarla al instituto a la hora de siempre.

Pocos minutos después, Valentina y Elsa también terminaron y se fueron a hacer las tareas de la casa.

Se quedaron Eva, Leo y Ari.

—¿Tienes Instagram? —quiso saber Ari, mirando a Leo.

—No.

—¿Y Twitter?

—Tampoco.

—¿Facebook, TikTok?

Él amplió su sonrisa antes de contestar.

—No tengo redes sociales.

—¿Qué chico de veintiún años no tiene redes sociales? ¿En qué mundo vives? —quiso saber, asombrada.

Leo soltó una pequeña carcajada.

Eva los contemplaba en silencio.

—Vivo en un universo paralelo —le dijo en broma.

—¡Venga ya! No me tomes el pelo. —Ari le tiró la servilleta y Leo la esquivó con rapidez.

—Vale, vale —se rindió, alzando las manos—. Vivo en el mismo planeta que tú, pero no tengo redes sociales porque no me gusta que gente que no conozco sepa de mi vida. Tampoco me gusta alardear de lo que hago ni cotillear en la vida de otras personas. No me atrae ese mundo de falsedad y vanidades. Cuando quiero comunicarme con alguien, lo llamo por teléfono o le mando un mensaje.

Ariadna asintió con la cabeza, dando por válida esa explicación.

Eva, a pesar de que se había sentado la última, acabó el desayuno y se levantó.

—Leo, ve terminando porque hoy tienes mucho trabajo —le comentó al chico. Miró a Ariadna y añadió—: Tú también tienes que acabar ya.

—Todavía falta una hora para ir al instituto. Tengo tiempo de sobra.

La cocinera se mordió la lengua para no decirle nada más. Recogió su parte de la mesa y les dio la espalda.

Ellos acabaron el desayuno entre miradas cómplices y sonrisas.

Leo abandonó la cocina.

Ari lo hizo poco después.

Sin embargo, no se dirigió a su habitación para cambiarse de atuendo. Salió al jardín y caminó hasta que encontró a Leo regando los setos.

Los ojos negros de él se clavaron en los azules de ella y esbozó una sonrisa perezosa que por poco consigue que a Ari se le cayeran las bragas.

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en tu cuarto poniéndote el uniforme para ir a clase.

La joven terminó de cubrir la distancia que los separaba y, cuando estuvo a su lado, se puso de puntillas.

—Necesito que me des un beso, aunque sea uno pequeñito. De lo contrario, no podré dejar de pensar en ti —le habló al oído.

—Los dos sabemos que vas a pensar en mí te bese o no —dijo en voz baja, mirando a su alrededor para comprobar que estaban solos.

—Tranquilo. No hay nadie. Ya me he asegurado de ello antes de acercarme a ti.

Él le agarró de la barbilla con los dedos y giró su cara para darle un casto e inocente beso en la mejilla.

—Este no me vale. Tiene que ser en los labios —refunfuñó ella.

—Los amigos no se besan en la boca —la hizo rabiar.

—Pues, en ese caso, rompo nuestra amistad.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo cogió de la nuca y lo obligó a inclinarse hacia ella para unir

sus labios. Se lo comió como si fuera su dulce favorito, y cuando se separó de aquella boca tan apetecible, le guiñó un ojo y se marchó, dejando al joven con ganas de más.

Mientras Ariadna subía a su habitación, se sentía flotando, como si estuviera en una nube o como si fuera un globo lleno de helio.

Eva vio cómo Ariadna se alejaba de Leo.

Cuando la chica entró en la casa, la cocinera anduvo hasta el jardinero.

—Hola, Eva. ¿Me necesitas para algo? —le pregunto el joven con amabilidad.

La mujer entrelazó los dedos de las manos y lo miró muy seria.

Leo se olió la reprimenda antes de que ella hablara.

—¿Sabes cuál es tu lugar aquí, en la casa?

—Sí —dijo, avergonzado, apartando la vista. Seguro que había visto el beso que Ari le había dado.

—Pues intenta mantenerte en ese lugar y no traspases la línea que nos separa de ellos —le recomendó.

Leo supo que con «ellos» no se refería solo a los Van der Vaart, sino a todas las familias adineradas de Mallorca.

—Lo intentaré —habló en voz baja.

—Lo intentarás no. Lo harás —le ordenó Eva.

—Yo no he empezado esto. Fue ella quien vino a buscarme. Es ella quien hace lo posible para coincidir conmigo.

—¿Cómo te atreves a culparla? —Separó las manos y le apuntó con un dedo—. No la culpes solo a ella. Tú también estás metido en esto. Y, por lo que he visto, estás metido hasta el cuello. Así que escúchame bien: no juegues con ella. Si vuelvo a verte junto a Ari, se lo contaré a sus padres y, entonces, durarás menos en esta casa que un caramelo en la puerta de un colegio.

—Por favor, no lo hagas. Hablé con Ari y le pedí que dejara de perseguirme, pero es una chica muy testaruda y no me hizo caso. Reconozco que yo también tengo una parte de culpa porque ella me gusta, y sé que lo nuestro no puede ser. Intento refrenar mis impulsos y mis sentimientos cuando estoy con ella, pero a duras penas lo consigo —le explicó.

Eva se puso las manos en las caderas y lo observó unos cuantos segundos. El enfado había sido sustituido por la pena. Pena por aquel chico que le había confesado todo con total sinceridad.

—Sé lo cabezota que es Ari. La conozco desde que tenía dos años, que fue cuando entré a trabajar en esta casa. Y también te entiendo a ti. Los dos sois jóvenes y estáis atontados el uno con el otro. Pero ella no es para ti.

—¿Crees que no lo sé? —le preguntó Leo con tristeza—. Sé que no estoy a su nivel y que nunca lo estaré. Ari se merece a un chico mejor que yo. Un chico de buena familia. No un simple jardinero —dijo, abatido—. Pero ella vive en un mundo de sueños donde cree que todo es posible. Y lo peor es que acabará arrastrándome con ella.

Leo agachó la cabeza con resignación.

Eva se apiadó de él y le puso la mano en la mejilla, consolándolo.

—Pobre muchacho —suspiró.

Ariadna estaba en la cafetería del instituto contándoles a Nerea y Valeria sus avances con Leo.

Estaba superemocionada con todo lo que estaba viviendo junto a él.

—Besa de maravilla, y cuando me acaricia, siento que estoy en el cielo.

—Pero ¿os habéis acostado o no? ¿Ya no estás inmaculada? —preguntó Valeria, muerta de curiosidad.

—Todavía no nos hemos acostado. Yo sí tenía la intención, pero él me soltó el rollo de que soy menor de edad, que si se enteran mis padres podrían denunciarlo por abuso sexual, blablablá.

—Y tiene toda la razón —intervino Nerea—. Es muy responsable por su parte. Menos mal que uno de los dos tiene la cabeza bien amueblada y piensa las cosas antes de hacerlas.

—Habló la chica más responsable que hay en dos kilómetros a la redonda —replicó Ari, molesta—. Como si tú no te hubieras tirado a medio instituto.

—Por eso lo digo. Porque yo no tengo cabeza —respondió Nerea riéndose.

Daniel entró en la cafetería y, en cuanto divisó a Ari, se acercó a la mesa que ocupaban sus amigas y ella.

—Te eché de menos en la fiesta.

Ariadna lo ignoró.

—Estuvo muy bien, es una pena que te la perdieses. Pero no te preocupes. Dentro de poco haré otra y tú serás mi invitada especial.

La chica se levantó con el zumo en la mano.

Rodeó la mesa y se plantó frente a él.

Alzó el brazo y giró la mano, echándole por encima todo el líquido.

—Olvídate de mí o te denunciaré por acoso.

Le puso el vaso en la mano a un sorprendido Daniel, que no acababa de creerse que Ari lo hubiera puesto en evidencia delante de medio instituto.

—Chicas, vámonos.

Sus amigas se levantaron enseguida y la siguieron.

Nerea no paraba de reírse por lo que había ocurrido, pero a Valeria no le había gustado nada.

—Lo que le has hecho a Dani está muy mal.

—Que se fastidie. Que me deje en paz y así no le haré nada.

—¿Y si Leo te hiciera a ti lo mismo que tú le haces a Dani?

—Leo no me haría eso. Además, está tan enamorado de mí como yo de él —afirmó con seguridad.

—¿Qué tal lleváis el examen de Anatomía Aplicada? —quiso saber Nerea, cambiando de tema de forma radical. Lo de Daniel le aburría.

—Mal. No he estudiado nada el fin de semana —declaró Ariadna.

—Regular. Esta tarde y mañana seguiré estudiando, a ver si para el miércoles me lo sé todo —contestó Valeria.

—Por una vez en mi vida y sin que sirva de precedente, yo lo llevo bastante bien.

Sus amigas la miraron sorprendidas.

—¿Qué? No me miréis así. Para una vez que estudio, deberíaís aplaudirme.

—¿No tendrás alguna enfermedad venérea que te provoca alucinaciones o fiebre? —preguntó Valeria.

Ari soltó una carcajada al escucharla.

Nerea primero la miró mal y después puso los ojos en blanco.

—No seas boba. Esa asignatura es de las pocas que me gustan y por eso presto atención.

—Pues ya podían gustarte también las otras para que dejes de copiarte de mí. Algún día te pillarán y no quiero verme implicada —replicó Valeria.

Ariadna estaba ansiosa por llegar a casa para ver a Leo. No había prestado atención a las explicaciones de los profesores. Se había pasado el tiempo soñando con el chico.

En la puerta del instituto se despidió rápido de sus amigas y subió al coche.

—¿No puedes conducir más deprisa, Marcelo?

—No, podrían multarme por superar el límite de velocidad y tu padre se enfadaría conmigo.

—Es que vamos a paso de caracol y tengo prisa por llegar a casa.

El chófer no contestó y ella suspiró desesperada.

Sacó el iPad y buscó información sobre el instituto donde había estudiado Leo. Estuvo unos minutos navegando por la web. Le pareció un lugar agradable. Había una galería de fotos y buscó con ansia a Leo entre las tomadas en los años que ella calculaba que habría asistido a ese centro.

Pero no lo encontró.

Se dio cuenta, mientras navegaba por la web, de que allí solo se estudiaban ESO y Bachillerato. Él le había dicho que había estudiado FP. En la página no informaba de que ese instituto tuviera formación profesional.

O sea, que al terminar la enseñanza secundaria obligatoria se había ido a otro sitio para estudiar el grado de Jardinería.

¿Por qué le había dicho la verdad a medias? En caso de que fuera cierto que había estudiado en el Miguel de Cervantes.

¿Por qué no le había comentado cómo se llamaba el centro donde había estudiado FP?

Al llegar a su casa, se bajó rápido del coche y fue a buscar a Leo. Miró primero en la cocina, por si acaso estaba todavía allí comiendo, pero Eva le dijo que ya lo había hecho.

—¿Para qué lo necesitas? —quiso saber la cocinera.

—Porque quiero preguntarle una cosa.

Salió de la estancia antes de que Eva pudiera hacerle otra pregunta.

Dejó el iPad, el pequeño bolso donde llevaba el móvil y la cartera con dinero en el sofá del salón, y caminó hacia el jardín.

Lo buscó por allí, sin éxito.

Entonces se dirigió hacia la casita del pinar.

Cuando estuvo frente a la puerta, tocó con los nudillos un par de veces.

Al otro lado se oía música.

De pronto, dejó de sonar y escuchó unos pasos que caminaban hacia la puerta.

Ari se preparó con la mejor de sus sonrisas para verlo cuando abriera la hoja de madera.

Sin embargo, aquello no sucedió.

—Leo, sé que estás aquí. Abre la puerta.

—Es peligroso que nos vean juntos.

—¿Otra vez vas a empezar con lo mismo?

—Es que ha pasado algo.

—Pues déjame entrar y cuéntamelo —le pidió ella.

—Mejor lo hablamos por WhatsApp.

—Muy bien. Voy a buscar el móvil. Lo tengo en el salón. Volveré enseguida.

Se dio la vuelta y regresó donde había dejado sus cosas pensando que era una tontería hablar por el móvil cuando podían hacerlo cara a cara.

Cuando cogió su teléfono, vio el mensaje de Leo.

Había escrito una parrafada. En ella le contaba la conversación mantenida esa mañana con Eva

y también le decía que era mejor que dejaran de verse.

A medida que iba leyendo el wasap, la furia se iba apoderando de ella.

Cuando llegó al final, en lugar de contestarle, fue directa a la cocina y se encaró con Eva.

—No vuelvas a meterte entre Leo y yo, o haré que mis padres te despidan y daremos tan malas referencias de ti que nadie te contratará en toda la isla.

La cocinera se quedó lívida de la impresión.

Ari salió de la cocina como si estuviera ardiendo.

Eva reaccionó y la siguió por el pasillo.

—Ari, espera, deja que te explique...

—No quiero que me expliques nada. Tú no eres nadie para decidir con quién me relaciono y con quién no —espetó con rabia, parándose en mitad del pasillo. Se volvió hacia ella para enfrentarla—. No tienes ningún derecho a hacerlo. Y, además, ya tengo suficiente con mis padres. ¡Han planeado toda mi vida a su gusto desde que nací! ¡Y estoy harta! ¡Harta! ¿Me oyes? —le gritó.

Eva alzó las manos intentando apaciguarla.

—Solo quiero lo mejor para ti, igual que tus padres.

—¿Lo mejor para mí es no dejarme estudiar lo que me gusta? ¿Lo mejor para mí es tener que aparentar que somos una familia feliz cuando ni siquiera pasamos juntos dos días a la semana? ¡Mis padres me tienen abandonada! ¡Hacen su vida como si yo no estuviera en ella! Siempre estoy sola. Estoy cansada de estar sola —confesó, empezando a sollozar de frustración e impotencia—. Y para una vez que conozco a un chico que me gusta, con el que estoy genial, con el que no tengo que fingir que soy alguien que no soy...

La cocinera abrió los brazos para acoger a Ari entre ellos.

La joven se refugió en el espacio que se había abierto ante ella y Eva la abrazó con ternura.

—Estoy enamorada de Leo.

—Pero no es correcto —susurró Eva.

—El amor no entiende de normas, de si es correcto o no. Solo sabe de sentimientos, de emociones. Además, él también lo está de mí. Y también me ha dicho que no es correcto, que no está a mi nivel, que tengo que buscar a un chico mejor que él, de buena familia.

—Es lo más sensato —opinó la mujer.

Ari se distanció de ella y se limpió las lágrimas con los dedos.

—¡Me importa una mierda que sea sensato o no! —exclamó en un arrebato—. ¡Quiero estar con él!

—No es posible que te hayas enamorado en tan poco tiempo. No hace ni cuatro días que os conocéis.

Ari la miró como si le hubiera dado un tortazo en la cara.

—¿Cómo que no es posible? ¿Sabes qué es un flechazo? Eso es lo que nos ha pasado a Leo y a mí. Y pienso luchar contra todo el que se me ponga por delante para tener algo con él.

Se dio la vuelta y continuó andando hasta que salió al jardín.

Eva fue tras ella.

—Ari. —La agarró del brazo para detenerla—. Te comprendo. Sé que el primer amor es así de fuerte, impulsivo, irracional y loco. Pero piensa un momento. ¿Qué pasaría con Leo si tus padres supieran lo vuestro? ¿No se te ha ocurrido ponerte en el lugar de ese chico? Si tanto lo quieres, piensa más en él que en ti. Tus actos podrían tener consecuencias desastrosas para la vida de Leo.

—Si nos dejáis en paz, todo saldrá bien. Tendremos una historia con final feliz —replicó Ari,

tozuda, soltándose del agarre de Eva.

La mujer asintió con la cabeza al ver que la chica no cedía en su empeño.

—Está bien. Haré la vista gorda. Pero, cuando lo vuestro se descubra, yo no sé nada, ¿entendido?

Ariadna alegró el gesto de su cara.

—Gracias.

Le dio un abrazo de reconciliación y se dirigió hacia el pinar.

Cuando llegó, tocó a la puerta y le pidió a Leo que la dejara entrar.

—Acabo de mantener una charla con Eva. Nos cubrirá. Ábreme, por favor, Leo. Quiero verte. Necesito verte.

El jardinero abrió la puerta con cautela.

Ari se metió en la pequeña vivienda.

Cerró la puerta con el pie y se pegó a los labios del chico como si fuesen un imán que le atraía sin remedio. Con las manos alrededor de su cuello, lo obligó a inclinarse para profundizar el beso.

Leo la agarró por la cintura y apretó el menudo cuerpo de Ari contra el suyo.

Cuando rompieron la unión de sus bocas, estaban jadeando.

—¿Seguro que Eva no se lo contará a nadie? —le preguntó.

—Sí, tranquilo.

—Debemos intentar que no nos descubran. Tenemos que ser discretos.

Ari puso la oreja en su pecho y escuchó cómo latía el corazón del joven mientras rodeaba con sus brazos su cuerpo. Respiró tranquila y feliz.

Leo también la abrazó y estuvieron así, en mitad de la estancia, varios minutos.

—¿Qué tal hoy en clase? —quiso saber Leo, interrumpiendo el silencio que se había adueñado del salón.

—Mal. No me he enterado de nada porque me he pasado toda la mañana pensando en ti.

Se distanció un poco para mirarlo a los ojos. En sus labios había una sonrisa traviesa.

—¿Me estás diciendo que voy a ser el culpable de que suspendas alguna asignatura?

—Las voy a suspender todas —contestó la chica, y soltó una carcajada.

—A mí no me parece gracioso. Deberías esforzarte y estudiar. El curso está a punto de acabar y tienes que hacer los exámenes de acceso a la universidad.

—¿Para estudiar una carrera que no quiero hacer porque no la he elegido yo?

Leo deshizo el abrazo y cogió a Ari de la mano. La llevó hasta el sofá y se sentaron en él.

—Tienes que aprobar el curso y los exámenes de la EVAU. Luego, según la nota que tengas, decidirás qué carrera estudiar.

—Mis padres no dejarán que lo haga.

—Aun así, debes aprobarlo todo —le aconsejó.

—¿Sabes qué? Podrías ayudarme a estudiar ahora mismo. Tengo un examen de Anatomía Aplicada y necesito practicar contigo.

—Vale. ¿Qué quieres que haga? —dijo un solícito Leo que no tenía ni idea de lo que se le venía encima.

—Necesito que te quites la camiseta —respondió Ari, agarrándosela del borde para levantarla y quitársela.

—¿Cómo? No creo que esa sea la forma adecuada de estudiar —comentó el chico, oponiéndose.

—Es de anatomía. Necesito ver tu cuerpo desnudo. Tengo que aprender dónde están los

músculos, los huesos... Deja de resistirte, por favor.

Leo agarró por las muñecas a Ariadna para que dejara de subirle la prenda.

Estuvieron un rato luchando por ver quién se salía con la suya hasta que Ari comenzó a hacerle cosquillas en los costados del cuerpo.

Él se retorció, preso de la risa, pidiéndole que parase.

Al final, la joven consiguió quitarle la camiseta.

Lo obligó a tumbarse en el sofá y se sentó encima de él, a horcajadas sobre su pelvis, con la faldita del uniforme desplegada como si fuera un abanico.

Se inclinó para besarle en los labios y desde allí, descendió por todo su pecho dejando un reguero de besos húmedos. Con la lengua recorrió las tetillas mientras aspiraba el aroma de su piel.

Después, continuó su viaje hasta que llegó al ombligo y depositó pequeños besos en torno a él.

Leo sentía cada caricia de la boca de Ari como si fuera el aleteo de una mariposa. Cada vez iba poniéndose más nervioso y su corazón latía más veloz. Tenía la respiración alterada y no podía pensar con claridad.

—Ari, para, por favor —logró susurrar a duras penas.

—¿Por qué? ¿No te gusta lo que hago? —preguntó entre beso y beso, llegando a la cinturilla del pantalón.

—Me gusta demasiado, por eso te pido que pares —gimió. Estaba volviéndose loco por el deseo. Tenía que controlarse para que la situación no se le fuera de las manos.

—¿Y si no quiero?

Ari lo miró a la cara con los dedos puestos en el botón del pantalón vaquero que llevaba, listos para desabrocharlo. Al ver el deseo sexual en los ojos del chico, se quedó sin aliento.

—Por favor... —suplicó Leo.

En ese momento, el estómago de Ari rugió.

Los dos se quedaron unos segundos mirándose y después estallaron en risas.

—¿Tienes hambre? —quiso saber el joven.

—Sí —respondió, asintiendo con la cabeza también.

—¿No has comido cuando has vuelto del instituto?

—No, he venido a verte directamente.

—Pues eso hay que arreglarlo. Deja que me levante y te prepararé algo.

Ariadna le puso una mano en el pecho, impidiéndole moverse.

—Antes tienes que darme algo a cambio.

—Ya voy a darte comida. ¿Qué más quieres?

—Un beso.

La chica se inclinó sobre él y reclamó su boca con beso lento.

Cuando se despegó de los labios del joven, muy a su pesar, dejó que se levantase del sofá.

—¿Qué te apetece? —preguntó él, yendo hacia la nevera.

—Como de todo, así que haz lo que sea más fácil y rápido.

Admiró la figura masculina y sintió que se derretía. Se mordió los labios para controlar el impulso de saltar sobre él como si fuera una depredadora y comérselo entero.

Leo trabajó en la cocina durante un rato. Le preparó una tortilla francesa rellena de queso y una ensalada. Colocó los cubiertos en la mesa junto con el vaso y la botella de agua.

—Ya puede sentarse, señorita Van der Vaart —dijo, dejando el plato en la superficie de madera.

Ella se sentó a la mesa y comenzó a comer. Hasta ese momento no se había dado cuenta de

que estaba muerta de hambre.

—La tortilla está muy buena —le alabó.

Leo, sentado en otra silla a su lado, sonrió.

—¿Por qué no has comido antes de venir aquí?

—Necesitaba verte.

Pinchó un trozo de tomate con un poco de lechuga y se lo metió en la boca.

—¿Para qué?

—Me dijiste que habías sido alumno del instituto Miguel de Cervantes.

Leo se puso tenso, pero asintió despacio.

—Te he buscado en la galería de fotos del instituto y no apareces en ninguna.

El chico se levantó y fue a buscar su camiseta para ponérsela.

—No me gusta hacerme fotos ni que me las hagan —dijo, de espaldas a ella.

—¿Por qué?

—Porque salgo mal.

Ella se rio.

—Con lo guapo que eres y lo bueno que estás, dudo mucho que salgas mal.

Leo regresó a la mesa con Ariadna.

—¿Por qué me has buscado en la web del instituto?

—Quería saber más sobre ti y descargar una foto tuya para poder mirarla cuando no esté contigo.

—Te estás convirtiendo en una pequeña acosadora.

—¿Qué hay de malo? Me gustas mucho.

Leo suspiró.

—¿Dónde estudiaste formación profesional? Porque en la web del Miguel de Cervantes pone que solo hay ESO y bachillerato en ese instituto.

El chico se removió incómodo en la silla.

—Termina de comer porque con tanta charla se te va a enfriar.

—Vale, pero mientras como contesta a mi pregunta y cuéntame cosas de tu etapa en el instituto. ¿Eras un buen estudiante? ¿Qué asignatura te gustaba más?

—Son demasiadas preguntas. Si te contesto a todo, perderás el interés por mí. Ya no te resultaré misterioso y, con sinceridad, prefiero mantener la intriga para que no te canses de mí —comentó, guiñándole un ojo.

En ese momento sonó el móvil de Ari.

Se levantó y fue a cogerlo para contestar. Sin embargo, al ver en la pantalla quién la llamaba, no respondió.

—Es mi padre. No sé qué querrá, pero no me apetece hablar con él ahora.

—Puede que sea algo importante.

—¿Importante? No hay nada más importante que su profesión y el legado familiar. Créeme, yo no soy importante para él. Y para mi madre tampoco.

El teléfono dejó de sonar.

Leo se sorprendió.

—¿Por qué dices eso?

Ariadna le contó la situación que tenía con sus padres. Casi nunca estaban con ella, la obligaban a estudiar algo que no quería; tenía la sensación de que sobraba en sus vidas, que deseaban que no hubiera nacido. Eran pocas las muestras de cariño que tenían sus padres con ella.

—Entiendo —comentó Leo escuetamente.

La comprendía más de lo que ella pensaba.

—No, no lo entiendes. Desde fuera nos ven como una familia feliz, pero no somos así. Somos ricos, sí, pero cambiaría todo lo que tengo por que mis padres pasaran más tiempo conmigo, se preocupasen por mí y me dejaran estudiar lo que yo quiero.

—Te entiendo, aunque tú no lo creas. Pero me resulta extraño escucharte decir eso. Eres la primera adolescente que conozco que quiere que sus padres estén pendientes de ella. Lo normal es querer que te dejen en paz.

El móvil volvió a sonar. Ari siguió hablando con él como si el teléfono no existiera.

—Ya, bueno, será que soy rara. Pero dejemos de hablar de mí. Cuéntame algo sobre tu infancia.

Leo meditó unos instantes.

—Te advierto de que lo que te cuente podría no gustarte.

—Aun así, quiero saber algo de cuando eras niño o adolescente, me da igual.

El joven dudó por dónde empezar a contarle su pasado y qué partes de él podía revelar.

—Mi padre nos abandonó a mi madre y a mí cuando yo tenía cinco años. Apenas recuerdo cosas de él.

—¡Oh! Lo siento mucho.

Ariadna se alzó de la silla y se sentó en su regazo. Rodeó el cuerpo del chico con sus brazos y pegó la mejilla a la de él con la intención de consolarlo.

—No te preocupes. Ya he superado esa etapa.

«Y otras más, pero aún es pronto para contártelas. Si es que tengo el valor suficiente para hacerlo algún día», pensó Leo.

La musiquita del teléfono cesó, pero, segundos después, empezó a sonar otra vez.

—Deberías cogerlo —le recomendó el chico.

—Me apetece más seguir abrazándote.

Él soltó una suave risa. Le dio un fugaz beso en los labios y la instó a responder a la llamada.

—A lo mejor ha pasado algo grave y necesita decírtelo. Contesta, venga.

Ella se mostraba reacia a coger el móvil para hablar con su padre. Sin embargo, obedeció a Leo.

—¿Dónde estás? —quiso saber Hans sin saludarla.

—Hola, papá.

—¿Dónde estás? No me hagas repetírtelo.

—Estoy paseando por el pinar.

—Ven inmediatamente a mi despacho.

El tono con el que lo dijo hizo que se pusiera alerta.

Hans cortó la llamada sin darle opción a réplica.

Ari tragó saliva y miró a Leo.

—Tengo que regresar a casa. Mi padre quiere verme en su despacho y eso... eso no es bueno.

Se alzó con lentitud de las rodillas de Leo.

—Me gustaría acompañarte, pero no pueden vernos juntos.

—No pasa nada.

El chico se había levantado también de la silla.

Ari se puso de puntillas para alcanzar sus labios y despedirse con un beso.

—Luego te mando un mensaje y te cuento por qué me ha reñido esta vez.

—¿Estás segura de que Eva no se ha chivado?

—Espero que no.

Se dirigió hacia la puerta acompañada de Leo. Agarrada todavía de su mano.

Se refugió entre sus brazos antes de abandonar la vivienda.

Él le acarició el cabello rubio, notando en los dedos su suavidad.

Los dos inspiraron profundamente antes de separarse.

Leo le dio un delicado beso en la frente, otro en la punta de la nariz y el último, en los labios.

—Buena suerte —le deseó.

Ella hizo una mueca y abrió un poco la puerta. Asomó la cabeza por el espacio que había y oteó a su alrededor.

Cuando comprobó que no había nadie, salió al exterior.

—Después te llamo o te mando un wasap —le prometió antes de irse.

El joven cerró la puerta y pegó la frente a la madera.

«Ojalá que no nos hayan descubierto», rezó.



CAPÍTULO 7

Ari entró en el despacho de su padre y cerró la puerta despacio mientras él la miraba con gesto serio.

Tomó asiento en la silla que había frente al escritorio de Hans. Se colocó con la espalda recta, las manos unidas en el regazo y la cabeza agachada, manteniendo una actitud sumisa.

—Me ha llegado un *e-mail* de tu tutora informándome de que has faltado al respeto a tus profesores, que no vestes el uniforme adecuadamente y que trabajas poco en clase. Me ha advertido de que estás a punto de suspender todo el curso y no podrás presentarte a los exámenes de acceso a la universidad. Por si no fuera bastante, al parecer, hoy le has tirado un vaso de zumo por la cabeza a un compañero, ensuciándole todo.

Hans dejó de hablar un momento. Esperaba que su hija le explicase por qué se comportaba así en el instituto. Al ver que no lo hacía, le exigió:

—¡Responde!

Ari pegó un bote en la silla donde estaba sentada al oír el grito de su padre.

Lo miró unos segundos antes de abrir la boca para contestar.

—¿Qué quieres que te diga? Me comporto como cualquier otra adolescente.

—No me tomes por tonto.

—No te tomo por tonto —repitió sus palabras—. Si me dejaseis estudiar lo que me gusta, prestaría más atención en clase y trabajaría más. Te lo he dicho doscientas veces. No quiero ser médico. Me porto mal en clase porque me aburro, no me interesa lo que mis profesores intentan enseñarme. No llevo el uniforme completo porque es incómodo y me da calor. Y, en cuanto al chaval ese, es un pesado que no deja de perseguirme por todo el instituto porque quiere ser mi novio. Me he visto obligada a tirarle el zumo por la cabeza para ver si me dejaba en paz de una puñetera vez.

Hans permaneció en silencio asimilando las palabras de su hija mientras le dirigía una dura mirada.

Ari pudo leer en el rostro de su padre lo enfadado que estaba con ella y también que no había conseguido hacerle cambiar de opinión.

—Hay formas más elegantes y educadas de solucionar un problema. No debes ponerte en evidencia delante de la gente. Dame el móvil —le ordenó su padre.

—¿Para qué lo quieres?

—Dame el móvil —repitió—. Estás castigada sin él.

Ari se mostró indignada, aunque lo cierto era que estaba haciendo teatro para que Hans viese que le dolía el castigo que le había impuesto. No le importaba darle el teléfono a su padre. No podría acceder a nada porque el móvil se activaba con el reconocimiento facial y, en caso de no hacerlo, pedía un código que solo ella sabía.

Además, podía comprarse otro con la asignación económica que tenía cada mes.

—¡Eso no es justo! —protestó, continuando con su actuación.

—Yo soy quien decide lo que es justo y lo que no. Dame el móvil.

—¿Hasta cuándo voy a estar sin él?

—Hasta que se acabe el curso y hagas los exámenes de acceso a la universidad. Si los apruebas todos, te lo devolveré. De lo contrario, te quedarás sin él. Ahora, dámelo y vete a tu habitación. Esta noche cenarás allí.

Ari observó a su padre fingiendo frustración y enfado. Abrió la boca para quejarse de nuevo, pero Hans la atajó.

—No pretendas negociar conmigo. Aprobarás todo el curso, harás los exámenes de la EVAU y estudiarás Medicina quieras o no —repitió.

—Entonces, compadezco a los pacientes que tenga que atender.

Dejó el móvil encima de la mesa y se dio la vuelta para marcharse.

Subió a su habitación planeando que, al día siguiente, se escaparía en el recreo para ir a una tienda de telefonía y comprarse un móvil.

Pensó en Leo. Estaría esperando que se pusiera en contacto con él para contarle la discusión con su padre.

Se asomó a la ventana y miró hacia el pinar. Cuando todos estuvieran acostados, saldría de su cuarto e iría a verlo. Esperaba que nadie la pillase.

Resignada, se cambió el uniforme del instituto por unos *leggings* y una camiseta. Cogió el libro que estaba leyendo en esos días y se entretuvo con la historia que contaba hasta que unos golpes sonaron en la puerta.

—Adelante.

Eva entró en la habitación con una bandeja en las manos.

—Te traigo la cena.

—¿Ya es la hora de cenar? —preguntó, mirando su reloj. Comprobó que eran las nueve y media. ¡Pues sí que se le había pasado rápido el tiempo!

La cocinera colocó la bandeja encima del escritorio que Ari tenía en su habitación.

La joven dejó la novela sobre la mesilla de al lado de su cama y se acercó para ver qué le había preparado de cena.

—Gracias, Eva. Cuando termine, bajaré a la cocina para llevarte la bandeja.

—No puedes salir de la habitación hasta mañana para ir al instituto. Son órdenes de tu padre. Subiré dentro de una hora para recogerla.

Ari puso los ojos en blanco.

—¡Ay! ¡Lo que tengo que aguantar! —se quejó.

Eva salió de la habitación cerrando la puerta con cuidado para no hacer ruido.

Ari comenzó a cenar.

Mientras, curioseó sus redes sociales en el iPad hasta que terminó los alimentos que Eva había cocinado para ella.

Se lavó los dientes y se tumbó otra vez en la cama para seguir leyendo la novela.

La casa estaba en silencio, con todas las luces apagadas y sus moradores durmiendo.

Ari recorrió el pasillo con sigilo. No deseaba verse sorprendida, por eso iba descalza, pero llevaba las zapatillas en la mano. Se las pondría cuando alcanzase el jardín y correría a casa de Leo.

Abrió la puerta corredera del salón con cuidado para no hacer ruido y salió al exterior. Se calzó las zapatillas y se dirigió hacia el pinar.

Cuando llegó a la casita, tocó a la puerta con los nudillos.

Vio cómo la luz se encendía de repente y escuchó unos pasos que caminaban hacia la entrada.

—Leo, soy yo. Ábreme —susurró.

Oyó el ruido de la llave al girar en la cerradura.

El chico abrió la puerta y la dejó pasar.

—Estaba preocupado por ti.

Cerró la hoja de madera y la abrazó.

Ella se refugió entre sus brazos buscando consuelo. Aspiró el aroma de su piel y respiró tranquila.

—¿Te he pillado durmiendo?

—Sí, como puedes ver.

Leo le dio un beso en el pelo antes de separarse de ella.

Ari recorrió su torso desnudo con ojos avariciosos. Descendió hasta su bóxer y de ahí, hasta sus pies descalzos. Cuando terminó con el escaneo al que lo había sometido, devolvió la mirada hacia su cara.

—Esperaba que me llamasen o me enviaras un wasap. ¿Qué ha pasado?

—No es justo que yo esté vestida y tú vayas prácticamente desnudo.

—Está bien. Me pondré una camiseta.

Ariadna lo detuvo interponiéndose entre él y la habitación.

—Tengo una idea mejor. Me quitaré la ropa.

—No...

Leo se calló en cuanto vio que, en décimas de segundo, ella se había despojado de la camiseta. Debajo de la prenda no llevaba sujetador, por lo que sus pechos se mostraron ante él turgentes y gloriosos.

Se quedó embobado mirándolos y, cuando escuchó la risa de Ari, reaccionó.

—Vaya, si llego a saber que con solo verme las tetas ibas a ponerte duro, lo habría hecho antes.

—Deberías taparte.

Ella lo agarró de una mano.

—Vamos a tu cama.

—No podemos acostarnos. Eres menor. Podría tener problemas por...

—¡Ay! ¡Cállate, por favor! —protestó Ari—. Sígueme. Solo quiero que estemos en la cama abrazados mientras hablamos.

Leo la siguió como un corderito.

Cuando llegaron al borde de la cama, él se tumbó mientras ella se quitaba los *leggings* y las zapatillas, quedándose solo con el tanga.

Se metieron entre las sábanas y se abrazaron, dándose calor el uno al otro, a pesar de que no hacía frío.

—¿Qué ha pasado? —volvió a preguntar Leo.

Ari le contó la discusión con su padre, el posterior castigo y el plan de comprarse otro móvil al día siguiente.

—No sabía que tuvieras un admirador en el instituto, aunque no me extraña, con sinceridad. Eres una chica muy guapa.

—Gracias —contestó ella, feliz por el piropo. Se apretó más contra él y depositó un tierno beso en su cuello.

Lo que empezó como algo suave, pronto se convirtió en un fuego difícil de apagar. Se besaron con pasión, se devoraron el uno al otro hasta que la temperatura de la habitación les resultó sofocante. El ambiente a su alrededor crepitaba como lo hace la lumbre en una chimenea.

Ari le quitó el bóxer a Leo y él le bajó a ella su tanga.

El joven repartió multitud de besos por sus muslos, su vientre y sus senos. Cuando llegó a la garganta femenina, la recorrió con la punta de su lengua, haciendo que Ariadna jadease.

Ella sentía que estaba consumiéndose en una hoguera. El corazón le latía veloz y la sangre corría por sus venas como si fuera un coche de Fórmula Uno. Empezó a sentir humedad entre las piernas. Notaba las manos de Leo por todas partes.

El joven subió la boca hasta sus labios y los atrapó. Se besaron con ansia, como si tuvieran un hambre atroz.

Leo descendió con una mano hasta el pubis de Ari y rompió el beso.

—¿Puedo tocarte aquí? —le pidió permiso.

—Estoy deseándolo —contestó ella con la voz temblorosa.

Él comenzó a acariciar con suavidad sus pliegues íntimos y ella empezó a respirar con dificultad.

Cada vez se sentía más caliente, como si tuviera fiebre. Cogió la cara de Leo y lo obligó a seguir besándola. Mientras, el chico frotaba con más ahínco el nudo de nervios de ella, excitándolo al máximo, hasta que Ari se distanció de esa boca tan exigente y soltó un largo gemido de placer.

—Así que esto es un orgasmo —musitó, cuando recuperó la capacidad de hablar.

Leo le mostró una sonrisa juguetona.

—Me alegro de que hayas disfrutado.

—Quiero más —demandó ella.

Él soltó una carcajada.

—Por esta noche basta.

Ella puso un mohín que a Leo le pareció adorable.

Le dio un fugaz beso en los labios.

—Tienes que regresar a tu habitación. Son más de los dos de la madrugada. Mañana te costará levantarte y a mí también.

—Pero no puedo irme y dejarte en este estado —se opuso ella, señalando con un dedo la erección del chico—. Dime qué quieres que haga para aliviarte. ¿Quieres que te toque o...?

—Eso sería lo que más gustaría en estos momentos, pero tienes que irte. No te preocupes. Me satisfaré yo solo.

—Pero...

Leo puso un dedo en los labios de Ari para silenciarla.

—Debes marcharte.

Se levantó rápido de la cama y le pasó a ella sus ropas para que se vistiera.

La chica lo hizo a regañadientes mientras él volvía a ponerse el bóxer.

—¿Me prometes una cosa? —le preguntó ella cuando acabó de vestirse.

—Depende de lo que sea.
—Prométeme que todos los días me harás esto.
—¿Echarte de casa a las dos de la madrugada? —bromeó.
—¡No! ¡Tonto! —Ari le dio un manotazo en el hombro. Leo se rio—. Quiero que me des placer como has hecho antes.
El joven la abrazó.
—Creo que podré hacerlo. Aunque debes saber que corres el peligro de convertirte en una adicta al sexo.
—No me importa. Hay adicciones peores. Además, tú serás el encargado de hacerme ver las estrellas cada vez que llegue al orgasmo.
Leo no contestó. Se aproximó hasta su boca y la besó con dulzura. Después le dio un casto beso en la frente y la apretó más fuerte contra su pecho antes de dejarla marchar.

La sirena que anunciaba el recreo del instituto sonó y los alumnos se apresuraron a recoger las *tablets* para salir de clase cuanto antes.
—Qué raro que hoy no haya venido Nerea. ¿Le habrá pasado algo? —le comentó Valeria a Ariadna.
Ella se encogió de hombros.
—Igual es que no le apetecía venir. —Cambiando de tema, le preguntó—: Tengo que ir a comprarme un móvil. ¿Me acompañas?
—¿Qué le ha pasado al tuyo?
—Mi padre me ha castigado sin él. ¿Vienes conmigo o no?
—Vale, pero prométeme que llegaremos antes de que empiece la próxima clase.
—No te lo puedo asegurar. Si no quieres venir, no lo hagas. Puedo ir yo sola a comprarlo.
Valeria lo pensó un momento. Después, asintió con la cabeza.
Las dos caminaron hacia la salida del instituto.
—Será mejor que vayamos en un taxi. No quiero que Marcelo sepa que me he ido del insti a media mañana ni tampoco lo que he ido a comprar. Podría decírselo a mi padre.
—Vale —aceptó su amiga.
Valeria sacó su teléfono y pidió un taxi.
Minutos después, el vehículo llegó y subieron en él.
Ari le indicó al conductor el centro comercial al que debía llevarlas y en poco tiempo llegaron al sitio. La chica pagó, dejándole una buena propina al hombre.
Se metieron en las instalaciones y fueron directas a la tienda de telefonía.
Elegió uno similar al que tenía. Pagó y después fueron a tomar algo en una cafetería cercana a la tienda.
Mientras estaban allí desayunando, Ariadna se entretuvo configurando el teléfono a su gusto. Valeria miraba a su alrededor con miedo de que las descubrieran.
—Dime tu número para grabarlo en mis contactos y te hago una llamada perdida para que tengas este nuevo —le pidió a su amiga.
Ella le recitó el número.
—Dame también el de Nerea, el de Julia, el de Mateo... —Le pidió varios teléfonos y fue introduciéndolos poco a poco.
—Se está haciendo tarde. No vamos a llegar a la siguiente clase —la apremió Valeria—. ¿No puedes hacerlo después?

—De acuerdo —resopló—. Pago y nos vamos.

Ari pidió la cuenta a la camarera y dejó casi el doble de propina.

Mientras caminaban hacia la salida del centro comercial, llamaron a otro taxi.

Una vez en el exterior, Valeria se detuvo de pronto mirando hacia la acera de enfrente.

—Ese de ahí ¿no es tu padre? —Señaló con un dedo el hotel que había delante.

En la puerta, un hombre de mediana edad abrazaba y besaba a una chica mucho más joven que él.

Ariadna los observó.

—No. Mi padre está en el hospital pasando consult...

Se calló al comprobar que sí era Hans.

Una mezcla de sentimientos inundó su menudo cuerpo al darse cuenta de lo que sucedía ante ella.

Incredulidad, decepción, rabia, humillación, tristeza...

Las lágrimas anegaron sus ojos mientras contemplaba cómo la pareja dejaba de besarse y, todavía agarrados por la cintura, entraban en el hotel.

Ariadna se imaginó lo que pasaría dentro, en alguna habitación.

Las gotas de agua saladas rodaron por sus mejillas, llegaron hasta el mentón y, de ahí, volaron libres hasta aterrizar en el suelo. Algunas cayeron sobre el polo blanco del uniforme.

Valeria se había quedado tan petrificada como ella, pero al oírla sollozar giró la cara y, al verla llorando, la abrazó.

—Lo siento mucho.

—No se lo cuentes a nadie, por favor —le pidió.

—Tranquila. No lo haré.

—¿Qué hijo de puta! ¿Cómo puede hacerle esto a mi madre? ¿Cómo puede romper nuestra familia de esta manera? —espetó con rabia.

Valeria no contestó porque no sabía qué decirle, así que se dedicó a acariciarle la espalda y un brazo intentando consolarla.

—Será mejor que volvamos al instituto —propuso su amiga.

Ariadna asintió con la cabeza sin dejar de llorar.

Se montaron en el taxi cuando llegó.

El viaje de vuelta al centro escolar lo hicieron en silencio.

Ari fue calmándose poco a poco y, para cuando llegaron al instituto, ya no quedaba rastro de lágrimas.

Se apearon del vehículo y Valeria la instó a que se diera prisa. La clase después del recreo la habían perdido y no quería saltarse también la siguiente.

—Entra tú. Yo me voy a casa.

—Pero...

—No estoy en condiciones de aguantar las explicaciones de ningún profesor. Llamaré a Marcelo para que venga a recogerme. Le diré que me encuentro mal y que me lleve a casa.

—¿Estarás bien? —quiso saber Valeria.

Ella hizo un puchero y contestó con tristeza:

—No.

Su voz fue apenas un susurro, pero su amiga la oyó de todas formas.

—Joder, tía, lo siento mucho.

Volvió a abrazarla.

—Esta tarde te llamaré para ver qué tal estás, ¿vale?

Ariadna asintió.

—Vale, pero no sé si te cogeré el teléfono. Ahora mismo no me apetece hablar con nadie.

Deshizo el abrazo con su amiga y le pidió el móvil para llamar a su chófer. No podía llamarle desde el que se acababa de comprar porque el conductor descubriría que tenía uno nuevo y se lo chivaría a su padre.

Tres minutos después apareció Marcelo con el coche y tomaron rumbo a casa de la familia Van der Vaart.



CAPÍTULO 8

Nada más llegar, Ari fue directa a buscar a Leo.

Lo encontró podando los setos.

Él se sorprendió al verla allí cuando debería estar en clase.

Dejó lo que estaba haciendo y cubrió la distancia que lo separaba de ella.

—¿Qué te ha pasado? ¿Estás enferma? ¿Te duele algo? —preguntó, preocupado, al verla con los ojos hinchados. Se notaba que había estado llorando y, además, tenía la mirada tan triste que a Leo se le partió el alma.

—Me duele el corazón —dijo, refugiándose en los brazos del chico en busca de consuelo.

—Mejor vayamos a mi casa. Aquí pueden vernos.

Sin dejar de rodear con sus brazos el cuerpo de Ari, Leo la condujo hasta la vivienda.

Ella no paraba de sollozar. Leo comenzaba a asustarse.

Entraron en la casita y el chico hizo que se sentara en el sofá.

—Te prepararé una tila para que te calmes.

Fue a la cocina y, cuando la bebida estuvo lista, regresó con Ari.

Ella no hizo amago de cogerla, por lo que Leo la dejó en una mesita auxiliar que había frente al sofá.

—Cuéntame qué te ha pasado, por favor. Estás asustándome.

La abrazó con ternura y ella continuó llorando en su pecho.

Se sorbió los mocos de una manera nada elegante para una señorita de su estatus social y exhaló un gemido doloroso.

Le contó, entre lágrimas, la escena que se había desarrollado ante sus ojos al salir del centro comercial.

Leo la escuchó con atención mientras no paraba de acariciarle el pelo y la espalda.

Cuando terminó de contar la historia, Ari se distanció un poco de él.

—¿Por qué le está poniendo los cuernos a mi madre? ¿Por qué?

El joven le limpió las lágrimas con los dedos.

—¿Estás segura de que era él? —cuestionó.

—¡Claro que estoy segura! ¡Era mi padre! —chilló con toda la rabia que sentía.

—Vale, cálmate.

Leo cogió la cara de Ari entre sus manos y se acercó para darle un casto beso en la frente.

—Tómame la tila. Te vendrá bien. Además, ya estará templada.

—No me apetece, de verdad. Te agradezco que la hayas hecho, pero no voy a tomármela.

—Bueno, como quieras —dijo, respetando su decisión.

—Abrázame, por favor.

El chico soltó su cara y rodeó sus hombros. La atrajo hacia su cuerpo y la apretó contra él.

Permanecieron unos minutos en silencio.

Él tenía la barbilla apoyada en la cabeza de ella. Ari, con la oreja puesta en su torso, escuchaba los latidos de su corazón.

Poco a poco fue tranquilándose. El ritmo del corazón de Leo era un sedante para ella.

—Tengo que volver al trabajo —musitó él.

Se distanció de Ari y la miró con pena. Sentía mucha lástima por la situación que su chica estaba viviendo.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —le comentó.

—Gracias.

Leo le dio un dulce beso en los labios y se levantó del sofá.

Ari lo agarró de la mano antes de que pudiera dar un paso.

—Espera. Dame tú número de teléfono y lo guardaré en mis contactos.

Sacó del bolso que llevaba a clase el móvil nuevo y se preparó para introducir el número de Leo.

Después, él abandonó la casita para seguir con su trabajo y Ari se tumbó en el sofá, cansada de tanto llorar.

Pensó qué hacer a continuación. ¿Debería decírselo a su madre? No deseaba hacerla sufrir, pero no se merecía que su padre le estuviera siendo infiel. Tenía que saberlo. Sí. Mientras meditaba la mejor forma de comunicárselo, se quedó dormida.

—Valentina, ¿está mi madre en casa? —le preguntó Ari a la empleada del servicio doméstico.

Había dormido casi una hora en el sofá de Leo y, cuando despertó, se marchó a su casa buscando a Silvia.

—No.

—¿Todavía no ha vuelto de Marbella? —se extrañó la jovencita.

—Regresó a las diez de la mañana. Se cambió de ropa y se fue al hospital porque tenía una operación. No dijo cuándo volvería.

Ariadna asintió a las explicaciones de la mujer. Se despidió de ella y entró en la cocina.

—Hola, Eva —saludó a la cocinera. Esta le correspondió de la misma manera—. Hoy no tengo mucha hambre, así que ponme poquito.

—Bien. ¿Comerás aquí con nosotros?

—Sí. Mis padres no están y paso de comer sola.

Eva pensó que también quería comer en la cocina para poder estar con Leo, pero no le comentó nada. Rezaba para que el matrimonio Van der Vaart no descubriera la aventura de su hija con el jardinero porque entonces rodarían cabezas.

—¿Por qué has vuelto antes del instituto? —quiso saber la cocinera, mirando el reloj de la pared—. ¿Estás enferma?

Ari se sentó en una silla y observó cómo Eva trabajaba.

—En el recreo sentía el estómago revuelto y náuseas, así que decidí volver antes a casa.

—¿Quieres que te prepare una manzanilla?

—No, gracias.

Ariadna pasó la tarde en su habitación. Poco antes de las ocho, bajó al jardín.

Leo había terminado de trabajar hacía varias horas, así que se dirigió al pinar para verlo.

El chico le abrió la puerta para que pudiera acceder a la casita.

—¿Estás mejor? —se interesó.

—Un poco.

Leo la abrazó y le dio un pequeño beso en los labios.

—Estaba viendo una película. ¿Quieres acompañarme y la vemos juntos?

Ariadna asintió con un movimiento de cabeza.

Se tumbaron en el sofá, apretándose uno contra el otro para no caerse.

El joven la rodeó con sus brazos y ella apoyó la cabeza en su hombro.

Pocos minutos después Leo comenzó a acariciarle el costado del cuerpo por encima de la ropa. Llegó hasta el muslo y metió la mano debajo de la falda del uniforme. La dejó ahí, quieta.

—¿Por qué no te has cambiado de ropa?

—No me apetecía.

—Con el uniforme de tu instituto, pareces más joven de lo que eres —comentó.

Ella se volvió entre sus brazos con cuidado para no caerse del sofá y quedar de cara a él.

—Hay hombres a los que le mola el rollo colegiala —dijo, mirándolo con picardía.

—Pues yo no soy uno de ellos.

—¿En serio? ¿No?

Ariadna abrió mucho los ojos y puso cara de asombro.

—De verdad. No me gusta pervertir a las niñas.

—Yo no soy una niña.

—¿Cuándo cumples los dieciocho?

—Dentro de dos semanas.

—Pensaré algo original para regalarte, aunque lo voy a tener difícil. Tienes de todo, y si te falta alguna cosa, puedes comprártela tú misma. Pero lo intentaré.

—Si quieres, puedo darte una pista de lo que puedes regalarme —murmuró, mirándolo a los ojos. Después bajó la vista hasta los labios. Se acercó a ellos y los besó.

Hizo que Leo se tumbase sobre su espalda para poder colocarse encima de él y continuó besándolo unos minutos más.

La película había quedado olvidada por completo.

—Quiero que seas el primer chico con el que hago el amor. Ese sería el mejor regalo que podrías hacerme —le susurró en el oído.

—En ese caso, el regalo me lo harías tú a mí —respondió Leo en voz baja.

—¿Por qué? ¿Tú también eres virgen?

El chico soltó una carcajada al oír la pregunta.

El cuerpo de ella subió y bajó al compás de las risas de él.

—Hace mucho que dejé de serlo —le confesó cuando dejó de reírse.

Ari puso mala cara.

—Fui un adolescente precoz —añadió como excusa.

—¿Estabas enamorado de esa chica? —quiso saber, celosa.

Leo lo pensó unos segundos.

—No. Lo hice porque todos mis amigos ya lo habían hecho y no quería ser el rarito. Pero, si hubiera sabido que iba a conocerte algún día, me hubiera reservado para ti.

Ari alegró un poco el gesto de su cara.

—Dices eso para que no me enfade.

—No, lo digo porque es verdad. Es lo que siento ahora mismo.

Le acarició el óvalo de la cara con dulzura y exhaló un suspiro.

La agarró de los hombros y la hizo subir hasta su boca para atrapar sus labios con un beso.

—Lo siento —musitó contra la boca de Ari.

—¿El qué?

—No ser virgen.

—No te preocupes. Además, casi es mejor que tú tengas experiencia, porque yo no tengo y podría ser un desastre. Quiero que mi primera vez sea algo especial y mágico.

—¿Estás segura de que quieres hacerlo conmigo? —cuestionó el joven.

—Sí. Completamente.

Leo vio tal determinación en sus ojos que no preguntó más.

—¿Cuándo lo haremos? —quiso saber ella.

—Cuando seas mayor de edad.

—¿El día de mi cumpleaños? —insistió.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—¿Y si me muero antes?

—¿Por qué ibas a morirte? Eres muy joven aún.

—Ya, pero ¿y si me muero siendo virgen? ¿Te imaginas lo que pondría en mi lápida? «Aquí yace Ariadna Van der Vaart. Devuelta sin usar». No quiero que me pongan eso.

Leo sonrió ante la ocurrencia de Ari. Le había parecido graciosa.

—¿Por qué estamos hablando de muerte? Mejor cambiemos de tema —propuso él.

—Vale. ¿Puedo seguir interrogándote?

—¿Seguro que quieres trabajar en una biblioteca o una librería? Porque menudo tercer grado al que me estás sometiendo con tantas preguntas, digno de una comisaría de policía.

Ella puso cara de niña buena.

—Por favor...

Leo resopló.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber? —dijo, rindiéndose a la curiosidad de Ari.

—¿Cuántos años tenías cuando lo hiciste por primera vez?

—Trece.

—¡Vaya! No pensé que lo hubieras hecho siendo prácticamente un niño.

—Bueno, es que tuve una adolescencia precoz y rebelde.

—¿Quién fue la chica?

—Una amiga. Compañera de clase, más bien.

—¿Te gustaba?

Leo meditó antes de contestar.

—Era guapa y tenía buen cuerpo.

Ariadna dio por válida esa respuesta.

—Pero no estabas enamorado de ella.

—No. Nunca he estado enamorado de nadie hasta que te conocí —confesó con un poco de vergüenza.

Ella, al escucharlo, sintió que su corazón iba a explotar de alegría y felicidad.

Lo besó como recompensa y siguió con el interrogatorio.

—¿Dónde estudiaste formación profesional?

—En otro centro.

—Eso ya lo sé. ¿En cuál?

—¿Sabes que la curiosidad mató al gato?

—Yo no soy un gato. Ni tampoco una gata. Contéstame.

Leo se vio acorralado.

—En Can Sarrià.

Ariadna frunció el ceño.

—Creo que no lo he oído nunca.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque no es un lugar bonito.

—¿Tus amigos también estudiaron allí?

—No. Solo estudié yo. Mis amigos se fueron a otro centro.

Estaban entrando en un terreno pantanoso en el que Leo no quería estar.

—¿Has terminado ya con las preguntas?

—¡Huy! No. Todavía tengo muchas más.

—Entonces, es una pena.

—¿Por qué?

—Porque me apetecía besarte, acariciarte...

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque no paras de hablar. —Le sonrió, juguetón.

—Vale. —Ari puso los ojos en blanco—. Ya me callo. Pero a cambio tienes que tocarme ahí abajo como hiciste ayer. Quiero tener otro orgasmo.

—Sus deseos son órdenes, señorita Van der Vaart.

Leo empezó besándola despacio al tiempo que volvía a meter la mano debajo de la falda del uniforme. Cuando llegó al borde de las braguitas, las retiró con los dedos y los pasó por toda la hendidura de la chica.

Ella gimió de placer al sentir la suave caricia y abrió más las piernas.

—Es mejor que tú estés debajo —comentó él con voz ronca.

Intercambiaron posiciones y cuando la tuvo bajo su cuerpo, siguió tocándola entre las piernas. Segundos más tarde, le quitó las braguitas y aproximó su boca a la zona íntima.

Ari flexionó las rodillas y abrió más las piernas para que Leo tuviera un mejor acceso a su sexo.

Minutos después alcanzó el clímax con la boca del chico pegada a su clítoris.



CAPÍTULO 9

Los padres de Ariadna tampoco cenaron en casa esa noche.

Ella lo hizo en la cocina, con Leo y el resto de los empleados.

Primero terminó Ari y salió al jardín.

Poco después, se le unió Leo.

La chica intentó besarlo, pero él la frenó.

—Aquí no.

—¿Quieres subir a mi habitación?

—Me gustaría mucho, pero ¿y si me pilla alguien? ¿Cómo explico que esté en el piso de arriba, en tu cuarto además? Es mejor que no.

Ella puso cara de decepción.

—Escucha: voy a ir a la piscina. He encontrado un sitio que no se ve desde la casa. Un punto muerto, ¿comprendes? Te espero allí. Dame cinco minutos y entonces dirígete hacia la piscina. Cuando llegues, silbaré para que sepas en qué rincón estoy.

—Vale.

Leo se marchó y ella miró su reloj de pulsera. Cuando comprobó que habían pasado los cinco minutos que él le había pedido, echó a andar hacia allí.

Hacía una noche estupenda, casi de verano. La temperatura no era la habitual para finales de abril, pero a ninguno de los dos le importaba.

Cuando Leo llegó al sitio, colocó dos hamacas juntas para poder tumbarse y contemplar las estrellas. Ari acudió poco después.

—No podemos quedarnos mucho tiempo. Los dos tenemos que madrugar.

—No seas aguafiestas y bésame.

Una hora después, Ariadna regresaba a la casa.

Al entrar, se encontró con su padre, que acababa de llegar.

—¿Todavía estás levantada?

La chica lo miró con rabia, recordando la escena de esa mañana con la mujer en la puerta del hotel.

Estuvo a punto de soltarle que lo había descubierto y preguntarle por qué engañaba a su madre con otra. Quería recriminarle lo que estaba haciendo, pero prefirió no comentar nada porque le causaba tal angustia y desazón que se pondría a llorar como una niña pequeña y no deseaba que él la viera en ese estado.

Se dio la vuelta y subió las escaleras.

Hans lo interpretó como que estaba enfada con él por la discusión en su despacho y por el castigo del móvil, así que no le dio importancia a su falta de respuesta.

Nerea llegó al instituto eufórica. Valeria y Ariadna la esperaban en la puerta.

—¿Qué te pasó ayer? ¿Por qué no viniste a clase? —le preguntó Valeria.

—¿Por qué estás tan contenta? —quiso saber Ari.

Cuando llegó hasta sus amigas, Nerea las abrazó como si llevaran años sin verse.

—¡Qué bonita es la vida! ¡Os quiero mucho! —gritó.

—Baja la voz. Estás dando un espectáculo —le pidió Valeria.

Ariadna la miró a los ojos y descubrió que los tenía demasiado brillantes y rojos, con las pupilas dilatadas.

Enseguida supo por qué.

—Estás colocada. ¿Cómo se te ocurre venir así a clase? —la riñó en voz baja.

—No estoy colocada —replicó Nerea con una risa nerviosa—. Me he tomado una pastilla para la alergia.

—Yo también tomo pastillas para alergia y no me pongo tan contenta —comentó Valeria.

Ari la cogió del brazo y se la llevó a un rincón apartado. Valeria las siguió.

—Dime la verdad. ¿Qué te has metido? —le exigió.

—Ya te he dicho que...

—Lo que me has dicho es mentira. Quiero saber la verdad.

Le apretó el brazo más fuerte para coaccionarla y que hablase con sinceridad.

—¡Ay! ¡Me haces daño!

—Dime la verdad.

—¡Suéltame!

Nerea forcejeó para zafarse de la mano de su amiga.

—Cuando me digas qué te has metido —dijo entre dientes. Le dedicó una mirada tan fiera que logró convencer a Nerea.

—¡Vale! —Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. He estado desde ayer por la tarde en una fiesta *rave*. Toda la tarde y toda la noche. He tomado algunas pastillas. Unas blancas y rosas, con el logo de un corazoncito. ¡Eran tan bonitas! —exclamó con una sonrisilla.

—A partir de hoy, no tomarás alcohol, pastillas, coca, porros ni nada de nada, ¿me has entendido?

—¿Por qué? ¿Tú sabes lo feliz que me siento ahora mismo? ¿Y lo bien que me lo he pasado toda la noche?

—Nerea, hazme caso, por favor. No puedes seguir así. Habla con tus padres para que te lleven a una clínica de rehabilitación.

Valeria las escuchaba sin intervenir.

Nerea hizo un movimiento con el brazo para soltarse de la mano de Ari.

—¿Estás loca? ¡No puedo hacer eso!

—Sí puedes hacerlo. ¿No te das cuenta de que si continúas por este camino podrías morir de

una sobredosis o de un coma etílico?

—A mí no me pasará. Yo controlo.

Se dio media vuelta y caminó hacia la puerta del instituto.

Pero Ari la siguió y la detuvo antes de que pudiera acceder a él.

—¿Qué coño haces? No puedes entrar así. Si te ve el director, te expulsará —le explicó Ariadna.

—Y, además, llamará a tus padres para contarles el estado en el que estás —añadió Valeria.

—Sí, también eso. Si no quieres que tus padres se enteren de que tomas drogas es mejor que no entres en clase —repitió Ari.

Nerea lo pensó unos segundos.

—Prometo portarme bien. Dejadme entrar.

—¿Seguro? —quiso saber Valeria, mirando primero a Nerea y luego a Ariadna.

Esta última tenía el ceño fruncido, decidiendo qué hacer. Si estuviera en el lugar de su amiga, le gustaría que confiaran en ella y le dieran otra oportunidad. Soltó un largo suspiro.

—Creo que voy a arrepentirme de esto, pero vale, puedes entrar. Nosotras te controlaremos.

—¡Sois las mejores amigas del mundo! —gritó, entusiasmada, y se abalanzó sobre ellas para abrazarlas.

—Baja la voz —le volvió a pedir Valeria.

Tras el achuchón, las tres amigas accedieron al interior del instituto y se dirigieron a su clase.

Al llegar se colocaron en la última fila, como siempre.

El profesor llegó en ese momento y la clase comenzó.

Las chicas miraban con atención la pizarra digital, como si estuvieran atendiendo a las explicaciones del docente cuando, en realidad, no era así.

Valeria estaba soñando con Daniel, con que él se fijara en ella y tener una relación amorosa.

Los pensamientos de Ariadna volaban una y otra vez hacia Leo. ¿En qué estaría ocupado su jardinero preferido?

Nerea, harta de oír el parloteo del maestro, decidió ponerse los auriculares inalámbricos y escuchar música con su móvil.

Al poco rato, comenzó a tararear una canción. Primero, en susurros. Luego, fue aumentando el volumen de su voz.

Ari le dio un codazo y, cuando su amiga la miró, le hizo un gesto de silencio llevándose el dedo índice a los labios.

El profesor las miró mal. Tras un carraspeo, continuó.

Nerea se mantuvo tranquila un momento hasta que llegó la siguiente canción y volvió a tararearla. Su murmullo era como el zumbido de abeja y Ari volvió a darle un codazo para que se callara.

—¡Ay! —soltó en un susurro—. Me has hecho daño. Para ya con los codacitos. ¡Qué pesada estás!

—Tienes que dejar de cantar —la reprendió Ariadna entre dientes, sacándole un AirPods de la oreja.

—No estoy cantando —musitó Nerea.

—¿Cómo que no? Está oyéndote media clase. Hasta el profe se ha dado cuenta —murmuró Valeria.

—Os digo que no estoy cantando —repitió Nerea—. Estoy tarareando. ¿Queréis saber lo que es cantar?

Antes de que sus amigas pudiesen contestarle, se escuchó la voz del docente.

—A ver, las de la última fila, señorita Van der Vaart y sus amigas, por favor, permanezcan en silencio y atiendan a las explicaciones que les estoy dando porque habrá preguntas sobre ello en el examen de mañana.

—Perdón —se disculparon las tres a la vez.

El maestro se volvió hacia la pizarra digital y Nerea se colocó de nuevo el auricular en la oreja tras cogerlo de entre los dedos de su amiga.

Pocos minutos después, comenzó a tararear otra vez.

Ari volvió a darle un codazo para que se callara.

Pero Nerea, en lugar de hacerlo, se puso a cantar como si estuviera dando un concierto.

El profesor, al oírla, le llamó la atención de nuevo.

—Señorita Garamendi.

Nerea no lo escuchaba.

—Señorita Garamendi —dijo más alto.

Al ver que el maestro le estaba hablando, se quitó un AirPods de la oreja.

—Lo siento.

—¿Le ocurre algo? ¿Se encuentra bien? —se interesó el hombre.

—Sí, estoy bien. Solo estaba distraída.

—Pues debe prestar más atención si no quiere suspender el examen. Además, en clase está prohibido el uso del móvil.

—Escuchar música me relaja —replicó ella.

Ariadna y Valeria rezaban para que el profesor no se diera cuenta de que su amiga estaba bajo los efectos de las drogas.

—Me parece muy bien que la relaje, pero hágalo fuera del instituto o cuando esté en su casa. Ahora debe prestar atención a mis explicaciones.

—¿Y si no quiero? —le soltó, chula.

Ari le apretó el muslo por debajo de la mesa para que no siguiera hablando, o metería más la pata y la situación se volvería peor.

—Si no hace lo que le digo, la mandaré al despacho del jefe de estudios o del director.

Nerea apoyó los codos en la mesa y se quitó el otro auricular. Abrió la cajita donde los guardaba y colocó los dos en ella.

El docente se dio la vuelta para regresar a la pizarra.

—Usted folla poco, ¿verdad? —soltó de repente.

La clase estalló en carcajadas, excepto Ari y Valeria, que rezaban por que se abriera un agujero en el suelo, debajo de su amiga, y la engullera.

El hombre giró la cara con gesto desencajado.

—¿Cómo ha dicho, señorita Garamendi? —preguntó, con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—No hace falta que me conteste. Se ve claramente que folla poco. ¿De quién es la culpa? ¿Es que ya no le pone su mujer o es porque no se le levanta? —replicó de carrerilla.

Ari le tapó la boca a su amiga con una mano para que no siguiera hablando.

—¡Al despacho del director! —rugió el docente.

Las risas cesaron de inmediato.

Nerea se alzó de la silla en la que había permanecido sentada sin dejar de mirar al hombre.

—Muy bien. Iré a hacerle una visita a nuestro querido dire si quiere, pero eso no solucionará la frustración sexual que tiene. En serio, debería hacérselo mirar —comentó como si estuviera hablando del tiempo que hacía ese día.

El profesor se acercó a ella con los puños apretados a cada lado de su cuerpo. El cuello y la

cara, rojos de rabia. Estaba en tensión por la falta de respeto de su alumna. Con gusto la hubiera abofeteado, pero no podía hacerlo porque le caería una demanda por agresión.

Respirando profusamente, clavó sus ojos en los de ella.

—Fuera de aquí —masculló entre dientes.

Nerea guardó el móvil y la cajita con los auriculares en el bolso, y se lo colgó del hombro.

—Con mucho gusto.

—Vaya al despacho del director —repitió el maestro.

—Iré donde me dé la gana. Adiós, *pringao*.

Salió de la clase dando un portazo.

Valeria y Ariadna se miraron la una a la otra. Ari sacudió la cabeza negando. Con toda seguridad, echarían a Nerea del instituto y, dependiendo del tiempo que durara la expulsión, no podría hacer los exámenes de final de curso.

El profesor intuía que su alumna no iba a obedecer su orden, así que abandonó la clase para llevarla él mismo al despacho del director.

—Madre mía, la que ha liado —comentó Valeria.

—Si no quería que sus padres lo supieran, ahora se van a enterar.



CAPÍTULO 10

Ariadna llegó a su casa acabada la jornada escolar. Dejó el bolso y la maletita del iPad en el sofá del salón y se dirigió a la cocina.

Leo estaba acabando de comer.

—¡Hola! —saludó, contenta de verlo.

Le hubiese gustado darle un beso y sentarse en sus rodillas. Colgarse de su cuello y no soltarlo jamás.

Pero se contuvo porque Eva estaba allí y, a pesar de que sabía lo que había entre ellos, decidió no tentar a la suerte. El resto de los empleados de la casa no tenían constancia de su relación con Leo. Podrían entrar en la cocina en cualquier momento y sorprenderlos.

—¡Hola, Eva! —le dijo también a la cocinera.

Leo amplió su sonrisa y le dirigió una mirada anhelante. Se notaba que el chico la había echado de menos el tiempo que habían pasado separados.

—Ahora mismo te pongo el plato de comida. Siéntate ahí —indicó Eva, señalando un sitio al lado de Leo.

Ari se acomodó en la silla y miró a su chico con ojos de enamorada, como si fuera el emoticono de la cara con ojos en forma de corazón del WhatsApp.

—¿Qué tal hoy en el instituto? —quiso saber Leo.

—A mi amiga Nerea la han expulsado tres días.

—¿Qué ha hecho? —preguntó, sorprendido.

Nerea les había mandado un audio por WhatsApp contándoles el tema de la expulsión.

Mientras Eva le servía la comida a Ari y Leo terminaba de comer la manzana, les contó lo ocurrido. También que su amiga llevaba tiempo enganchada al alcohol y a las drogas.

—Esa niña acabará mal —sentenció Eva.

—Lo sé. Mira que le he dicho mil veces que deje esa mierda, pero no me escucha —se quejó la chica—. Supongo que, cuando sus padres lo sepan, la ingresarán en una clínica de rehabilitación. Imagino que el director y el profesor no saben nada de las adicciones de Nerea porque, de haberlo sabido, se lo habrían dicho a los padres.

—¿Por qué lo hace? ¿Qué motivos tiene una adolescente rica, con todo tipo de lujos, que asiste al mejor instituto de la isla y que, además, tiene una vida fácil? —cuestionó Leo.

—Lo hace porque lo tiene todo y necesita emociones nuevas para sentirse viva —le aclaró Ariadna.

—Bueno, tú también tienes de todo y no te drogas ni te emborrachas —comentó el joven.

—La primera vez que probé el alcohol tenía catorce años y no me gustó el sabor, así que decidí no beber más. También le di una calada a un cigarrillo, pero empezaron a picarme la garganta y la boca, me ahogaba con el humo y tosía mogollón, así que comprobé que fumar tampoco era para mí. No me gusta tomar pastillas. Me atraganto con ellas. Y las agujas me van poco. Las veces que me han puesto alguna vacuna o me han hecho análisis de sangre casi me desmayo, así que... —Se encogió de hombros.

Contó todo aquello sin importarle que Eva estuviera escuchando su conversación. Sabía que se llevaría el secreto a la tumba.

—Me alegro de que tú no seas como tu amiga.

—Gracias. —Le sonrió feliz.

El corazón de Leo dejó de funcionar tres segundos al ver la sonrisa tan espectacular que le había dedicado.

—¿Y tú? ¿Qué tal tu mañana? ¿Has tenido mucho trabajo? —curioseó Ari.

El chico le contó lo que había hecho en las horas que no se habían visto. Comprobó que ella había dejado de comer, prestándole atención por completo.

—Y eso es todo —finalizó. A continuación, añadió—: No te entretengo más. Tienes que acabar de comer y estudiar para el examen de mañana.

Se levantó de la silla, y Ari lo agarró de la mano, reteniéndolo unos instantes más junto a ella.

—Luego iré a verte.

Leo miró a la cocinera. Estaba de espaldas a ellos metiendo los platos en el lavavajillas, pero sabía que lo había escuchado.

—Es mejor que dediques la tarde a preparar el examen. A mí puedes verme en cualquier otro momento.

—¿Y si no quiero estudiar?

—Si no estudias, suspenderás y tus padres se enfadarán.

—Ya sabes cuál es mi situación con ellos.

—Bueno, no le des más vueltas. Si no lo haces por ellos, hazlo por mí —le pidió Leo.

La jovencita lo pensó un momento.

—Está bien —respondió, soltando su mano para dejar que se marchase, aunque le costaba separarse de él.

Leo le dedicó una sonrisa dulce antes de abandonar la cocina.

Ariadna soltó un suspiro enamorado cuando dejó de verlo.

Cuando Ari terminó de almorzar, subió a su habitación y sacó el iPad de su maletita. Lo encendió y se puso a estudiar, como le había prometido a Leo.

Dos horas después lo dejó, cansada ya.

Se dio una ducha rápida y se vistió con unos pantalones cortos, de tejido vaquero, y un top rojo de tirantes que dejaba su ombligo al aire, como siempre.

Se calzó unas zapatillas de tenis grises y se perfumó.

Cuando tuvo el pelo desenredado, salió de su habitación y bajó las escaleras para dirigirse hacia el jardín. De allí, caminó hasta el pinar. Mientras se acercaba a la casa, escuchaba el canto de los pájaros.

Al llegar, tocó con los nudillos en la puerta. Al otro lado no se oía nada, pero sabía que Leo estaba en casa.

La hoja de madera se abrió y el chico la recibió con una magnífica sonrisa.

—¿Ya has terminado de estudiar? —quiso saber, al tiempo que se hacía a un lado para que ella entrase en la vivienda.

—Sí. Ya me lo sé todo. ¿Qué estabas haciendo?

Leo cerró la puerta y la siguió hasta la mitad del salón.

—Estaba leyendo, como puedes comprobar. —Le señaló el libro que había dejado sobre el sofá.

—*Los miserables*. —Ariadna murmuró el título—. ¿Otra vez?

—Ya te conté que es mi novela preferida.

Los dos se sentaron en el sofá con el libro entre ellos. Ari lo cogió.

—También dijiste que lo leeríamos juntos —le recordó.

—Voy por el primer capítulo. Si quieres, vuelvo a empezarlo ahora que estás aquí y así cumplo mi promesa.

—De acuerdo.

Leo le quitó la novela de las manos y la abrió por el principio de la historia.

Comenzó a leer.

Ari aprovechó para estirarse en el sofá, reposando la cabeza en el regazo de Leo, con los pies por encima del reposabrazos. Se quitó las zapatillas haciendo presión con la punta de una en el talón de la otra. Con las manos sobre su abdomen, lo escuchaba, atenta a la historia.

Su voz, grave y masculina, erizaba el vello de toda su piel. La tenía hechizada por completo.

Al acabar al primer capítulo, el joven desvió un poco el libro para poder contemplarla. Con el pelo desparramado sobre sus piernas y los ojos azules clavados en él. La imagen le resultó tan sobrecogedora que se olvidó de respirar.

—Sigue —le pidió ella.

—¿Está gustándote?

—Me tiene intrigada.

—¿Por qué no lees tú el siguiente capítulo? —le propuso el chico.

—Vale.

Ariadna no cambió su posición para leer la novela. Siguió tumbada en el sofá, con la cabeza sobre el regazo de Leo. Con el libro entre las manos, comenzó su turno de lectura.

Mientras el chico escuchaba su dulce voz, le acariciaba el cabello rubio con lentas pasadas de sus dedos. Le encantaba el tacto suave de su pelo. Era como si estuviera tocando seda.

Echó la cabeza hacia atrás, apoyándola en el respaldo del sofá, y cerró los ojos. La paz y la tranquilidad que llevaba cinco años anhelando por fin habían llegado a su vida. No cambiaría ese momento con ella por nada en el mundo.

Ari se dio cuenta de que él había cerrado los ojos y pensó que se estaba durmiendo. Sin embargo, él no dejaba de acariciarle el pelo. Por lo tanto, no estaba dormido.

—¿Estás aburrido? —le preguntó, interrumpiendo la lectura.

Leo contestó sin abrir los ojos.

—No, no lo estoy. Es que tu voz me relaja. Tocar tu pelo también. Lo tienes supersuave.

—Estoy a punto de ronronear como si fuera una gatita —comentó ella en broma.

Leo esbozó una sonrisa, abrió los ojos y la miró, saliendo de su trance.

Ari dejó el libro sobre su estómago.

Él se inclinó hacia ella para acceder a sus labios. Ella se alzó un poco para que llegase mejor.

Cuando sus bocas se tocaron, un chispazo eléctrico los atravesó. Una corriente de calor comenzó a correr por sus venas, arrasando con todo a su paso.

—Tócame —le pidió Ari entre beso y beso—. Por todas partes. Sobre todo ahí, donde tú sabes que me gusta.

Leo agarró el libro que aún estaba sobre el vientre de la chica y lo depositó en la mesa auxiliar frente al sofá.

Regresó con sus manos al cuerpo de Ariadna y empezó a recorrer con lentas caricias todas sus curvas. A ella se le iba alterando poco a poco la respiración. Comenzó a sonrojarse bajo la atenta mirada del chico.

—Eres preciosa.

Ari cerró los ojos para sentir aún más las caricias en su piel, abandonándose al placer que estas le producían.

Leo metió una mano bajo el top rojo de ella y descubrió que, como de costumbre, no llevaba sujetador. Con los dedos aprisionó el pezón y también lo acarició hasta que lo puso duro. Entonces le quitó la prenda a Ari y se quedó embelesado mirándole el pecho.

—Joder, cómo me gustas así... —musitó, extasiado por la belleza que estaba contemplando.

—Sigue —le pidió ella. Lo agarró de la mano y la llevó hasta sus pantalones cortos—. Tócame aquí.

Leo desabrochó el botón y bajó la cremallera para tener un mejor acceso.

Metió la mano entre las braguitas y su pubis. Buscó el nudo de nervios que la llevaría al éxtasis si lo estimulaba bien. Cuando lo encontró, comenzó a acariciarlo con los dedos. También se los pasó por su hendidura, repartiendo por el clítoris su humedad.

Ari no dejaba de jadear y gemir. Sentía el corazón latiéndole en las sienes y cómo algo se arremolinaba en su bajo vientre. Los dedos de Leo eran mágicos y sabía que dentro de poco provocarían en su cuerpo una tormenta que volvería locos sus sentidos y aniquilaría sus neuronas.

—Más rápido, por favor —musitó con voz temblorosa.

Leo cumplió sus órdenes y en pocos minutos consiguió lanzarla al firmamento.

—¿Quién te enseñó a cocinar? ¿Tu madre? —preguntó Ari.

Estaban cenando en la cocina de la casita después de haberse pasado la tarde entre besos y tocamientos.

—No, mi abuelo.

—¿Vivías con tu madre y con tu abuelo?

—Estuve con mi madre hasta los ocho años y luego me fui a vivir con mi abuelo.

—¿Por qué? ¿Le pasó algo a tu madre? —insistió, llena de curiosidad.

Leo se removió inquieto. ¿Sería adecuado ese instante para contarle a Ariadna todo su pasado? Estaban tan bien juntos que no quería que nada perturbase esa tranquilidad, así que decidió que no le contaría nada... de momento. Sin embargo, deseaba ser sincero con ella por completo.

Sabía que, según avanzase su relación, debería confesarle toda la verdad. Pero tenía miedo de que el amor que acababa de nacer entre ellos no fuese lo suficientemente fuerte para resistirla.

—¿Tú sabes cocinar? —le preguntó para centrar la atención en ella en vez de en él.

—¿Yo? —se sorprendió Ari. Al instante siguiente, empezó a reírse—. ¿Por qué tendría que saber? Ya tenemos a Eva, que es una cocinera estupenda. No necesito saber cocinar.

—Entonces, ¿vas a vivir toda tu vida en esta casa, con tus padres?

—¡No! —exclamó. Su rostro reflejaba que la situación que le había pintado Leo le disgustaba sobremanera—. Algún día me independizaré.

—Pero antes deberías aprender a cocinar si no quieres morirte de hambre.

—Siempre puedo contratar a una cocinera o llevarme a Eva conmigo. O comer y cenar todos los días en algún restaurante como hacen mis padres. ¿No te has dado cuenta de que casi nunca están en casa a esas horas? Ni tampoco en el desayuno. Por eso como en la cocina con todos vosotros, porque no me gusta hacerlo sola.

—Pensaba que lo hacías para verme —dijo, sonriéndole juguetón.

—También. —Ella correspondió a su sonrisa con un pico en los labios—. Pero, si tú no estuvieras, comería en la cocina de todas formas.

Bebió un trago de agua de su vaso y continuó interrogándolo.

—Cuéntame algo más sobre tu vida. ¿Tienes hermanos o hermanas?

—No. Soy hijo único.

—Es un rollo, ¿verdad? —se quejó ella—. A mí me habría gustado tener una hermana para compartir mis cosas con ella, hablar de chicos, ir de compras juntas, contarnos secretos y todas esas cosas que hacen las hermanas. Por suerte, tengo a Nerea y a Valeria para hacer todo eso.

—Los amigos son la familia que se elige —comentó Leo con un suspiro.

—¿Tienes buenos amigos? Aparte de María.

Él meditó tanto la respuesta que Ariadna pensó que no iba a contestarle.

—Eran buenos amigos, pero malas compañías.

—A ver, explícame eso.

El joven carraspeó para aclararse la garganta.

—Podía confiar en ellos. Me trataban bien y me ayudaban siempre que los necesitaba. Estaban a mi lado en los buenos momentos, pero sobre todo en los malos. Eran muy leales.

Se detuvo un momento, pensativo, y luego prosiguió:

—Pero se metían en problemas y, como yo siempre estaba con ellos, acababan salpicándome.

—Ellos eran los chicos malos y tú, el bueno.

Leo miró a Ariadna con una sonrisa socarrona.

—Yo también hacía cosas que les salpicaban a ellos. También era un chico malo, pero en mi grupo de amigos los había peores. Algunos consumían alcohol y drogas, como tu amiga Nerea. A mí nunca me ha gustado meterme nada. Ya tuve bastante con la experiencia de mi madre —se le escapó.

Se mordió la lengua al darse cuenta de lo que acababa de decir.

—¿Tu madre fue alcohólica y drogadicta? —quiso saber Ari, que había permanecido atenta a las palabras de Leo.

«De perdidos al río», pensó el chico, una expresión que utilizaba mucho su abuelo. Había llegado el momento de contarle una parte de su pasado.

—Cuando mi padre nos abandonó, mi madre empezó a beber. Se pasaba los días borracha o durmiendo la mona. No limpiaba la casa, no cocinaba; hacía la compra cuando estaba sobria, que eran pocas veces, así que yo me alimentaba de pan de molde, galletas, leche y zumos. Cuando se acababan esas cosas, pasaba hambre. Lo que más recuerdo de aquella época es el hambre, el rugido de mi estómago vacío durante días.

—¡Madre mía! ¡Lo siento mucho! —exclamó Ari, dándose cuenta de la infancia tan triste que había tenido y de las dificultades por las que había pasado.

—No te preocupes. Ya pasó.

—¿Fue entonces cuando te marchaste a vivir con tu abuelo?

Leo negó con la cabeza.

—No, aún no. Los vecinos denunciaron mi situación a los servicios sociales y me llevaron a un centro de menores tutelado por el Gobierno de las islas Baleares.

—¿Y qué pasó con tu madre?

—La ingresaron en una clínica de rehabilitación.

—¿Y ahora está bien?

—Murió por un coma etílico cuando yo tenía diecisiete.

—¡Oh! ¡Lo siento! —exclamó.

Se levantó de la silla y fue a sentarse en sus rodillas para abrazarlo, ofreciéndole consuelo y amor.

—Si quieres parar y no contarme más, puedes hacerlo.

—¿Tan triste te resulta mi historia que no puedes soportar oír nada más? —preguntó, entrecerrando los párpados.

—No, es que... Pareces triste y no me gusta verte así. Pero puedes seguir contándomela si necesitas desahogarte conmigo.

Él la besó en la frente. Aspiró el aroma de su pelo y después le acarició los brazos.

—Ya he superado todo eso. Pero no sé si contarte el resto. Podrías perder el interés que tienes en mí.

—Eso no ocurrirá jamás. ¿No te has dado cuenta de que estoy locamente enamorada de ti?

Leo soltó tal carcajada que alteró el ritmo cardíaco de Ari.

—Como iba diciéndote, me mandaron a un centro de menores. Unos meses después me enviaron con una familia de acogida. Estuve con ellos hasta los diez años, que fue cuando localizaron a mi abuelo, y a partir de entonces viví con él.

Se detuvo un momento para llenar sus pulmones de aire y poder continuar.

—Recuerdo que todos los días me llevaba al colegio por la mañana y por las tardes siempre venía a recogerme con un gran bocadillo de chorizo, queso, jamón... Decía que estaba muy flacucho y que debía alimentarme bien. Los viernes, me traía el bocata de chocolate. Era un día especial porque se acababa el colegio y empezaba el fin de semana. Pasábamos los días jugando al fútbol y a otros juegos, como el ajedrez, las cartas, juegos de mesa... A veces, hacíamos una excursión a algún lugar de la isla y me contaba historias alucinantes. Por las noches hacíamos la cena juntos, así fue como aprendí a cocinar. También me transmitió su pasión por la lectura. Era un gran lector. Después de cenar leíamos juntos los clásicos: *El conde de Montecristo*, *Las mil y una noches*, *Moby Dick*, *Ana Karenina* y, cómo no, *Los miserables*.

Se calló unos minutos, perdido en sus recuerdos.

—Pero todo eso acabó cuando llegué al instituto con doce años y me junté con malas compañías. Como me sentía mayor, le prohibí que me llevara y me recogiese. Él aceptó mi decisión, resignado. Poco tiempo después, comencé a faltar a clase. Mis amigos se quedaban en un parque cercano o se iban a un centro comercial durante las horas que, en teoría, estábamos en clase. Al principio yo no los acompañaba porque me gustaba estudiar, aprender todo lo que me explicaban mis profesores. Además, se me daba bien. Tenía buena memoria. Pero insistieron en que los acompañase y me dejé llevar para no perder su amistad. Había perdido a mi padre, mi madre estaba interna en la clínica de rehabilitación... No quería perder nada más, así que les costó poco convencerme.

»Cuando mi abuelo se enteró, me cambió de instituto para que no me relacionase con ellos, pero mis amigos averiguaron dónde estaba y siempre venían a buscarme. Yo sabía que mi deber era asistir a clase, pero no conseguía adaptarme al nuevo centro, así que volví a reunirme con

ellos. Pero esta vez fui más cuidadoso. Iba a clase, volvía casa, comía con mi abuelo y me encerraba en mi cuarto para estudiar. Cuando terminaba los deberes, salía con mis amigos. Mi abuelo pensaba que eran amistades nuevas y yo no lo saqué de su error.

Apretó el cuerpo de Ari contra el suyo y siguió hablando.

—Un día, uno de mis amigos tuvo la genial idea —dijo con ironía— de ir a un supermercado y robar algún dulce o chuches, algo que pudiéramos esconder entre la ropa. Nos pareció gracioso y lo hicimos. Como puedes imaginarte, las alarmas saltaron en cuanto traspasamos la puerta. Echamos a correr como si no hubiera un mañana. Algunas cosas se nos cayeron por el camino, pero no nos detuvimos para recogerlas. Llegamos al parque de siempre y nos escondimos entre los arbustos, jadeando por la carrera y, sobre todo, riéndonos. Estábamos contentos porque no nos habían pillado. Nos creíamos invencibles, así que lo repetíamos a menudo. Nos gustaba sentir la adrenalina de hacer algo prohibido, peligroso. Sabíamos que no debíamos hacerlo, pero no podíamos parar.

De nuevo, se mantuvo en silencio algunos segundos.

—¿Estoy asustándote? —preguntó de pronto.

—No. Me gusta escucharte. Aunque hayas hecho cosas malas, no creo que seas una mala persona. Simplemente te juntaste con quien no debías. ¿Todavía sigues en contacto con ellos?

El teléfono de Ari sonó en ese momento. Ella levantó el dedo índice para indicarle a Leo que se mantuviera en silencio e hizo un giro con el que le dijo que seguiría la conversación más adelante.

—Dime, Eva —respondió.

Tras escuchar unos segundos lo que la cocinera le decía, contestó:

—Dile a mi madre que no me encuentras. Además, ahora no puedo ir. Estoy ocupada.

Miró a Leo y le guiñó un ojo, al que acompañó una sonrisa traviesa.

El joven también le sonrió y la afianzó más a su cuerpo, reteniéndola por la cintura con sus fuertes manos.

Eva le suplicó que volviese a la casa. No quería que se complicase más la situación que tenía con sus padres por su rebeldía.

—Vale. Ahora voy —cedió con hastío.

Cuando cortó la llamada, miró a su novio con pena.

—Tengo que irme. Mi madre le ha mandado a Eva que me busque porque quiere hablar conmigo sobre mi fiesta de cumpleaños. Al parecer, ya lo tiene todo organizado y necesita darme instrucciones.

Se levantó con tristeza del cómodo regazo de Leo. Él dejó de sujetarla por la cintura para permitir que se marchase.

—No entiendo por qué nunca me deja tomar decisiones sobre las fiestas de mis cumpleaños. La cumpleañera soy yo, no ella. Y, sin embargo, mi madre lo decide todo. Estoy harta.

—No te preocupes. Cálmate. Seguro que lo pasarás bien. ¿Estarán invitadas tus amigas?

La acompañó hasta la puerta mientras ella contestaba:

—Por supuesto. Si no están ellas, me suicido. Son lo único bueno de mis fiestas de cumpleaños. —Se detuvo un momento y lo miró—. Y ahora tú también.

Él se extrañó.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que yo estoy invitado?

—Claro que sí —afirmó, colgándose de su cuello. Se puso de puntillas y le dio un beso fugaz en los labios—. Si tú no estás, me corto las venas.

—No puedo ir a tu fiesta de cumpleaños.

Ella lo miró frunciendo el ceño. No le gustaba nada escuchar aquello.

—¿Por qué no? Si es porque temes que nos pillen besándonos o algo, prometo portarme bien y no meterte en ningún lío. Aunque me costará mantenerme alejada de ti, pero lo intentaré.

—¿Y si algo sale mal?

—¡Ay! No seas aburrido. Tienes que venir a mi fiesta y punto. No se hable más —le ordenó, abriendo la puerta de la casa.

Salió al exterior y se giró para verlo por última vez esa noche.

—Hasta mañana —se despidió de él.



CAPÍTULO 11

Mientras Ariadna regresaba a su casa, iba pensando en si sería un buen momento para contarle a su madre lo que había descubierto sobre su padre: su infidelidad.

Cuando Silvia supiera que su marido la engañaba con otra, su corazón se rompería en mil pedazos. Ari no quería que su madre sufriera, pero tampoco deseaba que viviera engañada. Si Hans ya no la amaba, lo mejor era que se divorciasen. Silvia había cumplido cuarenta y nueve años dos meses antes. Seguía teniendo buena figura y no había perdido su atractivo natural. Seguro que no tardaría mucho en encontrar a un hombre que la enamorase y la hiciera feliz.

Decidió que sí. Tenía que aprovechar ese momento para confesarle lo que sabía. Dado que pasaban poco tiempo juntas y no era algo para contar por teléfono, debía usar esos minutos con ella para informarla.

Entró en la casa y fue directa a la habitación de matrimonio. Al llegar, se encontró a su madre sentada en la cama, descalzándose.

—Ah, ya estás aquí. Necesito... —comenzó a decir Silvia, pero Ari la cortó.

—Mamá, hay algo que deberías saber.

—Después me lo cuentas. Lo que voy a decirte es importante.

—Lo que tengo que contarte también es importante. Mucho más que mi fiesta de cumpleaños. Su madre la miró con una ceja arqueada.

—Ah, ¿sí?

La joven asintió con la cabeza mientras se retorció las manos, nerviosa, pensando en cómo abordar el tema. ¿Se lo soltaba a bocajarro o mejor iba poco a poco?

—¿No irás a pedirme que hable con tu padre para que te devuelva el móvil?

—No, no es eso.

—Entonces, es que quieres que te aumentemos tu asignación mensual —afirmó más que preguntó.

—Tampoco es eso —respondió con impaciencia.

Silvia se levantó de la cama y caminó con los zapatos en la mano hasta que llegó al inmenso vestidor. Allí guardaba ordenados todos los zapatos, bolsos, ropa y demás.

Ari la siguió.

—¿No irás a soltarme otra vez eso de que no quieres ser médico? Es tu obligación seguir la

tradic...

—¡No, mamá! —le gritó, harta ya de su parloteo.

Silvia dio un respingo al escuchar el chillido de su hija.

—¿Cómo te atreves a gritarme? —cuestionó, volviéndose hacia ella.

—Papá está engañándote —soltó—. Lo he visto besando a otra mujer en la boca mientras la abrazaba y después entraron juntos en un hotel. Parecían muy enamorados. Lo siento, mamá —comenzó a sollozar.

Su madre inspiró hondo y se giró para dejar el calzado en su lugar.

—Se llama Jessica y tiene treinta años. Lo sé todo sobre ella y la aventura que tiene con tu padre —comentó con tranquilidad. Se volvió de cara a su hija. Puso una mano sobre el hombro de Ari y añadió—: No te preocupes. No durará mucho. Dentro de seis o siete meses se habrá cansado de ella y la dejará. Siempre lo hace.

Ariadna no daba crédito a las palabras de Silvia. Miraba a su madre con la boca abierta y los ojos como platos, alucinada por completo.

—¿Qué significa eso de que siempre lo hace? ¿Es que lo ha hecho más veces? —preguntó, contemplando a su madre como si le hubiera salido otra cabeza.

Silvia asintió.

—Ya es la cuarta amante que tiene y no descarto que haya una quinta. —Deslizó la mano desde el hombro de su hija hasta la mano y se la agarró—. No te preocupes, cariño.

—¿Cómo puedes decirme que no me preocupe? ¡Papá te es infiel y a ti te da igual! ¡No entiendo por qué estás tan tranquila! Tienes que divorciarte de él y...

—No voy a divorciarme de él. No quiero romper mi familia.

—¿Qué familia? ¡Esto no es una familia! —le gritó Ari, llorando más fuerte.

—Cariño, tu padre y yo tenemos una larga historia juntos. No quiero que eso se acabe. No quiero que la historia llegue a su final.

Ari se apoyó contra el espejo que había en el vestidor.

—Mamá, ¿qué clase de vida es esta? —cuestionó entre lágrimas.

Su madre le apartó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos y se lo colocó detrás de la oreja.

—Mira, cielo, sé qué no lo entiendes, pero algún día lo harás.

—¿Cómo puedes quererlo sabiendo que te es infiel?

Silvia no respondió de inmediato a la pregunta de su hija. Se tomó un tiempo mientras le acariciaba la mejilla con suavidad. Antes de contestarle, sonrió con dulzura.

—Lo quiero porque es tu padre.

—Pues yo lo odio desde que lo vi besando a aquella mujer —declaró con rabia y desprecio.

—Me entristece que digas eso.

—¿Y qué quieres que te diga? Te he propuesto que te divorcies de él y no quieres hacerlo. Cada vez que lo vea, voy a recordar ese momento con la otra.

Se limpió las lágrimas a manotazos y se sorbió los mocos de una manera poco adecuada.

—Haré una cosa: hablaré con él para que sea más discreto —sugirió Silvia.

—¿Cómo?!

—Si en vez de ser tú hubiera sido algún periodista de la prensa rosa...

—¿Papá sabe que tú conoces su secreto? —preguntó, al borde del colapso.

—Claro, hija. Lo sé desde la primera amante que tuvo.

—¡Joder, mamá! ¿Cómo puedes permitirlo? ¿Cómo puedes vivir así, sabiendo que tiene otras? ¿Cómo puedes dormir en la misma cama que él y tener muestras de cariño sabiendo todo lo que

sabes? ¡Solo de pensarlo me da asco!

Su madre fue a abrir la boca para responder, pero Ari siguió con sus preguntas.

—¿Cómo puede él hacer lo mismo? ¿Cómo es posible que siga viviendo un matrimonio falso? ¡Vuestra vida feliz es una mentira! —le acusó.

—Cariño, tranquilízate. Algún día lo comprenderás. Ahora eres demasiado joven y...

—Seré demasiado joven, pero tengo más dignidad que tú —le soltó con dureza.

Esquivó el cuerpo de Silvia y salió del vestidor. Con paso firme y el corazón roto de dolor e impotencia, abandonó la habitación de sus padres.

Salió de la casa como si esta estuviera incendiándose y corrió hacia el pinar, buscando el consuelo de Leo.

Unos golpes en la puerta espabilaron a Leo, que estaba medio dormido en el sofá.

Al abrirla, una figura más baja que él y de pelo rubio se estrelló contra su pecho.

Los brazos de Ari se aferraron a su cuerpo como si fuera una tabla de salvación mientras no dejaba de llorar.

Leo se asustó al verla en ese estado lacrimógeno y nervioso.

Cerró la puerta al tiempo que le preguntaba por qué estaba así.

—Mi madre sabe que mi padre le pone los cuernos y le da igual —gimoteó—. Le he pedido que se divorcie de él, pero dice que no piensa romper su matrimonio y que no quiere perder la vida que lleva.

Leo la condujo al sofá y se sentó. Colocó a la chica sobre su regazo y continuó abrazándola.

—Tu madre es una mujer adulta y puede tomar decisiones que... —intentó decir él mientras le acariciaba la nuca, dándole un pequeño masaje con el fin de que se tranquilizara y dejase de llorar.

Pero ella lo interrumpió.

—¿Qué vida va a perder?! ¿Qué matrimonio va a romper?! Si ya está roto, si ya ha perdido su vida con él —replicó con amargura.

Se abrazó al cuello de Leo y reposó la cabeza en su hombro.

El chico no comentó nada más. Dejó que se calmara mientras seguía con el masaje en su nuca.

—La vida feliz que aparentamos no existe —musitó Ari minutos después, cuando dejó de sollozar y estaba más tranquila.

Habló con tanta pena que a Leo se le rompió el corazón.

Ari levantó la cabeza y clavó sus ojos en él.

—Júrame que nunca me engañarás con otra —le hizo prometer.

—Te lo juro.

Leo besó la frente de Ariadna.

—¿Ya estás más tranquila?

—Un poco, pero estoy muy triste.

—Normal. Es un golpe duro.

—No entiendo por qué no quiere divorciarse. Mi madre todavía es joven y guapa, podría tener a cualquiera. Y, sin embargo, prefiere estar con un tío que no la valora.

Leo se encogió de hombros. No sabía qué decirle.

Ella continuó un rato mortificándose con la infidelidad de su padre. Él la escuchó con paciencia hasta que se cansó de maldecir a Hans.

—Gracias por escucharme —le dijo, antes de darle un beso en los labios.

—No hay de qué.

—¿Salimos a dar un paseo por el bosque? No nos verán desde la casa y, además, me vendría bien que me diera un poco el aire. Siento que la cabeza va a explotarme en cualquier momento —le propuso.

—Está bien. Pero no debemos regresar muy tarde. Mañana los dos tenemos que madrugar. Y tú tienes que estar descansada para hacer el examen.

Ari puso los ojos en blanco.

—¡Qué chico tan responsable, por favor!

En los días siguientes, Ari no vio a sus padres ni tuvo contacto telefónico con ellos.

Sabía que estaban en el hospital o trabajando porque Eva o Marcelo la informaban de ello.

La rutina que la chica había adquirido desde que Leo llegó a la casa no había cambiado. Comía con él cada día, junto con el resto del personal doméstico, subía a su habitación para estudiar —sin ganas, pero lo hacía porque Leo se lo había pedido— y, al acabar, salía de su casa y se dirigía hacia el bosque de pinos para encontrarse con él.

Pasaban las tardes entre arrumacos, besos y, de vez en cuando, leyendo juntos. Muchas noches, Ari cenó en la pequeña cocina de Leo. Después, él la acompañaba hasta la zona de la piscina y esperaba hasta que comprobaba que ella entraba en su casa, velando por su seguridad.

En el instituto, Ari había hecho los exámenes finales y estaba esperando los resultados. Daniel no volvió a molestarla. Después de que le hubiera vertido el zumo por la cabeza, estaba resentido con ella por la vergüenza que le había hecho pasar.

Nerea volvió a clase a tiempo para hacer los dos últimos exámenes.

Aquella tarde de domingo, Leo tenía preparada una sorpresa para Ariadna.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber, nerviosa.

—Enseguida lo verás —contestó él, conduciendo su pequeño coche de tercera o cuarta mano.

Ella sacó el móvil del bolso y se lo colocó delante de la cara para hacer el reconocimiento facial. Cuando el teléfono estuvo listo, pulsó en la cámara para hacerse un *selfie* con Leo conduciendo.

Miró la foto para comprobar que había salido nítida y la dio por buena.

—¡Salimos genial! —exclamó, enseñándole el móvil.

—Ahora no puedo verla. Estoy conduciendo. No quiero tener un accidente.

Ella puso los ojos en blanco.

Leo era siempre tan responsable que aburría. Le parecía increíble que hubiera sido un adolescente rebelde que se metía en problemas y robaba en los supermercados.

Lo observó pensando que quizá la vida que había llevado le había hecho madurar.

—El otro día no respondiste a mi pregunta sobre si seguías en contacto con tus amigos del instituto porque Eva me llamó en ese preciso instante. ¿Y bien? ¿Sigues relacionándote con ellos o ya no?

—No. Hace mucho que les perdí la pista. Supongo que seguirán en la cárcel cumpliendo condena.

Ariadna abrió los ojos como platos.

—¿Tienes amigos en prisión?

—Dicen que hay que tener amigos en todas partes, incluso en el infierno.

—¿Tú también has estado en la cárcel?

—¿Qué pasaría si fuera así? ¿Cambiarían tus sentimientos por mí? ¿Romperías nuestra

relación? Si lo hicieses, te comprendería perfectamente.

—No, no cortaré contigo porque estoy tan enamorada de ti que no puedo respirar. No sabría vivir sin ti.

—Yo siento lo mismo. Me da igual si yo dejo de respirar. Lo único que me importa es que tú sigas haciéndolo.

Desvió un momento la vista de la carretera para mirarla a los ojos.

Dos segundos después volvió a centrarla en el pavimento por el que circulaban.

—Es lo más bonito que me han dicho nunca —confesó, con el corazón lleno de felicidad y amor—. Al final, vas a resultar ser un romántico. ¡Qué bien! Me gusta que seas así.

En ese momento llegaron a su destino y Leo aparcó el coche.

Antes de bajarse, Ari aprovechó para acercarse a él y darle un beso en la boca.

—A la vuelta, tienes que acabar de contarme la historia de tus amigos delincuentes y la tuya también. Me muero de ganas por saber más cosas de tu vida.

—Ni que fuera una película —se rio Leo, pensando si sería el momento adecuado o era mejor dejarlo para más adelante.

Poco a poco iba desvelándole cosas de su pasado y ella parecía encantada con todo lo que le contaba. Cualquier otra chica habría salido corriendo para no volver nunca más. No entendía cómo Ari no lo hacía.

A lo mejor era porque estaba tan enamorada de él como afirmaba.

—Está bien. Pero ahora quiero que conozcas a una persona.

Se bajaron del auto y caminaron agarrados de la mano hasta llegar a un portal.

El joven tocó el timbre del tercer piso. Pocos segundos después, una voz femenina contestó.

—¿Voy a conocer a María? —preguntó, nerviosa, entrando en el portal.

—Sí. Creo que ha llegado el momento de hacerlo.

—¿Y si no le gusto? —dudó ella.

Leo le dio un beso en la sien.

—Tranquila. Le vas a encantar.

Ella se mordió una uña. Él le retiró la mano para que dejara de hacerlo.

—No te pongas nerviosa —le recomendó.

—Es que me siento como si fuera a conocer a mi suegra.

Leo soltó una carcajada.

—Tienes toda la razón porque quiero a María como si fuera mi madre.

El ascensor llegó y se metieron en él. Cuando salieron en el tercer piso, María estaba esperándolos en la puerta de su domicilio.

—Buenas tardes —los saludó con una gran sonrisa—. Encantada de conocerte, Ariadna. —Le dio primero dos besos a ella y luego se giró hacia Leo para hacer lo mismo—. Pasad, chicos.

Se hizo a un lado para permitirles la entrada a su casa.

Ari contenía la respiración mientras recorría el pasillo agarrada de la mano de su novio. Él la guiaba por la casa hasta que llegaron al salón. María iba detrás de ellos.

—He preparado café y un bizcocho —les informó—. Espero que te guste —dijo dirigiéndose a Ari.

Ella se sonrojó tanto que el rubor le llegó hasta las raíces del pelo.

Estaba supernerviosa y muy emocionada. Leo le había hablado tanto de ella y con tanto cariño que temía meter la pata, decir o hacer algo inoportuno, y que acabase defraudándolo.

¿Y si no le gustaba a María y esta convencía a su novio para rompiera su relación?

—Gracias —dijo, cohibida—. No tenía que haberse molestado tanto.

—Pero ¿cómo? ¿Me estás tratando de usted? Puedes tutearme, cielo.

Junto con la sonrisa que le regaló la mujer, también Leo le apretó la mano transmitiéndole toda la seguridad y calma que le faltaba en esos momentos.

Ariadna asintió con un movimiento de cabeza.

Se sentaron a la mesa, donde estaban dispuestas tres tazas y el bizcocho.

María sirvió el café.

—¿Quieres leche y azúcar? —le preguntó a la jovencita.

—Sí, por favor.

Cuando acabó de servirles, María y Leo empezaron a conversar. Ari se mantenía en un segundo plano, escuchándolos. Observaba a la mujer de cuarenta años, morena, con una melenita hasta los hombros. En sus ojos castaños comprobó todo el cariño que sentía por Leo. Se notaba que le tenía un gran aprecio.

—Estás muy callada —le comentó Leo, cuando María se fue a la cocina con las tazas vacías.

—Es que no sé qué decir.

—¡Vaya! Pues eso es raro, porque normalmente no te callas ni debajo del agua.

Ella le dio un manotazo en el hombro por la broma, pero sonrió.

María regresó de la cocina.

—Ari, Leo me ha contado que te gusta mucho leer.

—Sí, mi mayor *hobby* es la lectura. Adoro los libros.

—¿Cuál estás leyendo ahora?

—*Los miserables*. Leo y yo lo estamos leyendo juntos. Nos queda poco para acabarlo.

—Es una gran historia, ¿no te parece?

Ariadna contestó afirmativamente y continuaron hablando sobre libros. Poco a poco fue relajándose. Del tema de la lectura pasaron a otro y luego, a otro más. Se sentían tan a gusto que el tiempo se les pasó volando. María era una persona amable, dicharachera y de buena conversación.

Cuando se marcharon de su casa, Ari sintió que había ganado una amiga para siempre. Se alegró de que Leo hubiera encontrado a una mujer así, tan bonita por dentro como por fuera. En las pocas horas que había pasado con la amiga de su novio, se había dado cuenta de que tenía un corazón noble y bondadoso. También de que era una persona en la que se podía confiar. No le extrañaba que Leo la quisiera como a una madre.

La semana siguiente le dieron los resultados de los exámenes. Había suspendido una y las otras las había sacado con un cinco raspado. No podría hacer las pruebas de acceso a la universidad en la convocatoria de junio.

Sin embargo, tenía la posibilidad de recuperar la asignatura suspendida y presentarse a los exámenes de la EVAU en septiembre.

Primero se lo dijo a Leo y él le recomendó que estudiara esa materia para lograr aprobarla.

—Hasta donde yo sé, si cursas un bachillerato de ciencias, puedes estudiar una carrera de ciencias o de letras, pero no al revés. Es decir, si cursas un bachillerato de letras solo puedes estudiar una carrera de letras. No sé si con la LOMLOE, la ley de educación actual, esto ha cambiado. Así que no te queda más remedio que aprobar la que tienes suspendida y luego escoges qué carrera vas a estudiar.

—He decidido que quiero tener mi propia editorial de libros de lectura. Me he estado informando sobre ello y puedo estudiar varias carreras: literatura, filología, periodismo,

comunicación... Todas estas pueden servirme para profesionalizarme como editora porque están relacionadas. Además, a la universidad que van a mandarme mis padres no les importa la nota de corte. Siempre que paguen el dinero que les piden, no hay problema. Por algo es una universidad privada. Privilegios de ser rico. —Sonrió con suficiencia.

—Pues más fácil, imposible. Una vez que apruebes esa asignatura suspensa, tendrás todo el verano para decidir qué carrera vas a estudiar de todas las que me has dicho.

Poco después, su padre la llamó al despacho para hablar con ella. Le había llegado el boletín de notas por *e-mail*.

Tuvieron la misma conversación de siempre. Discutieron sobre lo que Hans quería y lo que deseaba Ariadna. Al final, terminó como siempre. Los dos enfadados y con la amenaza de no celebrar su cumpleaños, para el que faltaban dos días.

—Me da igual —opinó ella, como si el asunto le resbalara—. Mamá lo ha organizado sin contar conmigo, como siempre. No me importa si celebro mi mayoría de edad o no. Además, tú has perdido el poder de decidir sobre mi vida, así que no me digas qué tengo que estudiar y qué no.

—No me hables en ese tono. Soy tu padre y me debes respeto.

—¿Cómo te atreves a hablarme de respeto? —le gritó, alzándose de la silla. Apoyó las manos en el escritorio del despacho y se encaró de nuevo con él—. ¡Tú, infiel de mierda! ¿Engañas a mamá con otra y me hablas a mí de respeto?

Hans ni se inmutó por la acusación. Silvia ya le había advertido.

—Siéntate —le ordenó con un tono frío como el hielo.

—¡No me da la gana! —chilló otra vez Ari—. ¡Eres un cabrón! ¡No te mereces a mamá! ¡No entiendo cómo puede seguir queriéndote sabiendo que tienes amantes!

—Deja de gritar y siéntate —insistió su padre.

—¡No quiero sentarme! ¡Y tampoco quiero callarme! Dime, ¿por qué le pones los cuernos a mamá? ¡Exijo una explicación! Si no la quieres, ¿por qué no os divorciáis? Mamá podría encontrar a otro hombre que la hiciera feliz.

—¿Y qué te hace pensar que no lo tiene ya?! —explotó su padre al fin.

Le pregunta la dejó muda.

Pero al momento la rabia inundó su pequeño cuerpo. ¿Cómo era posible que Hans acusara a Silvia de serle infiel?

—¿Cómo te atreves a...?

Su padre no dejó que continuara hablando.

Giró la pantalla del ordenador y le enseñó fotos de Silvia con otro hombre. Abrazados y besándose en una discoteca.

Ari se calló de inmediato y poco a poco volvió a sentarse en la silla.

—Se llama Alexis y es cubano. Lleva dos años con él. Se ven en Marbella, que es donde él vive. Por eso tu madre viaja tanto a allí.

—No puede ser —murmuró Ariadna, con el corazón encogido.

—Antes de este, tuvo otro amante, pero le duró poco.

Ella no daba crédito a las imágenes ni a lo que su padre le contaba.

—Te lo estás inventando todo —le acusó con un hilo de voz.

Estaba tan conmocionada que le costaba respirar y hablar.

—Si no me crees, pregúntale a ella.

—Seguro que se trata de un montaje para que parezca que...

—No es ningún montaje. ¿Por qué no hablas con tu madre? Pídele explicaciones igual que me

las estás pidiendo a mí.

Ari se levantó como impulsada por un resorte.

No aguantaba más allí, con Hans acusando a su madre de algo tan horrible como lo que estaba haciendo él.

Temblando como una hoja por los nervios, fue hasta la cocina.

—Eva, por favor, hazme una tila —le pidió en un susurro a la cocinera.

Esta, que había oído los gritos y se había enterado de todo lo que hablaban padre e hija, se la preparó sin hacer ningún comentario.

Ariadna permanecía de pie, andando de un lado al otro de la estancia. No podía estarse quieta.

Cuando la infusión estuvo lista, Eva la colocó la taza en un platillo y lo dejó sobre la mesa.

—Ahora quema. Sopla antes de beber o te quemarás la lengua y los labios.

Ari se sentó delante de la tila, pero no hizo amago de coger la taza.

Estaba como en trance. No dejaba de pensar en las palabras de su padre.

¿Serían ciertas? ¿O solo estaba buscando la manera de que Ari dudase de su madre? ¿Sería una mentira para excusar su propia infidelidad?

Eva salió de la cocina, dejándola sola, sumida en sus pensamientos, y fue a buscar a Leo.

Cuando lo encontró, le contó la situación. Él se encaminó deprisa a la casa para ayudar a su novia.

Llegó a la cocina con Eva y se encontraron a la chica tal y como la cocinera la había dejado.

—Ari —la llamó con voz suave.

Ella no se movió ni hizo ningún gesto que le indicara a él que lo había oído.

El joven se acuclilló a su lado. Posó una mano en su muslo y la otra en la barbilla, obligándola a girar la cara hacia él.

Cuando la chica se percató de a quién tenía delante, le echó los brazos al cuello, pegó su frente a la de él y se echó a llorar con amargura.

Entre lágrimas intentó contarle la discusión con su padre, pero Leo la cortó.

—Me lo ha dicho Eva. No hace falta que lo repitas. No quiero que pienses más en eso. Me duele verte tan triste —declaró, mientras le limpiaba las lágrimas con los dedos.

—Es que... no... no puedo... creerlo... —balbuceó ella, con el corazón desgarrado por el dolor.

—Tranquila. Cálmate —susurró él, acariciándole el pelo rubio.

—No puedo.

Eva asistía en silencio a la escena que se desarrollaba en la cocina. Ella podría decirle lo mismo que le estaba diciendo el chico, pero sabía que Ari se tomaría mejor la intervención de su novio.

—Tómate la infusión. Seguro que ya está templada —le aconsejó Leo.

Ella obedeció como si fuera un robot. Se llevó la taza a los labios y bebió un sorbo mientras las lágrimas seguían descendiendo por sus mejillas. Dejó la taza en el platillo y se quedó mirando la pared de enfrente.

—¿Por qué? ¿Por qué pasan estas cosas? ¿Por qué existen las infidelidades? ¿No sería mejor que, cuando dejas de amar a tu pareja, rompieses la relación con ella? —protestó con pena.

—No le des más vueltas, por favor —le pidió Leo.

—Necesito respuestas.

—Ahora no es el momento de buscarlas. Tendrás tiempo de hacerlo más adelante, cuando estés más calmada.

Ariadna lo miró a los ojos.

—Prométeme que nunca me engañarás —le suplicó, haciendo un puchero.

—Te lo prometo —juró Leo, limpiándole otra vez las lágrimas con los dedos, y después la abrazó con todo el amor que sentía por ella.



CAPÍTULO 12

A la mañana siguiente, cuando Ari bajó a desayunar —sin ganas después de pasar la noche sin dormir, dándole vueltas al asunto—, Eva la interceptó al final de la escalera y le comentó que su madre estaba en casa.

De inmediato, dio la vuelta y subió otra vez para ir a su habitación.

La puerta estaba abierta cuando llegó. Se metió en el cuarto.

—¡Ah! Buenos días, hija.

—Hola, mamá.

—Sé que ayer hablaste con tu padre para recriminarle que tiene una amante. No debiste hacerlo.

—¿Sabes qué me contestó?

—Sí. Te contó lo de Alexis y mis viajes a Marbella.

Ariadna se quedó impactada al escucharla.

—Entonces, ¿es verdad? —preguntó, llevándose una mano a la cabeza. Comenzaba a dolerle.

—Sí, es cierto.

—¿Cómo podéis vivir así? —cuestionó, incrédula.

—No te metas entre tu padre y yo.

—¿Por qué no os divorciáis y que cada uno que viva a su manera y con quien le dé la gana?

—Ya te lo dije: Hans y yo tenemos una historia muy larga y no quiero que esa historia llegue a su final. No quiero romper mi matrimonio. Me gusta mi vida tal y como es.

Ari se quedó boquiabierta, a pesar de que Silvia ya le había comentado hacía unos días su opinión sobre ese tema.

—¡No lo entiendo! ¡Explícamelo! —le gritó, agarrándola de un brazo.

—Eres demasiado joven para entenderlo. Además, es cosa de tu padre y mía. No te metas —repitió con tranquilidad.

Retiró la mano con la que su hija la sujetaba del brazo y se dirigió hacia el vestidor.

—Al menos dime por qué tú también tienes un amante. ¿Es para vengarte de papá?

Escuchó la risa de su madre, que salía del vestidor con un conjunto de falda y blusa muy primaveral en la mano y unas sandalias en la otra.

—No, cariño, no. No lo hago por venganza. Además, no tendría sentido.

Dejó las prendas encima de la cama y las sandalias en el suelo.

Dirigió sus pasos hacia Ariadna y la agarró de ambas manos.

—Tu padre y yo llegamos a un acuerdo hace muchos años. Él tendría sus aventuras por ahí, con discreción, y yo tendría las mías. Pero jamás nos divorciaremos. Sería un escándalo para las dos familias. No queremos disgustar a nadie. Se decepcionaron mucho con nosotros cuando me quedé embarazada sin estar casada con tu padre. No deseamos que esa situación se repita.

Ariadna ya sabía que su madre se había casado mientras ella crecía en su vientre y el enfado de las dos familias por hacerlo así. Sus abuelos eran muy tradicionales. Estaban «chapados a la antigua».

—¿Y no habéis pensado en mí? ¿En cómo me siento yo con todo esto? —preguntó con dolor.

—Tú no tendrías que haberlo descubierto.

—Pero lo he hecho.

—Tienes que olvidarlo.

—¿Cómo voy a olvidar que mis padres se engañan mutuamente y no les importa que yo lo sepa todo? —cuestionó la chica, alucinada por lo que le pedía su madre.

Silvia soltó una de sus manos para acariciarle el contorno de la cara a su hija.

—Debes hacerlo. Tienes que centrarte en tu vida y dejar que nosotros vivamos la nuestra como queramos. Debes respetar nuestra decisión de permanecer juntos a pesar de todo.

—Dices que debo centrarme en vida y dejaros en paz, pero vosotros no paráis de decidir por mí.

—Somos tus padres. Es nuestra obligación velar por tus intereses.

—¿No sería mejor que velaseis por mi felicidad? —quiso saber Ari.

Su madre se sorprendió al oírla.

—¿No eres feliz?

—¿Cómo puedo ser feliz con la situación tan horrible que tengo en casa? Mis padres se ponen los cuernos el uno al otro, apenas pasan tiempo conmigo y encima no me dejan estudiar lo que yo quiero. Mi cumpleaños es mañana y no he podido elegir cómo será mi fiesta. ¿De verdad crees que puedo ser feliz así?

Silvia abrió la boca para responderle, pero no tuvo la oportunidad, porque Ari continuó hablando:

—Además, a estas alturas ya no me importa si estáis conmigo o por ahí con vuestros amantes. Estoy tan enfadada con vosotros que me da igual lo que hagáis o me digáis. No voy a obedeceros más. Se acabó ser la hija perfecta, la que acata todas las órdenes que le dais. A partir de ahora, voy a ser una chica imperfecta en el mundo imperfecto en que el estoy viviendo.

Se soltó de su madre con rabia y caminó con paso firme hacia la puerta de la habitación.

Antes de cruzar el umbral, se volvió para decirle a Silvia:

—Anula la fiesta que habías organizado para mi cumpleaños. Lo celebraré a mi gusto, con quien yo quiera y donde yo decida. Y otra cosa: estudiaré la carrera que me dé la puta gana, con vuestra aprobación o sin ella.

Se marchó dando un portazo.

Ariadna se dirigió a la cocina buscando a Leo, que a esa hora de la mañana debía estar desayunando, pero no lo encontró.

Eva, al verla aparecer con la cara desencajada y llorosa, se imaginó que lo estaba buscando para que la consolase.

—Ha terminado de desayunar hace diez minutos y se ha ido a regar el parterre de flores —le dijo, acercándose a ella y hablándole en voz baja para que no la oyeran el resto del personal doméstico que aún estaba en la cocina.

—Gracias.

Hizo amago de irse, pero Eva la sujetó del brazo.

—¿No quieres desayunar primero?

—No. Después.

La cocinera asintió con la cabeza y la dejó libre para que fuera a buscar a su amor.

Como le había dicho Eva, Ariadna encontró a Leo regando las flores.

Él se giró al escuchar el ruido de pisadas sobre el camino de piedrecitas blancas.

Dejó la manguera en el suelo en cuanto vio el rostro congestionado por las lágrimas y el dolor de la chica.

—¿Qué te ha pasado? —quiso saber, abriendo los brazos para que se refugiase en ellos.

—Mi madre me ha confesado que es verdad que tiene un amante —declaró entre hipidos, sin parar de llorar.

Leo soltó un gruñido de rabia porque no le gustaba ver a Ari sufriendo. No ganaba para disgustos. Pero no podía hacer nada para evitar aquella situación.

—Ahora sé que no puedo hacer nada para ayudar a mis padres ni arreglar su matrimonio ni hacer que se quieran —continuó hablando, mientras él le acariciaba el cabello y la espalda intentando transmitirle consuelo, fuerza y ánimo.

—Lo siento mucho.

Ella levantó la cabeza de su pecho y lo miró a los ojos.

—Gracias. Te has portado genial durante toda esta locura. Siempre has estado aquí para consolarme y escucharme.

Leo la abrazó más fuerte.

—¿Qué clase de novio sería si cuando estás baja de moral o tienes problemas no estoy a tu lado para ayudarte y animarte? —La beso en el pelo con ternura.

—Eres un novio estupendo. El mejor que podría tener.

Permanecieron unos minutos abrazados, en silencio, hasta que Leo reparó en que estaba en un lugar donde cualquiera podría verlos con facilidad.

—Me encantaría seguir abrazándote todo el día, pero corremos peligro de que nos descubran —comentó, distanciándose de ella y oteando a su alrededor para comprobar que nadie los vigilaba—. Además, tienes que ir al instituto y yo tengo que seguir trabajando.

—No quiero ir al instituto.

—Tienes que hacerlo. Debes asistir a las clases de repaso de la asignatura que has suspendido. Te vendrán bien para estudiar y preguntar las dudas que tengas.

—No estoy en condiciones de ir —volvió a negarse ella.

Leo la miró con seriedad.

—Ariadna Van der Vaart, aunque no quieras, es tu obligación asistir a clase —le dijo con autoridad. Pero al instante relajó el tono de voz y le pidió—: Hazlo por mí, por favor.

Ari se limpió las lágrimas de la cara y asintió.

—Está bien. Nos vemos luego, cuando vuelva del insti. ¿Me esperarás para comer?

—Sí, lo haré.

Quiso despedirse de ella con un beso en los labios, pero donde estaban no era el lugar más adecuado para hacerlo. Ari pensó lo mismo y se dio la vuelta, triste. Regresó a la cocina para desayunar, a pesar de que no tenía ganas de comer. En realidad, no tenía ganas de nada.

En la puerta del instituto, se encontró con Nerea.

—¿Y esa cara? —preguntó su amiga al verla tan seria.

Ariadna no quiso contarle lo de la infidelidad mutua de sus padres. No era porque no confiase en Nerea. El motivo era que no le apetecía hablar del tema. Quería olvidarlo lo antes posible.

—Es que tengo que ir a clase de repaso y no me apetece.

—Te entiendo —contestó su amiga, enlazando su brazo con el de Ari para entrar juntas en el centro educativo—. Yo ahora tengo el examen de recuperación de Anatomía Aplicada. Justo para el único que había estudiado y no pude hacer porque el gilipollas del profesor Santiago hizo que me expulsaran del insti. Lo odiaré toda mi vida, lo juro.

—Te pasaste un montón con él. Es normal que se pusiera como se puso.

—En mi defensa diré que estaba bajo los efectos de las drogas —alegó.

—Lo dices como si estuvieras orgullosa de ello —comentó, mientras recorrían los pasillos del edificio.

—Me resultó divertido —respondió, encogiéndose de hombros—. Cada vez que lo recuerdo, me meo de la risa —añadió con alegría.

Ari sacudió la cabeza a un lado y al otro.

—No tienes remedio, tía.

—Bueno, así soy yo. Quien me quiera tiene que aceptarme como soy.

—Yo te quiero y te acepto, pero ya sabes cuál es mi opinión sobre el alcohol y las drogas. Déjalo ya. Te podría pasar algo malo y... —se detuvo al llegar a su clase y desenlazó su brazo del de Nerea. La miró a los ojos— no quiero perderte.

Su amiga fue a decirle algo, pero Ari la atajó.

—No me refiero a perder nuestra amistad. Me refiero a perderte en mi vida. Quiero que estés siempre conmigo, hasta que nos hagamos viejas. Así que deja toda esa mierda que te metes y cuídate. Juntas para siempre: Valeria, tú y yo. ¿Me lo prometes?

Nerea, emocionada por el cariño que transmitían las palabras de su amiga, la abrazó con fuerza.

—Te lo prometo —susurró en el oído de Ari. Se separó de ella y comentó—: Eres una cansina, ¿lo sabías?

Las dos se rieron, aunque Ariadna no tenía ningunas ganas. El asunto le parecía demasiado serio como para tomárselo a broma.

—Nos vemos luego, en el patio —se despidió Nerea de ella, antes de meterse en la clase de enfrente.

—¿Qué tal te ha salido la recu de Anatomía Aplicada? —le preguntó Ari a Nerea, cuando se reencontraron en el recreo.

—Genial. Ya te dije que había estudiado para ese examen, pero no pude hacerlo por lo que pasó con Santiaguín —mencionó al docente con burla.

—Me alegro de que te haya ido bien. Por cierto, he anulado mi fiesta de cumpleaños.

—¿Por qué?

—He discutido con mis padres, otra vez, por un tema que no viene al caso y he decidido suspenderla. Estoy harta de que mi madre las organice siempre sin contar con mi opinión, así que este año, que voy a cumplir dieciocho, creo que va siendo hora de que lo celebre a mi manera y donde yo quiera.

—¿Y cómo lo vas a hacer? Tu cumpleaños es mañana —le recordó.

Ella se acomodó mejor en el banco en el que estaban sentadas en el patio del instituto antes de responder a Nerea.

—Voy a montar la fiesta en el yate de mis padres.

—¿Vamos a salir a navegar?

—Sí. Ya he llamado al club náutico para que lo preparen todo y que esté disponible alguna persona que dirija el barco. Además, he pedido también un camarero para que nos atienda y un cáterin. Pero la fiesta se celebrará el sábado por la tarde, que es cuando Leo tiene libre.

—Humm, así que vas a invitar también a tu noviete, ¿eh? —comentó Nerea, chocando su hombro contra el de ella.

—Pues claro —afirmó con rotundidad—. No voy a dejarlo en casa. Ya es hora de que salgamos juntos de fiesta y que la gente vaya conociéndolo.

—¿A quién vas a invitar?

—Además de Leo, a Valeria, a ti, a...

Cuando Ariadna llegó a su casa, se encontró con Leo en la cocina esperándola para comer juntos como le había prometido.

Como solo estaba con ellos Eva y conocía su relación, se saludaron con un beso en los labios sin ningún pudor.

Mientras almorzaban, charlaron sobre cómo habían ido las clases de repaso y Ari le contó sobre la fiesta de su cumpleaños, que celebraría el sábado por la tarde en el yate de su familia.

Leo se mostraba reticente a asistir, pero iría para concederle ese capricho a Ari.

Cuando terminaron de comer, el chico se marchó a la casa del bosque de pinos y ella subió a su habitación para estudiar un par de horas.

Transcurrido ese tiempo, los novios se reunieron en la pequeña vivienda.

—Me da miedo no encajar en tu grupo de amigos —confesó Leo con sinceridad.

—Tranquilo. Les vas a encantar.

—Pero ¿y si alguno se chiva a tus padres?

Ella lo pensó unos segundos.

—No me importa. Como a partir de mañana seré mayor de edad, me da igual lo que opinen ellos.

—A mí me importa mucho. Podría perder mi empleo aquí —le recordó.

—No te preocupes. Puedo hablar con alguno de mis amigos para que te contraten en las mismas condiciones en las que estás aquí. Lo malo es que no podríamos vernos tan a menudo.

—Pero ¿y si tus padres me denuncian por abuso sexual o...?

—Diré que es una relación consentida y punto. Nadie podrá negarlo.

—¿Y si hablan con los padres de tus amigos para que nadie me dé un empleo?

Ari estaba cansándose de tanta negatividad por parte de Leo.

—Escúchame bien: no quiero seguir escondiendo algo tan bonito como lo nuestro. Estoy decidida a contárselo a todo el mundo. Y, si no aceptan nuestra relación, nos vamos a vivir a otro sitio y punto.

—¡Qué fácil lo ves todo! —se quejó Leo con pesar.

—¡Y qué complicado lo ves tú cuando no es así! —replicó ella.

—Para ti es fácil porque tienes dinero, pero ponte en mi lugar. ¡No tengo nada que ofrecerte!

—Con que me des tu corazón y tu amor, me vale —murmuró ella, con las lágrimas llegando a

sus ojos. La cabezonería de Leo era muy frustrante. Se sentía impotente al discutir con él y comprobar que no le hacía cambiar de opinión.

El joven, al ver que sus ojos se humedecían, se sintió morir. Le había hecho daño con su insistencia en no desvelar su relación.

—Perdóname. Lo siento. No quería lastimarte. Soy gilipollas.

La abrazó con todo el amor que sentía por ella y la besó en los labios.

—No llores, por favor. Soy un imbécil.

—¿Quieres dejar de insultarte ya?

—No. Me lo merezco por ser tan cabezota y tener tanto miedo a que descubran lo nuestro. Pero, entiéndeme, no quiero ir a la cárcel. Tus padres tienen tanto dinero que podrían conseguirlo.

—Tranquilo. Yo también tengo dinero, mucho. Contrataría al mejor abogado del país para que te defienda.

Leo sonrió con tristeza.

—Antes de que te gastes tanto dinero en mí, creo que deberías saber algo más sobre mi pasado. ¿Recuerdas que te comenté que tengo amigos en prisión y tú me preguntaste si yo también había estado? No te contesté, pero creo que ahora es el momento de contarte el resto de mi historia para que decidas qué hacer cuando tengas toda la información sobre mí.



CAPÍTULO 13

Leo se acercó a su boca y besó sus labios con una mezcla de ternura, pasión y mucho amor.

—No he estado en la cárcel —confesó, al acabar de besarla—. Los últimos cinco años he estado ingresado en el centro de menores Can Sarrià. O, dicho vulgarmente, reformatorio o correccional. Pero no te preocupes. Me alegro de haber pasado por allí porque he conseguido encauzar mi vida, estudiar y tener un comportamiento mejor. He aprendido la lección. Digamos que he madurado. Antes hacía las cosas sin pensar en las consecuencias, ahora no. Además, allí conocí a María. Era mi educadora social y tutora. A ella le debo todo lo que soy en estos momentos. Sin su ayuda y dedicación, sin su fe en mí, no me habría reformado.

—Recuérdame que le dé las gracias cuando la vuelva a ver —comentó Ari.

La jovencita se quedó pensativa unos segundos.

—¿Cuánto tienes que robar para que te metan en un centro de menores? —quiso saber.

Leo la miró con una ceja arqueada y una sonrisa traviesa en los labios.

—¿Por qué quieres saberlo? ¿Piensas meterte a delincuente?

—No, tonto —se rio—. Quiero saber cuál es el límite.

—No fui al centro de menores por simples hurtos. Fue por algo más grave.

Tras una pausa hecha a propósito para crear más expectación en Ari, dijo:

—Fue por varios alunizajes.

Ella abrió tanto la boca que casi se le desencaja la mandíbula.

—¡Te lo estás inventando! ¡No puede ser!

—¿Por qué tendría que inventármelo? No necesito captar más tu atención. La tengo desde que nos conocimos —contestó con suficiencia.

—Vale, te creo. Pero explícamelo.

Él inspiró hondo y, cuando soltó el aire, continuó sincerándose con ella.

—Robábamos coches de alta gama y los estrellábamos contra los escaparates de joyerías, tiendas de telefonía, de artículos de lujo, establecimientos así. Luego, vendíamos lo robado y nos repartíamos el dinero. Éramos rápidos y efectivos. Teníamos en jaque a la policía. No conseguían atraparnos. Hasta que un día lo hicieron. Supongo que tarde o temprano debía pasar.

—¿Distéis muchos, como lo llamáis, golpes?

—Bastantes. No sé decirte una cantidad fija. No llevaba la cuenta. Cuando nos pillaron, a mis

amigos, que ya eran mayores de edad, los enviaron a la cárcel y a mí, como era menor, tenía quince —le aclaró—, me mandaron cinco años al reformatorio Can Sarrià.

—Estoy alucinando —murmuró Ari, llena de asombro.

Lo observó detenidamente. Parecía un chico normal y corriente, muy atractivo, eso sí. Pero jamás se habría imaginado que tenía un pasado delictivo.

—¿Y tu abuelo? Se llevaría un buen disgusto. Pobre hombre.

Leo se entristeció.

—Mi abuelo también estuvo varios años en prisión. Por eso no me fui a vivir antes con él, porque no podía. En cuanto salió de la cárcel y supo lo que había pasado con mis padres, reclamó mi custodia. Pero no se la dieron enseguida. Le costó bastante conseguirla. Sin embargo, luchó hasta que logró tenerme con él. Además, se esforzó mucho para que no cayese en el mundo de la delincuencia. Él había pasado por eso y no quería lo mismo para mí. Y yo... le fallé. Murió poco después que mi madre por culpa del cáncer. No tuve tiempo de pedirle perdón y decirle que me arrepiento por todo lo que lo hice sufrir.

—Lo siento —musitó Ari.

Se apretó contra su pecho, reposando la cabeza en él, y Leo siguió con su historia.

—Me dejaron asistir a su funeral y al de mi madre también. Fueron las dos únicas veces que salí del centro hasta que comencé con las prácticas. En realidad, allí no estaba tan mal. Comía cuatro veces al día, tenía ropa limpia, no pasaba frío, hice nuevos amigos, me dejaron estudiar lo que quise... Además, como era buen estudiante, respetuoso y educado, los profesores estaban contentos conmigo. Hablaban bien de mí, y eso me sirvió para obtener algunos privilegios, como acceder a internet. Allí hice el grado medio de Jardinería. Para las prácticas en el vivero me dejaron salir del centro, pero al acabar la jornada laboral debía volver. Como cumplía las normas y no causaba problemas, María dio buenas referencias sobre mi evolución.

Leo se entretuvo un rato acariciando el cabello de Ari, en silencio. Le relajaba el tacto sedoso de su pelo.

—Todas las noches que pasé allí internado soñaba con mi libertad —continuó hablando—, con llevar una vida normal. Deseaba ser buena persona. Deseo ser bueno —recalcó.

—Leo, tú ya eres bueno —pronunció Ari, antes de alcanzar sus labios para besarlos.

—Reconozco que he tenido suerte, porque algunos no lo consiguen y vuelven a delinquir —comentó cuando Ariadna dejó de besarlo—. Es curioso: mientras estás allí, se ocupan de ti, pero en el momento en que estás en paz con la sociedad, se desentienden. Algunos no saben qué hacer con su vida a partir de entonces. No tienen a dónde ir, como fue mi caso. Por eso muchos vuelven a hacer cosas malas para poder ingresar otra vez en el centro. Recuerdo cuando me despedí del director. Me dijo: «Ya eres libre, chico. Vete. Busca trabajo y un lugar donde vivir. Aquí ya no tienes nada que hacer». Como si fuera tan fácil. Menos mal que María se apiadó de mí y me alojó en su casa hasta que tuve dinero ahorrado gracias al trabajo en el vivero y pude independizarme.

—¿Por qué dejaste el empleo?

—Porque sabía que iba a conocerte —dijo de broma.

Ariadna se rio.

—Venga, dime la verdad. ¿Por qué lo dejaste?

—Quiero estudiar Paisajismo y tener mi propia empresa. Para eso se necesita mucho dinero. Con el alquiler del piso, los gastos de agua, luz, gas, comida, etcétera, no podía hacerlo. Entonces María se enteró de que necesitabais un jardinero porque el anterior se había jubilado. Me dijo que era una oportunidad muy importante para conseguir mis metas. Podría vivir aquí,

con todos los gastos pagados, y así ahorrar todo el dinero del sueldo. Y eso es lo que estoy haciendo.

Ari volvió a besarlo con más pasión.

—Vaya, veo que no te asusta lo que te he contado. Con mi pasado delictivo, cualquier chica saldría corriendo.

—Yo no soy como las demás. Pensaba que ya te habías dado cuenta —comentó Ari, con una ceja arqueada—. Además, ahora tengo más ganas que antes de acostarme contigo. Deseo hacer el amor con mi delincuente favorito.

Lo obligó a tumbarse en el sofá y se colocó sobre él.

—No intentes nada, porque no lo vas a conseguir. Me prometí a mí mismo que no me acostaría contigo hasta que fueses mayor de edad y pienso cumplir mi palabra —le advirtió el chico.

Ella miró su reloj de pulsera y comprobó la hora.

—Bueno, teniendo en cuenta que son las doce de la noche, ya hemos cambiado de día. Por lo tanto, es mi cumpleaños. Ya tengo dieciocho.

Reptó por su cuerpo hasta llegar a los labios de Leo.

—Recuerdo que me dijiste que querías que tu primera vez fuera especial y mágica. ¿Es que ya no quieres que sea así?

—Sí, sigo queriéndolo, pero no pasa nada porque me des un adelanto —contestó, antes de atrapar su boca.

Mientras se besaban, Ariadna le quitó la camiseta a Leo y le desabrochó el pantalón. Él le sacó el top y desató el lazo con el que la falda se sujetaba a la cintura.

Al tiempo que se quitaban el uno al otro la ropa interior, se acariciaban. Cuando Ari llegó hasta el miembro erecto de Leo, lo tocó con suavidad, arriba y abajo. El chico ronroneó como un gato de pura satisfacción. Ella fue aumentando la velocidad de su mano y aprovechó para metérselo en la boca. Lamió la corona rosada con su lengua juguetona y él soltó un gemido de placer. Con decisión, continuó con su trabajo oral hasta que el joven alcanzó el clímax.

Ari se tumbó al lado de Leo y esperó a que este recuperase la respiración. Repartió besos por todo su hombro y parte del pecho.

Minutos después, fue el turno de que ella obtuviera placer.

La sensación de los labios del joven rozando los de ella y la punta de su lengua lamiéndola con suavidad hizo que sus terminaciones nerviosas se volvieran locas. Desde su boca viajó a su cuello, llenándolo de pequeños y delicados besos, hasta llegar a los senos. Cuando atrapó un pezón con los dientes y lo fustigó con la lengua para ponerlo duro, ella soltó un jadeo que hizo que el corazón de Leo latiera con más rapidez, en una mezcla de excitación y ansiedad. Luego, paseó la lengua por el valle entre sus pechos hasta llegar al otro pezón para hacerle lo mismo que a su compañero. Minutos después, bajó hasta el ombligo femenino mientras dejaba un rastro de húmedos besos.

Jugueteó un rato con este, haciéndole cosquillas. Ella no podía evitar reírse y retorcerse, ardiendo de deseo.

Ari colocó las manos en la cabeza de Leo y lo obligó a ir más abajo, hacia su pubis. El chico obedeció la orden muda. La jovencita abrió más las piernas para que él pudiese colar la cara entre sus muslos. Su sexo demandaba caricias con impaciencia. Leo lo sabía, así que no tardó en darle lo que el cuerpo de su novia le suplicaba.

Cuando pasó la lengua por la hendidura de Ari, una lujuriosa sensación de hambre sexual invadió sus venas. Ella movía la cabeza de un lado a otro, arrastrada por las olas de placer que

recorrían su cuerpo.

La notaba temblar como una hoja sacudida por el viento y supo que estaba próxima a alcanzar el orgasmo. Así que la comió con más ganas al tiempo que con el dedo pulgar trazaba círculos en torno al clítoris.

Ari notaba que algo crecía dentro de ella y se expandía con la intensidad de un incendio forestal, arrasando todo a su paso.

Cuando llegó al éxtasis, notó cómo cada uno de sus pensamientos eran reducidos a cenizas.

Emitió un largo gemido y separó la boca de Leo de su sexo. Era tan intenso que creía que iba a morir.

El joven reptó por su cuerpo, regándolo de suaves y tiernos besos, hasta que llegó a los labios de Ari. Entonces ella supo cómo era el sabor de un orgasmo.

Leo se tumbó a su lado, apretándose contra ella para no caerse del sofá. Le rodeó los hombros con un brazo y la cintura con el otro. Le dio un beso en la sien.

—Feliz cumpleaños —susurró en su oído.

—Gracias —musitó ella, sumiéndose en el sopor que sigue al clímax.

Estaban tan a gusto y saciados que se quedaron dormidos.

—Ari, despierta. Tenemos que levantarnos ya. Son casi las siete de la mañana —dijo en voz baja Leo, acariciándole con los nudillos una mejilla.

Ella se movió un poco, pero no abrió los ojos.

—No quiero. Estoy demasiado bien aquí.

Él emitió una pequeña risa.

—Yo también, pero tenemos que hacerlo. Debemos desayunar y, después, tú tienes que volver al instituto para hacer el examen de recuperación y yo tengo que trabajar.

—No quiero hacer ningún examen. Además, hoy es mi cumpleaños —refunfuñó ella, abriendo un ojo. Lo volvió a cerrar a los pocos segundos.

—Venga, no te hagas la remolona. Levántate y cumple con tus obligaciones. Por mucho que hoy sea tu cumpleaños, debes hacerlo.

Ella estiró los brazos para desperezarse.

—Vale, si no me queda más remedio...

Se levantaron de la cama. Dos horas después de haberse quedado dormidos en el sofá, Leo se despertó y le dio pena espabilarla para que se fuera a su casa. Por lo que la cogió en brazos y caminó con ella hasta su cama, donde la depositó como si fuera un tesoro de valor incalculable y temiera estropearlo. A continuación, se acostó a su lado y se volvió a dormir.

Cuando Ari se alzó, desnuda, Leo se quedó boquiabierto. Siempre que la contemplaba así, en todo el esplendor de su belleza natural, no podía evitar sentirse hechizado.

Ella no preguntó por qué habían amanecido en la cama. Se imaginaba el motivo.

Le gustó saber que había pasado la noche durmiendo entre sus brazos, sintiendo el calor de su cuerpo y, sobre todo, despertar a su lado. Mataría por hacerlo cada mañana de su vida.

—Por la cara que pones, deduzco que te gusta lo que ves. —Puso las manos en las caderas y dio una vuelta para que Leo la viera por delante y por detrás.

—No me gusta. Me encanta.

Ari se acercó a él, que permanecía sentado en la cama, y lo observó.

—No hace falta que me lo jures. Se te ha puesto dura. —Soltó una risilla pícaro.

—No te imaginas lo mucho que me excitas. —La agarró del culo con las dos manos y pegó su

nariz al vientre femenino—. Me encanta el olor de tu cuerpo —confesó él, aspirando con fuerza. —Depositó un minúsculo beso en su ombligo y después se distanció—. Voy a darme una ducha. —¿Puedo ducharme contigo?

Leo había soñado un montón de veces desde que la conoció con esta escena tan tórrida. Aceptó, a pesar de saber el peligro que ambos corrían.

—Está bien. Pero tienes ser una buena chica. No podemos entretenernos más. Así que deja los jueguecitos para otro día que no tengamos tanta prisa.

Se alzó del borde de la cama y le dio un cariñoso beso en la punta de la nariz.

Colocó las manos en los hombros de Ari y la giró para ponerla de cara el baño. Le dio una palmada en el trasero y ella se rio.

—Venga, vamos, que se hace tarde —repitió.

Después de una ducha de lo más excitante, en la que tuvieron que contener las ganas de volver a darse placer, desayunaron en casa de Leo. Al acabar, Ariadna se marchó de allí directa a su habitación para ponerse el uniforme del instituto.

Cuando entró en la casa, todo el personal del servicio doméstico la esperaba para felicitarla. Ella les agradeció el detalle y continuó por el pasillo. Al final del mismo, se cruzó con su padre, que acababa de bajar las escaleras.

—¿De dónde vienes?

—No tengo por qué darte explicaciones. Ya soy mayor de edad.

—Mientras vivas en mi casa, me darás todas las explicaciones que te pida.

—Hoy es mi cumpleaños. ¿Y tú qué haces? En vez de felicitarme nada más verme, insistes en que te cuente lo que he estado haciendo ahí fuera. Espero que seas mejor amante que padre —dijo con toda la intención de hacerle daño. Todavía seguía enfadada y furiosa con él. También con su madre.

—¡A mí no me hables en ese tono! ¡Debes ser más respetuosa conmigo!

—No lo voy a hacer. ¿Quieres saber por qué? Porque engañas a mamá y ella también te engaña a ti. No merecéis respeto ninguno de los dos porque no os tenéis respeto entre vosotros. No sois un buen ejemplo para mí.

Dicho esto, se giró y comenzó a subir las escaleras.

Hans fue detrás de ella hasta que la alcanzó a la mitad. La agarró de un brazo para detenerla.

—Háblame con respeto o cancelaré tu fiesta de cumpleaños —la coaccionó.

—Ayer le dije a mamá que la suspendiera, así que no puedes amenazarme con eso.

Se deshizo de la mano de Hans con un tirón del brazo y continuó subiendo la escalera.

—¡Ariadna, vuelve aquí! —ordenó su padre.

Pero ella lo ignoró.

Entró en su habitación, cerró la puerta con el pestillo y comenzó a cambiarse la ropa que llevaba por el uniforme del instituto.

Cuando regresó al piso inferior, vio que Hans todavía la esperaba al pie de las escaleras. A su lado estaba Silvia.

—Ahora no puedo discutir con vosotros porque debo ir a clase para hacer el examen de recuperación de la asignatura que he suspendido, así que no me entretengáis.

—No vamos a discutir. Solo queremos felicitarte por tu cumpleaños —dijo su madre con voz tranquila.

—Felicidades —murmuró Hans sin mucho ánimo.

Silvia se aclaró la garganta antes de volver a hablar.

—Tu padre y yo hemos estado hablando y hemos decidido que...

—¿Os vais a divorciar? —preguntó Ari con un atisbo de ilusión. A lo mejor las discusiones de esos días y la rebeldía mostrada hacia ellos por la situación de infidelidad habían dado su fruto y se habían replanteado lo del divorcio.

—No, cariño. Ya te dije que tu padre y yo no vamos a separarnos nunca.

—Pues, entonces, no me interesa lo que tengáis que decirme —replicó ella, molesta.

Se giró hacia la izquierda para recorrer el pasillo hasta llegar a la puerta de entrada a la casa, pero su madre la detuvo agarrándola de una mano.

—El domingo celebraremos tu cumpleaños.

—Te dije que lo cancelases —contestó entre dientes.

Silvia siguió hablando como si no la hubiese escuchado.

—Vendrán todos nuestros amigos y también la prensa. Será a mediodía. Habrá un servicio de cáterin y...

Ariadna la interrumpió.

—No pienso estar en una fiesta que no quiero, fingiendo que somos una familia feliz cuando no es así. Yo no puedo engañar a la gente. No quiero mentirle a nadie. Eso os lo dejo a vosotros, que se os da muy bien.

Se soltó de la mano de Silvia y corrió hacia el exterior de la casa.

Marcelo ya la esperaba en el auto y, con rapidez, se montó en el vehículo.

Durante el trayecto al instituto, Nerea la llamó.

—¡Muchas felicidades, tía! ¡Ya eres mayor de edad!

—Gracias, aunque veo que no me sirve de mucho.

—¿Por qué dices eso?

—Mis padres han organizado mi fiesta de cumpleaños a pesar de que les dije que la anulasen. Continúan con sus planes sin tener en cuenta mi opinión. De todas formas, no pienso asistir.

—Ya lo sabía. Me lo ha dicho mi madre esta mañana, en el desayuno. Estamos invitados. Pero ¿qué pasa entonces con la fiesta en el yate de tu familia?

—Ese plan sigue en pie, por supuesto. Mañana sábado, por la tarde, sobre las seis. Tráete el bikini, las gafas de sol y crema protectora, porque saldremos a navegar y aprovecharemos para tomar el sol en la cubierta del barco.

—¡Genial! Llevaré algo más para animar la fiesta.

—No se te ocurra traer drogas —le advirtió con seriedad.

—Tranquila, que no se trata de eso. Será una sorpresa.

—Creo que no va a gustarme —dudó Ari.

—No tengas miedo. Es una sorpresa buena y bonita. Me lo agradecerás toda tu vida. ¡Te va a encantar!

—Bueno, vale —cedió la cumpleañera—. Te dejo, que estoy llegando al instituto. Nos vemos mañana por la tarde, a las seis. Sé puntual, por favor.

Nerea se despidió de ella y Ari cortó la comunicación.

Marcelo aparcó el coche delante de la puerta del centro educativo y la joven se bajó del auto.

Mientras recorría el pasillo que la llevaría a su clase, la llamó Valeria.

—¡Feliz cumpleaños!

—Gracias.

—¿Ya estás en clase?

—Voy de camino.

—Te deseo toda la suerte del mundo en el examen.

—Gracias. ¿Qué tal estás? Supongo que estudiando mogollón para la EVAU.

Valeria había aprobado todas las asignaturas y podía hacer las pruebas de acceso a la universidad, que eran a principios de junio.

—Pues sí, pero, como ves, he sacado tiempo para felicitarte.

—Y yo te lo agradezco. —Sonrió aunque su amiga no podía verlo.

—¿A qué hora empezará la fiesta en el yate?

—Por la tarde, cuando Leo termine de trabajar y se duche. Creo que llegaremos al puerto sobre las seis.

—¿Quiénes somos los invitados? Aparte de Nerea, Leo y yo.

—Ahora te mando la lista por WhatsApp. Tengo que entrar en clase ya.

—Genial. Suerte en la recu.

—Gracias. Mañana te veo en el club náutico.

Ariadna se sentó en la última fila como tenía por costumbre.

Como la profesora todavía no había llegado, se entretuvo en enviarle la lista de invitados a Valeria.

Después guardó el móvil y cogió el iPad para repasar la asignatura de la que iba a examinarse.

Cuando regresó del instituto, fue a buscar a Leo para contarle que el examen de recuperación le había salido bastante bien y estaba segura de que lo aprobaría.

Tocó a la puerta de la pequeña casa donde vivía su novio y oyó la voz de Leo, que le decía que esperase un momento.

Tras unos minutos, la puerta se abrió y apareció su chico con un delantal y restos de mermelada en la cara.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ari, divertida y curiosa al mismo tiempo.

—Pasa y descúbrela tú misma.

Leo se apartó para dejarla entrar en la vivienda.

En la pared del salón, sobre el sofá, había una banda de letras de cartulina dorada en la que se leía «Feliz cumpleaños». También había globos rojos en forma de corazón, llenos de helio, por todos los rincones. Sobre la mesa había una tarta de queso con mermelada de fresas y dos velas de un uno y un ocho puestas en ella.

—¿Es para mí? —quiso saber aplaudiendo, muy alegre. La sonrisa no le cabía en el rostro.

—¿Hay alguien más aquí que cumpla dieciocho? —replicó Leo, mientras cerraba la puerta—. No sabía que regalarte y he pensado que una tarta estaría bien. Además, la he hecho yo, como puedes comprobar por lo que tengo en la cara y en el delantal. —Se señaló con el índice.

De un salto, Ari se subió a sus caderas. Leo la sujetó con fuerza.

Ella se aproximó a sus labios para besarle como recompensa.

—Eres el mejor novio del mundo.

—Me alegro de que te guste. A lo mejor es poco para ti, pero...

—Jamás pensaría que es poco cuando se ve que la has hecho con todo tu cariño y amor. Es un detalle precioso. ¿Enciendes las velas y me cantas «Cumpleaños feliz»?

La chica se bajó de las caderas de Leo para dejarle que hiciera lo que le había pedido.

Él encendió las velas y procedió a cantarle la típica canción de cumpleaños.

Antes de que ella soplara, le recordó:

—Tienes que pedir un deseo, ya lo sabes.

Entonces Ari se inclinó hacia las velas y sopló con fuerza para apagarlas.

Los dos comenzaron a aplaudir contentos y ella se colgó otra vez del cuello de Leo para recompensarle con un beso largo y profundo.



CAPÍTULO 14

—¡Sube la música! —gritó Nerea, eufórica—. ¡Que esto parezca una fiesta de verdad, no un funeral!

Estaban en la cubierta del yate de la familia Van der Vaart. Las chicas, en bikini y los chicos, en bañador. Casi todos bailando al ritmo de los éxitos musicales de aquella primavera calurosa, cantando a la vez.

Leo estaba en un rincón, cohibido. Sentía que no encajaba allí. Hubiera preferido algo más tranquilo e íntimo. Pero era el cumpleaños de su novia y, si ella quería celebrarlo así, debía respetar su decisión.

A pesar de todo, disfrutaba contemplando cómo la gente se divertía. Sobre todo Ariadna, a quien no se le había borrado la sonrisa de la cara desde que había llegado al club náutico y se encontró allí con todos los invitados a su fiesta de cumpleaños.

Eran pocos, pero, como dijo ella, los más importantes: Nerea y Valeria, Leo, un par de compañeros de clase y una prima con la que se llevaba estupendamente.

Ari presentó a Leo como su novio. Nerea y Valeria ya lo conocían; aun así, le dieron dos besos en las mejillas. Los chicos le estrecharon la mano y la prima de Ariadna también le dio un par de besos.

Hechas las presentaciones, todos se despojaron de sus camisetas y túnicas playeras. La música empezó a sonar y la fiesta comenzó.

El cáterin era realmente bueno y el camarero, muy atento, pendiente en todo momento de lo que pudieran necesitar los jóvenes. El capitán del barco dirigía el navío con suavidad por el Mediterráneo.

Ari se acercó a Leo.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó, sentándose en sus rodillas con un refresco en la mano.

—Sí.

Ella lo miró a través de sus gafas de sol.

—No te creo.

—Es verdad. Me lo estoy pasando bien.

—Pero no estás bailando y tampoco bebiendo. ¿Quieres que te traiga algo? —indagó, quitándose las gafas de sol para dejarlas a un lado en el asiento que ocupaba Leo.

—No, gracias. Hace un rato el camarero me ofreció comida y bebida, pero no me apetece nada ahora. Quizá más tarde. Además, prefiero verte a bailar y divertirme con tus amigas. Aunque no te lo creas, estoy disfrutando de verte en esta situación desconocida para mí.

—Cuando quieras, te hago un baile privado —susurró en el oído de Leo, al tiempo que enlazaba los brazos en torno a su cuello.

Cuando terminó de hablar, recorrió con sus besos la mejilla del chico hasta que llegó a su boca. Atrapó sus labios y lo besó con pasión.

Sus amigas comenzaron a jalearse al darse cuenta de que se estaban besando.

—¡Viva el amor! —chilló Valeria.

—¡Cómetelo todo, Ari! —gritó Nerea, con la tercera copa de champán en la mano. Se la bebió de un trago y tiró la copa al mar—. ¡Camarero! ¡Otra copa!

El joven atendió rápido su petición.

Antes de que se alejase de ella, Nerea lo retuvo cogiéndolo de la mano.

—¿Cuántos años tienes? —quiso saber, mirándolo de arriba abajo, repasando su cuerpo. Era mucho más alto que ella, moreno, con el pelo corto por los lados y largo por arriba. Con la brisa marina se le venía todo el rato a los ojos, tapándole uno. Tenía la nariz recta y unos labios muy apetecibles. Poseía un aire de malote que excitó a Nerea enseguida.

—Veintiséis.

Ella bebió un trago del champán que le acababa de servir y se lamió los labios.

—¿Cómo te llamas?

—Mauro, señorita.

—Nada de señorita. Puedes llamarme Nerea.

El camarero asintió.

—¿Qué haces cuando termines de trabajar?

—Me iré a casa para descansar.

—¡Uf! ¡Qué aburrido! —Le soltó la mano e hizo un gesto como si estuviese espantando a una mosca—. Te propongo una cosa.

Se puso de puntillas para llegar a su oreja. Le susurró su plan y Mauro se echó hacia atrás con una sonrisa canalla.

—Aceptaría tu idea con mucho gusto, pero eres demasiado joven para mí —la rechazó con toda la educación que pudo.

—¿Qué son ocho años de diferencia? Nada.

—Puede que para ti no represente nada; sin embargo, no tengo por costumbre acostarme con chicas tan jóvenes.

—No soy virgen, si es lo que te preocupa.

Él meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

—No me preocupa si eres virgen o no.

—Tengo experiencia suficiente para hacerte disfrutar en la cama.

—Me alegro por ti. Seguro que otro sabrá valorar toda esa experiencia que tienes.

Nerea entrecerró los párpados.

—Entonces, ¿no aceptas mi propuesta?

—Lo siento. Debo rechazarla.

—¿Y si te doy doscientos euros?

Mauro abrió la boca, sorprendido. Pero a los pocos segundos se recuperó y la cerró.

—No.

—¿Trescientos?

Él negó con la cabeza.

—¿Cuatrocientos? Estoy siendo demasiado generosa.

Mauro pensó que era una niñata rica y malcriada, acostumbrada a conseguir todo lo que quería a base de dinero.

—Ni aunque me dices dos mil euros me acostaría contigo.

Nerea se ofendió por la respuesta.

—¿Es que no te gusto?

Él volvió a negar con la cabeza. Se acercó un poco más a ella y le dijo en voz baja:

—Me gustas, pero no te vendería mi cuerpo ni por todo el oro del mundo.

Ella acusó su réplica como si le hubiese dado una bofetada.

Por primera vez en su vida, no supo qué contestarle a un chico.

El camarero se retiró, dejándola con la boca abierta e indignada.

Ari se levantó de las rodillas de Leo y lo cogió de la mano para que se alzase él también.

—Baila conmigo, por favor —le pidió.

—No se me da bien.

—No me importa.

—No quiero hacer el ridículo delante de tus amigos.

—Entonces, vayamos abajo.

Agarrada de su mano, lo condujo al interior del yate.

Leo observó a su alrededor. Todo era de madera. Se respiraba lujo y elegancia.

En la primera estancia había un sofá en color crema en el que calculó que cabrían por lo menos seis personas. También una mesa igual de grande que el sofá. A la derecha estaba una barra de bar y al lado, una puerta cerrada, que se imaginó que sería el baño.

En la segunda parte se encontraba el dormitorio. Era una estancia decorada en tonos azules y *beiges*. Había una gran cama cubierta con una colcha estampada con motivos marineros.

Ari cerró la puerta de la habitación con el pestillo.

—Aquí no nos molestarán y nadie te verá bailar para mí.

Se sentó en el borde de la cama. La música se escuchaba amortiguada por el revestimiento del interior del yate.

—No me hagas esto, Ari. Me da vergüenza —le suplicó Leo sonriendo nervioso.

—¡Venga! —exclamó ella—. Prometo no reírme. Hazme un bailecito sensual.

—Prefiero hacer otra cosa —dijo, arrodillándose frente a ella al tiempo que le abría las piernas.

—¡Ah! Me gusta tu idea —murmuró, mientras Leo se deshacía de las braguitas del bikini anudadas a las caderas de la chica.

Se quitó de inmediato los triángulos que cubrían sus senos y Leo hizo que se tumbara en la cama. Con los dedos, separó los pliegues íntimos de Ari y acercó la boca para pasar la lengua por allí. En poco tiempo la hizo subir al cielo.

Nerea se quitó la parte superior del bikini. Había llegado el momento de enseñarle a ese idiota lo que se estaba perdiendo. Siguió bailando con sus amigos, con Valeria y con la prima de Ari mientras cantaba a gritos la canción que sonaba en ese momento. Intentaba captar la atención del camarero todo lo que podía pidiéndole una copa tras otra. Movía las caderas y los pechos cada

vez que él se acerca para rellenarle el recipiente de cristal, incitándole para que cambiara de opinión, pero Mauro se mantenía firme.

Cada vez más frustrada, impotente y borracha, se plantó detrás de él y le dio un fuerte apretón en el culo.

—¿Qué haces? —soltó de mal humor, girándose hacia ella.

—Probando la mercancía. Tienes un culito muy apetecible. Me dan ganas de darte un mordisco. Aunque mejor no, porque, con lo duro que lo tienes, seguro que me partía un diente.

Mauro estuvo a punto de reírse por aquel comentario, pero reprimió la risa.

—No me toques sin mi permiso.

—Ah, ¿no? —cuestionó arrastrando las letras. Volvió a darle otro apretón en el trasero.

—No estoy aquí para que me manosee una niñata borracha —contestó, apartándole la mano.

—Ya no soy una niña. Soy una mujer. ¿Te has fijado bien en mis tetas? ¿A que son grandes y bonitas? Puedes tocarlas si quieres.

Mauro no quiso desviar la vista hacia los pechos de la chica que tenía delante porque su fuerza de voluntad corría el peligro de romperse.

A pesar de que le atraía, no quería entrar en su juego. No deseaba ponerle las cosas fáciles a esa jovencita acostumbrada a conseguir todo sin esfuerzo.

Además, cuando se quitó los triángulos del bikini, él la estaba mirando, así que había podido contemplar a la perfección lo que ocultaban aquellas prendas minúsculas. No deseaba ponerse a babear delante de ella y que le aumentase el ego a la niñata.

—Una mujer no se comporta de la manera en que lo haces tú —le recriminó.

—Ya que sabes taaanto de mujeres, dime, ¿cuál es la manera correcta según tú?

Él inspiró hondo antes de responder:

—Con educación y elegancia. No borracha y mostrando más carne de la que debe como si estuviera en una feria de ganado y alguien tuviera que comprarla.

—Entonces, ¿te gustan mis tetas o no? —repitió la pregunta sin importarle lo que él acababa de decir.

Mauro hizo otra vez el esfuerzo de no mirar el pecho desnudo. Clavó sus ojos en los de ella y soltó el aire que retenía en sus pulmones.

—No estoy aquí para soportar tus insinuaciones. Si no vas a pedirme una bebida, lárgate.

—¡Huy! ¡Qué mal genio tienes! Seguro que follas poco con ese carácter que gastas. Es una pena, porque estás muy bueno.

El camarero miró al cielo pidiendo paciencia, rezando por no sucumbir a la tentación que tenía delante.

Sin decir nada más, rodeo el cuerpo de Nerea y se dirigió hacia las demás personas del barco para preguntarles si deseaban tomar algo.

Pero ella no estaba dispuesta a dejarlo escapar. Lo agarró de un brazo para impedir que huyera. Mauro se detuvo al sentir el contacto. Notaba los dedos de la chica en torno a su brazo como si le estuviera quemando con un hierro candente. Seguro que, cuando los retirase, le quedaría la marca como si fuera un tatuaje.

—Si no haces lo que te pido, hablaré con el dueño de la empresa de cáterin para que te despida —lo amenazó en voz baja, poniéndose de puntillas para llegar a su oreja.

Él se volvió poco a poco hacia Nerea.

—No te atreverás.

—Ponme a prueba —lo retó.

Mauro movió la cabeza mientras una sonrisa se extendía por sus labios.

—¿Quieres que te dé su número? —le preguntó.

—Lo que quiero es que te acuestes conmigo.

El joven no estaba dispuesto a ceder, así que sacó una tarjeta del bolsillo de su pantalón y se la tendió.

En la cartulina se leía el nombre de la empresa Kterin Mar Blau, junto con el logo, dirección, número de teléfono y correo electrónico.

—Llama a mi jefe, venga. Cuéntale lo mal camarero que soy y también lo que me has propuesto. A ver qué te dice.

Nerea dudó al cogerla. Solo quería pasar un buen rato con él, no que se quedara sin trabajo. Lo que le había dicho sobre que hablaría con el dueño del cáterin para que lo despidiese había sido un farol.

—¿Qué pasa? ¿Te estás echando atrás? —insistió Mauro con prepotencia.

Aquel tono de voz encendió la mecha que hizo saltar por los aires los pensamientos coherentes de Nerea, si es que a esas alturas y con la borrachera que llevaba le quedaba alguno.

—Muy bien. —Le quitó la tarjeta—. Te vas a enterar, gilipollas.

Caminó haciendo eses hacia donde había dejado su bolsa con el móvil y demás pertenencias. Tras rebuscar un rato y soltar varias palabras malsonantes porque no lo encontraba, lo localizó. Sacó el teléfono y lo levantó como si fuera un premio que había ganado. Luego, lo puso a la altura de su cara para ver bien la pantalla. Tenía la vista borrosa, por lo que tuvo que enfocarla mejor para pulsar los números.

A los pocos segundos, escuchó una musiquita cerca de ella. Observó cómo Mauro sacaba un móvil de su bolsillo y contestaba la llamada.

—¿Sorprendida, Nerea? —preguntó sin dejar de mirarla, sonriendo como el gato que se ha comido al canario.

Ella estaba alucinada. ¡Le había tomado el pelo! Había caído como una tonta en su trampa. Sin duda, el alcohol estaba mermando sus reflejos.

Al ver la sonrisa arrogante de su cara, le dieron ganas de borrarla de un tortazo.

Sin embargo, lo pensó mejor. Ya que lo tenía al teléfono, jugaría con él.

—Pues sí. Lo reconozco: has ganado esta batalla, pero no la guerra. Por cierto, gracias por darme tu teléfono, así podré llamarte siempre que me dé la gana.

Dicho eso, cortó la comunicación mientras no dejaba de mirar a Mauro y sonreírle con cara angelical.

Ariadna y Leo permanecían en la gran cama del yate, abrazados y satisfechos.

—¿Cuándo haremos el amor? —quiso saber ella, tras recuperarse del orgasmo.

—No tengas prisa.

—Ya tengo dieciocho.

—¿Y? ¿No puedes esperar unos días más? —cuestionó él.

Ari se colocó encima del cuerpo de Leo.

—Estoy ansiosa por hacer el amor con mi delincuente favorito.

—¡Deja de llamarme así, por favor! —se rio Leo. Al hacerlo, Ari se movió al compás de su pecho, subiendo y bajando sobre él—. Si llego a saber que ibas a ponerme ese mote, no te lo habría contado.

—Venga, no te molestes. Tienes un pasado de película y estoy muy contenta de que me lo hayas contado.

—No me siento orgulloso de los delitos que he cometido.

—A pesar de que te arrepientas de lo que hiciste, sigo pensando que tienes un pasado alucinante. Deberían hacer una película o serie sobre tu vida. ¿Sabes? El padre de Nerea es productor y director de cine y televisión. Podría hablar con él para que...

—¿Estás loca? —la cortó—. No quiero que le cuentes a nadie mi pasado.

Ariadna vio miedo y vergüenza en los ojos de su chico.

—Tranquilo. No te enfades. Si no estás de acuerdo, no hablaré con nadie. Me llevaré tu secreto a la tumba.

Leo la miró con desconfianza.

—Prométemelo.

—Lo prometo.

—Ari, mi pasado es algo muy serio. Grave. Si tus padres prohibirían nuestra relación porque soy un simple jardinero, imagínate si descubren que estuve cinco años en un centro correccional de menores por varios alunizajes. Se encargarían de separarnos para siempre.

—Nos escaparíamos juntos —comentó ella con resolución.

—Y, entonces, me denunciarían por secuestro.

—¡Ay! ¡Qué pesadito estás con el tema de las denuncias! ¡Tienes para todo! Si nos acostamos, lo harían por abuso sexual o violación; si nos escapamos juntos, por secuestro... ¡Qué mente más peliculera tienes!

—Ari, sabes que tengo razón.

—Vaaale —suspiró ella.

Bajó hasta su boca para darle un beso.

—¿Subimos arriba? He dejado a mis invitados solos y eso no está bien. No estoy siendo una buena anfitriona.

—De acuerdo.

Cuando Ari y Leo llegaron a cubierta, vieron cómo Nerea acosaba al camarero. Leo contempló la escena alucinado, pero Ari estaba acostumbrada a ese tipo de actos por parte de su amiga.

Observaron cómo el joven le daba una tarjeta a Nerea y ella caminaba hasta coger su móvil. Llamó a alguien, que resultó ser el camarero.

No entendían qué pasaba, pero en sus miradas captaron una especie de tensión sexual no resuelta.

—Como le mires las tetas a Nerea, te saco los ojos —le advirtió Ari a su novio.

—No estoy mirándole las tetas —se ofendió él.

Ariadna se interpuso entre Leo y la escena que se desarrollaba frente a ellos.

El resto de los invitados también los contemplaban, esperando ver qué sucedía a continuación.

Nerea guardó el teléfono en su bolsa y caminó hacia el joven.

—Así que ¿eres tu propio jefe? —le preguntó, cuando estuvo cerca de él.

—Sí. La empresa de catering es mía.

—Vaya. Si eres el dueño, ¿por qué estás trabajando tú? ¿No tienes empleados?

—Tengo treinta empleados, pero están trabajando en otras fiestas. La persona que debía estar aquí para servirlos se ha puesto enferma, así que he decidido sustituirla yo.

—Por suerte para mí. —Le dedicó una inmensa sonrisa que hizo que el corazón de Mauro latiera como si fuera un caballo de carreras en plena competición.

—Si dejas de molestarme, podré continuar atendiendo a tus amigos —dijo, intentando

disimular lo que aquella niñata rica le hacía sentir.

—¿Por qué no me atiendes solo a mí? —insistió Nerea.

—Porque no me han contratado para eso. No puedo dedicarme a ti en exclusiva.

Rodeó el cuerpo de la chica, pero ella lo agarró del brazo para que no se le escapase.

Tiró de él con tanta fuerza que Mauro, al girarse, chocó contra su pecho desnudo. Nerea rebotó hacia atrás y cayó directa al agua.

El camarero se quitó la camisa y las zapatillas en segundos, y se tiró para salvarla.

Mauro la sacó del mar y la subió al yate ayudado por los invitados a la fiesta.

Tumbó a Nerea en el suelo y se dispuso a practicarle la reanimación cardiopulmonar. Sin embargo, al acercarse a su boca comprobó que respiraba, a pesar de tener los ojos cerrados.

—No finjas. Sé qué estás bien —musitó a escasos centímetros de sus labios.

Ella no respondió. Pero Mauro se dio cuenta de que un pequeño estremecimiento había sacudido su cuerpo cuando su aliento rozó los labios femeninos.

—Abre los ojos. Tus amigos están muy asustados. No les hagas sufrir más.

Nerea continuó con su teatro.

Las gotas de agua de la cara del joven y las de su pelo caían sobre el rostro de ella sin que se inmutara.

—No voy a besarte si es lo que pretendes.

Como ella seguía sin obedecerlo, Mauro le pinzó la nariz con el pulgar y el índice hasta que ella abrió los ojos. Le dio un manotazo para apartar los dedos que no le permitían respirar.

—¿Es que quieres ahogarme? —chilló, indignada, apoyándose sobre los codos— ¿Qué forma de reanimarme es esta?

—Pues una muy efectiva, por lo que hemos podido comprobar —comentó él con mofa. Movié una mano hacia sus amigos para que Nerea se diese cuenta de que todos habían visto que estaba actuando—. Además, se te ha pasado la borrachera que llevabas. Deberías darme las gracias en vez de gritarme como una loca.

Mauro se levantó del suelo y se alejó.

Nerea se quedó allí, con los codos apoyados sobre la madera del suelo, abochornada, pero también hechizada por el escultural cuerpo del camarero. Las gotas de agua resbalaban por su espalda como si fueran ríos y el pantalón mojado se le ajustaba al trasero y a las piernas marcando toda su musculatura.

Cuando Mauro se había alzado, Nerea había visto unos cuantos tatuajes. En uno de los bíceps llevaba números romanos; en el otro, una palabra escrita con letra cursiva, que no le dio tiempo de leer. En el pectoral izquierdo llevaba tatuada una pequeña golondrina con las alas extendidas como si estuviera en pleno vuelo.

Valeria intentó que se levantase mientras le preguntaba qué tal estaba.

Ella rechazó la mano que le tendía su amiga. No dejaba de mirar la parte del barco en la que estaba Mauro, intentando memorizar cada músculo de su ancha espalda.

Ari se agachó para hablar con Nerea.

—¿Qué estás haciendo, tía? ¿Es que siempre tienes que liar alguna? ¡Joder! Es mi fiesta de cumpleaños. ¿Ni siquiera puedes comportarte en un día especial para mí? ¿Esta es la sorpresa que me tenías preparada? —la reprendió.

Nerea giró la cara hacia ella y enfrentó su mirada molesta.

—No, esta no es la sorpresa que he preparado. Es que él —señaló a Mauro— se me estaba

resistiendo y yo...

—¿Todo esto por un tío? ¡No me lo puedo creer! Deberías hacértelo mirar porque lo tuyo no es normal. ¿No te das cuenta de que no puedes tener a cada tío con el que te encaprichas?

Ari se alzó del suelo y fue a buscar una toalla.

Cuando regresó con ella, Nerea ya se había levantado.

—¡Tápate! Eres patética. —Tiró la toalla contra el pecho desnudo de su amiga.

Se dio la vuelta y anduvo hasta que llegó al capitán del barco.

—Quiero regresar, por favor.

El hombre asintió.

Ari se acercó hasta Mauro.

—Perdona a mi amiga. Es que no controla cuando bebe —se disculpó con él, mientras Mauro pasaba una toalla por su torso para secarse.

—No te preocupes. Son gajes del oficio —respondió él, tranquilo.

—Si tengo que pagar un extra por lo que ha pasado...

Mauro negó con la cabeza.

—No hace falta pagar ningún extra. Quédate tranquila, de verdad. Con tus sinceras disculpas me vale. Aunque quien debería disculparse es tu amiga, no tú.

—Le diré que venga para pedirte perdón.

—No le digas nada. Déjalo estar.

—¿Seguro? Puedo obligarla a...

—No quiero que la obligues a nada. Debería ser iniciativa de ella, no hacerlo porque tú la coacciones. Pero si ella no viene por voluntad propia —se encogió de hombros—, ¡qué le vamos a hacer!

—Lo siento mucho, de verdad —repitió Ari.

—Tranquila. Vuelve con tus amigos y tu novio.



CAPÍTULO 15

—Ari, perdóname —le suplicaba Nerea, mientras caminaban por la dársena del puerto. Era la tercera vez que se lo pedía desde que habían bajado del barco.

—Que sí, pesada, que te perdono. Pero debes prometerme que, a partir de ahora, te comportarás de una forma adecuada. Sobre todo mañana, cuando vengas a mi casa para la fiesta que han organizado mis padres. Estará la prensa. No creo que a tus padres ni al resto de los invitados les guste que montes un espectáculo.

—Te juro que me portaré bien.

—Vale.

Nerea la abrazó.

—Gracias, gracias, gracias.

—Suéltame, que no puedo andar bien contigo agarrada de mi cuello.

Su amiga deshizo el abrazo y caminó junto a ella. Al otro lado iban Valeria y Leo. El resto de los invitados andaban delante.

—Aunque, en realidad, con quien deberías disculparte es con el camarero —le aconsejó Ariadna.

—Me da vergüenza —reconoció Nerea.

Ari se paró de sopetón. Valeria y Leo se detuvieron para esperarlas.

—¿Perdona? ¿He oído bien? —La miró como si le hubiera salido un tercer ojo en la frente—. ¿Has dicho que te da vergüenza?

—Pues sí —admitió su amiga, sintiendo cómo el rubor cubría sus mejillas.

—No me lo puedo creer. ¿Vergüenza? ¿Tú? Si no sabes qué es eso.

—Ya ves. Siempre hay una primera vez.

—La verdad es que te has pasado mucho.

Nerea suspiró.

—He hecho el ridículo. Pero es que me pone mogollón. Sabes que ningún tío se me resiste y él lo ha hecho, así que no me ha quedado más remedio.

—Como acababas de decir: siempre hay una primera vez —le palmeó el hombro mientras se reía.

Llegaron al *parking* del club náutico. Los compañeros de clase de las tres amigas y la prima de

Ariadna se despidieron de todos antes de dirigirse hacia sus coches, donde los esperaban sus chóferes.

A Valeria y a Nerea también las esperaban los suyos. Valeria se despidió hasta el día siguiente. Su familia y ella estaban invitados a la celebración en casa de los Van der Vaart, igual que Nerea y sus padres.

—Espera un momento, Ari. Al final, no te he dado tu sorpresa —dijo Nerea.

Metió la mano en la bolsa que llevaba colgada del hombro y, tras rebuscar unos minutos, sacó un *pendrive*.

—Toma. —Le tendió el USB—. Espero que te guste.

Nerea abrazó a Ariadna con cariño y le dio un beso en la mejilla.

—Eres la mejor amiga del mundo y te quiero mogollón. Mi vida no sería igual si tú no estuvieras en ella —susurró en el oído de Ari.

—Lo sé. Yo también te quiero mucho.

Cuando se separaron, Ari vio que la emoción empañaba los ojos de su amiga.

—No llores o me harás llorar a mí.

—No te preocupes. Soy más dura de lo que piensas. Bueno, hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidieron de ella Ari y Leo al mismo tiempo.

—¿Quieres que cenemos en el club náutico? —le preguntó Ariadna a su chico cuando se quedaron solos en el *parking*.

—¿Te hace mucha ilusión? —quiso saber él, reticente.

—A ver, mucha, lo que se dice mucha, no especialmente. Pero es que es ya la hora de cenar. Por eso te lo preguntaba.

—La verdad es que preferiría irme a casa. Estoy cansado.

—Vale, no pasa nada. Nos iremos a casa.

Se subieron al coche de Leo y se pusieron los cinturones de seguridad antes de encender el motor.

—¿Quieres que cenemos en la cocina de mi casa o lo hacemos en la tuya?

—Si no están tus padres en casa, prefiero cenar en la casa grande. Estoy demasiado cansado para cocinar.

—Bien. Avisaré a Eva para que nos prepare algo.

—Pero no le pidas una cena demasiado elaborada. No quiero hacerla trabajar tanto —le sugirió Leo.

Salieron del aparcamiento y se dirigieron hacia casa.

Al llegar, Eva ya les tenía preparada la cena. Cuando habló con Ari, le informó de que sus padres cenarían fuera de casa.

A la joven no le importó. No le dio rabia ni se enfadó como otras veces.

Solo quería estar con su novio y ver lo que había en el *pendrive* que Nerea le había entregado.

Después de una cena ligera, pasaron al salón.

Ariadna encendió la televisión y conectó el USB al puerto que tenía en un lateral.

Cogió el mando y seleccionó para ver el contenido. Se sentó junto a Leo en el cómodo sofá.

Él quiso pasar un brazo por encima de sus hombros y apretarla contra su pecho, pero le dio miedo que sus padres llegasen en cualquier momento y los sorprendiesen en aquella situación.

Sin embargo, a ella no le importaba si eso ocurría, así que se abrazó a él y reposó la cabeza en su torso.

En el *pendrive* había un vídeo. Ari pulsó en el mando a distancia el botón de reproducir y el vídeo comenzó.

Nerea había hecho una especie de película con fotos de su amiga y ella juntas desde que se conocieron en el colegio hasta hacía pocas semanas. A las instantáneas acompañaban varias canciones, las favoritas de Ariadna. En algunas fotos, además de ellas, aparecían también Valeria y otras amigas.

En cada una de las fotografías, Ari le comentaba a Leo cuándo se había tomado y por qué motivo. Con algunas historias de las que le contó su novia, se rio mucho. Otras eran más emotivas. Disfrutó como un niño abriendo regalos al ver a su chica desde su más tierna infancia hasta la actualidad.

—Tengo que llamar a Nerea para darle las gracias —dijo Ari cuando el vídeo terminó.

Cogió el móvil y pulsó en la pantalla el número de su amiga.

Tras agradecerle y contarle lo mucho que le había gustado, se despidió de ella hasta el día siguiente.

—Creo que debería irme a casa. Ya es tarde —indicó Leo, mirando su reloj.

—¿Quieres que vaya contigo y nos metemos mano? —propuso Ari con voz melosa.

Él sonrió.

—Estoy tan cansado que no sería una buena compañía esta noche.

Ella frunció los labios.

—¿Me estás rechazando?

—Eh... ¿Sí? —contestó él, llevándose una mano a la nuca al tiempo que la miraba inocente.

Ari abrió la boca, pero, antes de que pudiera decir nada, Leo atrapó sus labios con un beso que la dejó sin aliento.

—Hasta mañana —se despidió de ella.

—¿Estás seguro de que no quieres que pase contigo esta noche?

—Seguro al cien por cien. Necesito descansar. Además, por una noche que no estemos juntos, no te vas a morir.

—Igual sí. O me entra una depresión tan grande como...

Él volvió a atrapar su boca, impidiéndole continuar.

—Hasta mañana —le dijo al separarse de sus labios. Le dio un cachete en el culo y rodeó su cuerpo para salir al jardín.

—Sueña conmigo —se despidió Ari.

Una hora después, Leo miró hacia la ventana de Ariadna. Aún había luz en su habitación.

La llamó al móvil.

—¿Por qué estás despierta todavía? ¿Te cuesta dormir?

—Sí. Tú tienes la culpa. No dejo de pensar en ti y en el placer que me has dado en el yate.

Él sonrió.

—Vaya, no sabía que fuera tan bueno en la cama.

—Puedo confirmar que, en lo que se refiere al sexo oral, has ganado la medalla de oro —ronroneó ella.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—¿Quieres saber una cosa? —preguntó Leo.

—Vale. Cuéntame.

—Yo también estaba pensando en ti y recordando los momentos en la cama del barco. Todavía tengo el sabor de tu sexo en los labios.

—Eso es porque no te has lavado los dientes. ¡Guarro! —soltó riéndose.

—Sí me los he lavado. ¿Quieres saber qué he hecho después?

—Me muero por saberlo.

—Me he duchado y, mientras estaba en la ducha, me he masturbado pensando en ti.

—¿Y por qué no me has llamado para que te echase una mano? —contestó, levantándose de la cama.

—Todavía estoy desnudo. ¿Te apetece tener sexo telefónico?

Ella lo pensó durante algunos segundos. En el tiempo que tardó en contestar, salió de su habitación.

—Se me ocurre otra cosa mejor.

—¿Mejor que el sexo telefónico? —dudó él—. Es una experiencia que no he vivido y seguro que tú tampoco.

Ari bajó las escaleras y recorrió el pasillo.

—¿Y no podemos dejarlo para otro momento? —susurró.

La casa estaba en silencio y cualquier conversación podría oírse.

Anduvo con cuidado para no delatar su presencia en esa parte de la mansión hasta llegar al jardín.

—No —respondió Leo—. Casi siempre hacemos lo que tú quieres. Déjame por una vez hacer lo que quiero yo.

—¿Cómo que por una vez? ¿Tengo que recordarte que hoy en el yate he aceptado tu proposición de tener sexo oral?

—Pero has disfrutado. ¿A qué sí?

—La verdad es que ha estado bien.

—¿Solo bien?

—¿Qué pasa? ¿Necesitas subir tu ego? —cuestionó Ari.

Llegó hasta la piscina y se dirigió al bosque de pinos. Desde allí podía ver que la casa de Leo todavía estaba iluminada.

—Puede...

—Vale. Ha estado genial. ¿Ya estás contento?

—Sí, gracias. ¿Todavía estás vestida?

—Tengo puesto el pijama.

—¿El de seda rosa que se te ajusta al pecho y te marca los pezones?

—Sí, ese.

—Me encanta ese pijama —confesó Leo.

Ari llegó a la puerta y tocó con los nudillos.

Él la abrió.

—¿No estabas desnudo? —indagó, al verlo con el pantalón corto que usaba para dormir.

—¿No estabas en tu habitación? —cuestionó él.

Los dos cortaron la llamada al mismo tiempo.

—No he podido resistirme a venir y verte desnudo —confesó Ari.

El joven cerró la puerta. Cogió el móvil de su chica y, junto con el suyo, lo dejó en la barra que separaba la cocina del salón.

Después, acorraló a Ariadna contra la puerta, poniendo cada una de sus manos a ambos lados de su cabeza.

—Sabía que acudirías a mi llamada sin pensarlo dos veces —susurró encima de sus labios.

El aliento de Leo le hizo cosquillas a Ari. Sintió que se derretía contra la madera como un helado expuesto al sol del verano.

Ella se alzó sobre las puntas de sus pies para besarlo mientras lo agarraba por la cintura.

—Pareces muy seguro.

—Lo estoy —respondió con un movimiento afirmativo que hizo que su nariz rozase la de Ari.

—¿Y si te hubieses equivocado? ¿Y si no hubiese venido? —lo interrogó, atrayéndolo más hacia ella, como si quisiera que los dos traspasasen la puerta.

—Te habrías perdido la sorpresa.

—¿Qué sorpresa? —quiso saber, abriendo todavía más los ojos.

Leo, en lugar de contestarle de inmediato, se apoderó de su boca con un apasionado beso.

Cuando terminó de besarla, la colocó delante de él y le tapó los ojos con una mano.

—Camina conmigo —murmuró en su oreja.

Ella se estremeció de expectación y ansiedad. ¿Qué le tendría preparado su novio?

Leo la guio por la pequeña vivienda hasta que llegaron al dormitorio.

En la puerta, le quitó la mano de los ojos.

Ari contempló boquiabierto cómo había decorado la habitación esa noche.

Había velas encendidas en cada rincón y, sobre la cama de sábanas blancas, pétalos de flores formando un corazón.

—¿Esto es para mí? —preguntó, emocionada.

—Me dijiste que querías que tu primera vez fuera especial y mágica. Creo que esto ayuda bastante a crear ese entorno que deseas.

La abrazó por la espalda y le dio un beso en el pelo.

—¿Te gusta?

—Me encanta. Entonces, ¿vamos a hacerlo ya?

—Si tú quieres, si estás preparada...

—Estoy preparada y quiero desde que entraste por la puerta de mi casa hace varias semanas.

—¿Eso es un sí?

—Pues claro que es un sí, tonto.

Se dio la vuelta para besarlo y confirmar su respuesta.

Él la agarró de una mano y la llevó hasta la cama. Mientras Ari recorría la distancia que separaba la puerta del dormitorio del colchón, pensó que iba a desmayarse. El pulso le latía en las sienes, descontrolado, y cada tres segundos se olvidaba de respirar.

Se detuvieron al lado de la cama. Leo la desnudó besando cada centímetro de su piel que quedaba al descubierto, haciendo que la temperatura corporal de ella aumentase.

Ari sentía los labios masculinos recorriendo su piel como si fueran miles de hormigas. Era una sensación tan estimulante que la hizo temblar como una florecilla agitada por el viento.

Estaba tan nerviosa que empezó a reírse mientras Leo seguía besándola por todas partes. Cuando llegó a su pubis, la risa se transformó en suspiros.

Leo la agarró de la cintura e hizo que se tumbase en la cama, sobre el corazón de pétalos. Se quitó el pantalón con rapidez y se colocó a su lado. La contempló con los ojos encendidos de pasión, ansioso y excitado.

Ella se mordió los labios al ver cómo la miraba. Necesitaba que siguiera tocándola, besándola... Necesitaba que le hiciera el amor ya. No podía esperar más.

—Leo, no te detengas. Quiero sentirte dentro de mí ahora.

—Tranquila —musitó él—. ¿Nunca has oído eso de que lo bueno se hace esperar?

—Como me hagas esperar más, juro que te mato.

Él soltó una carcajada.

—Está bien, pequeña impaciente. Voy a ponerme un condón.

Alargó la mano y abrió un cajón de la mesilla. Sacó una caja de preservativos, la abrió y la volcó sobre la superficie de madera. Del interior cayeron varios condones. Agarró uno y, tras romper el envoltorio, se lo colocó en su dura erección.

Cambió su posición para situarse entre las piernas de Ari. Se inclinó sobre su boca y la atrapó con un dulce beso.

—Si te hago daño, dímelo y pararé.

Ella asintió con la cabeza.

Leo llevó la punta de su miembro hasta la entrada al cuerpo de Ari y, poco a poco, la penetró. En el tiempo que tardó en colmarla estuvo pendiente de cada una de sus reacciones y gestos.

Ariadna abrió mucho los ojos cuando se sintió llena y exhaló un gemido.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Si. Estoy... No sé cómo describir esta sensación.

—Pero ¿te gusta? ¿Te duele?

—He oído decir que a algunas chicas les duele su primera vez, pero yo estoy en el cielo.

—Entonces, me moveré. Si en algún momento te hago daño, dímelo, por favor.

Leo bajó su boca buscando los labios de Ari y los atrapó en un beso lento al tiempo que se deslizaba fuera de ella. Cuando estuvo en el borde de su hendidura, la penetró otra vez despacio. Poco a poco, al ver que ella no sentía molestias en su sexo, aumentó el ritmo.

La energía sexual que había controlado con tanto cuidado se desbordó y la euforia se apoderó de él. Con el pulso acelerado, siguió entrando y saliendo de su cuerpo, cada vez más rápido.

Ari lo agarró del culo para acompañar cada una de sus embestidas. Movía la cabeza de un lado al otro mientras notaba que algo dentro de ella se arremolinaba, a punto de explotar.

En ese momento, Leo metió su mano entre los dos cuerpos desnudos y sudorosos. Llegó hasta el clítoris y presionó en él varias veces hasta que consiguió que su novia llegara al orgasmo gritando de placer.

Poco después, él la acompañó en su éxtasis. Echó la cabeza hacia atrás y soltó un gruñido muy masculino. Luego, cayó sobre ella jadeando. Para no aplastarla con su peso, le pasó la mano por la espalda y la hizo rodar sobre la cama sin separar sus cuerpos.

En la habitación se respiraba el aroma del sexo que acababan de tener. Permanecieron unos minutos así, abrazados.

—Cada minuto contigo es un sueño —susurró en la oreja femenina.

—Me encanta que me digas cosas bonitas.

Él la besó en la nuca.

—¿Estás bien? ¿Te ha gustado? ¿Era como esperabas?

Ella giró la cabeza para contestarle:

—Si te digo que quiero repetir, ¿contestaría eso a tus preguntas?

Leo amplió su sonrisa.

—Sí. Pero tenemos que descansar un rato. Por lo menos, yo. Tengo que recuperarme.

Se movió para salir de su cuerpo. Se quitó el preservativo, le hizo un nudo para que no saliera el semen y se levantó para ir a tirarlo a la basura.

Cuando regresó con ella, la puso encima de su cuerpo y la rodeó con sus brazos.

—¿Qué te ha parecido tu primera vez? ¿Ha sido como deseabas?

—Ha sido mejor. Gracias por decorar la habitación de esta forma tan especial y romántica —

respondió, mientras se quitaba un pétalo que tenía pegado en el dorso de la mano.

Leo la apretó más contra su pecho. Le dio un tierno beso en la punta de la nariz y después la besó en los labios con delicadeza.

—Te quiero, Ari —confesó, clavando sus ojos oscuros en los azules de ella.

—Te quiero, Leo.

Se besaron durante algunos minutos más. Luego, ella apoyó la cabeza en su torso y, mientras escuchaba los latidos del corazón de su novio, se quedó dormida.



CAPÍTULO 16

Cuando se despertaron, amanecía.

—Deberías volver a tu habitación antes de que se levanten todos en la casa —le recomendó Leo.

—¿No podemos hacerlo otra vez? No quiero separarme de ti tan pronto.

Él sonrió con picardía.

—Ahora no. Quizá esta noche, si tus padres no me matan antes o me denuncian. ¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Sí, al cien por cien. Lo nuestro es tan bonito que no quiero esconderlo más tiempo. Deseo que todos sepan que estamos enamorados y que somos felices juntos.

Lo besó antes de alzarse de la cama y ponerse el pijama de seda rosa.

Leo se quedó en el colchón, apoyado en un codo, sujetándose la barbilla con la mano. No podía dejar de mirarla. Ariadna había entrado en su vida como un tsunami, arrasando todo a su paso. Estaba total e irrevocablemente enamorado de ella.

—¿Qué te vas a poner para la fiesta? —indagó la joven.

—No sé si con lo que tengo estaré al nivel que se requiere. Abre el armario y mira las dos perchas que hay en la parte izquierda.

Ella hizo lo que le pedía. Sacó las perchas para ver mejor las prendas que luciría su novio en la fiesta. En una había colgado un pantalón de color arena y en la otra, una camisa azul cielo.

—¡Vas a estar superguapo! —exclamó con un pequeño chillido de emoción—. No te voy a dejar solo ni un segundo, no sea que otra chica intente ligar contigo.

—¿Podrías conseguir que las revistas del corazón no investigaran mi pasado? No quiero que nadie más sepa lo que hice. No podría ir por la calle tranquilo.

—Lo intentaré, pero no te hagas ilusiones. En cuanto tu foto aparezca en la prensa comentando que eres mi novio, querrán saber hasta la talla de calzoncillos que usas. Más todavía con lo con bueno que estás.

—¡Qué horror! —protestó Leo, apesadumbrado.

—Haber nacido feo —replicó ella con una sonrisa.

Se acercó a él y se sentó en la cama, a su lado.

Lo agarró por la nuca y pegó su frente a la de ella.

—No te preocupes. Todo va a salir bien.

Acto seguido, le dio un cariñoso beso en los labios y se alzó para marcharse a su casa.

Ariadna entró a la casa y caminó por el pasillo intentando no hacer ruido hasta que llegó a la escalera.

Se giró para empezar a subirlas cuando oyó la fría voz de su padre.

—Lo tuyo con el jardinero tiene que acabarse ya.

El corazón se le paró y se olvidó de seguir respirando. ¿Cómo se había enterado? De todas formas, poco importaba ya. Tenía planeado presentar en sociedad a Leo ese mismo día.

—No consentiré que mi única hija tenga una relación con un simple trabajador de mi casa.

Se volvió para encararse con él.

—¿Cómo te atreves a decirme con quién puedo relacionarme o con quién no? Te recuerdo que eres un maldito infiel. Así que ni mamá ni tú tenéis derecho a opinar sobre mi novio.

—¿Novio? Si no le dejas, lo echaré a patadas como si fuera un perro sarnoso —la amenazó.

Hans subió hasta el escalón en el que ella estaba para presionarla con su altura. La miró como un científico a una ameba en un tubo de ensayo. También indignado y con la ira bailando en sus pupilas.

Ari puso los brazos en jarras, se alzó sobre las puntas de los pies y miró a su padre con dureza.

—Si lo echas, me iré con él.

—¿Y de qué vais a vivir? El amor no llena el estómago vacío ni paga las facturas.

—No me hables de amor. Tú no sabes lo que es —rebatía con acritud.

Se dio la vuelta y ascendió por las escaleras.

—Rompe hoy mismo con él o lo despediré.

Cuando llegó al final, se giró para preguntarle:

—¿Cómo te has enterado?

—Las cámaras te han grabado.

—Pensaba que solo grababan el exterior.

—Pues ya ves que no. También lo hacen en el interior de toda la finca, incluso en el pinar. Te he visto varias veces entrar y salir de la casita. También vuestros besos. Creo que he aguantado suficiente. Me has decepcionado, hija. Pensé que tendrías mejor gusto, que irías a por alguien de tu misma posición.

—Leo es mil veces mejor persona que tú y toda esa gente de elevado estatus social con la que te relacionas. Su amor por mí es sincero. Respeta mis decisiones y alimenta mis sueños. Le gusto tal y como soy.

Hans soltó una carcajada sarcástica.

—Baja de la nube, Ariadna. Ese chico te quiere por los cerros que hay en tu cuenta bancaria. Abre los ojos.

—¿Y la puta con la que estás liado tú? Seguro que también te quiere por lo mismo —contratac.

La joven apretó los puños con tanta rabia que los nudillos se le pusieron blancos.

—Eso ya lo sé, y no me importa. Me lo paso bien con ella y a cambio le hago regalitos. Pero tu aventura con el jardinero tiene que acabarse hoy mismo. No consentiré que te saque nada, ni un maldito euro.

Ari pensó en decirle que Leo no le había sacado nada, más bien le había metido algo, pero prefirió que él no lo supiera. Cuando su padre conociera el hecho de que ya no era virgen gracias

al chico, se cumplirían los malos augurios de su novio.

—Lo mío con Leo no es una aventura como la que tienes tú con esa mujer. Es amor verdadero. Y pienso continuar con él te pongas como te pongas.

Dicho eso, se volvió y empezó a recorrer la distancia que había hasta su habitación.

—Te doy veinticuatro horas para que rompas tu relación con él. Mañana lo quiero fuera de mi casa —volvió a amenazarla.

Ari lo oyó. Entró en su dormitorio sin contestarle y cerró dando un portazo.

Leo se duchó y se vistió con la ropa que llevaría a la fiesta mientras su estómago se retorció por los nervios. La situación le provocaba vértigo. Rezó para que todo saliese bien. Para que el matrimonio Van der Vaart lo aceptara, algo que dudaba mucho. También para que las revistas no indagasen en su pasado. No quería que nada de lo que había hecho salpicara a Ariadna.

Ari salió de la ducha. Después de secarse el cuerpo con una esponjosa toalla y enrollarse otra en la cabeza para que absorbiera la humedad de su pelo, extendió crema hidratante por toda su piel.

Minutos más tarde, estaba vestida y perfumada. Regresó al baño, anexo a su habitación, y comenzó a maquillarse. Su cabello rubio lo había desenredado y peinado previamente.

Cuando hubo terminado, se calzó unas sandalias de tacón y repasó su vestimenta en el espejo de cuerpo entero que tenía en una esquina del dormitorio. Como vio que estaba perfecta, le mandó un wasap a Leo preguntándole si ya estaba listo.

Él contestó que sí y ella lo citó en el punto muerto de la piscina. Debía contarle la conversación con su padre antes de que fuera más tarde.

Bajó las escaleras todo lo deprisa que le permitieron los tacones, intentando no caerse ni torcerse los tobillos.

Cuando se reunió con Leo, se refugió en sus brazos.

—Mi padre sabe lo nuestro y me ha ordenado que rompa contigo.

El joven la abrazó más fuerte.

—Sabíamos que esto pasaría tarde o temprano —murmuró sobre su cabeza.

Ella se distanció un poco, pero sin llegar a deshacer el abrazo.

—No voy a dejarte —confirmó, clavando los ojos en los de su novio—. Y, si estás pensando en romper conmigo para evitar problemas, no lo permitiré. Mi padre no se saldrá con la suya. Cuando compruebe que nuestro amor es verdadero y fuerte, nos dejará en paz.

—¿Y si no lo hace? —cuestionó Leo, preocupado.

—Nos fugaremos.

Él sonrió con amargura.

—Ari, esto no es una película.

—¿Tú me quieres?

—Nunca había sentido algo tan grande por ninguna persona. ¿Cómo puedes dudarlo? Ocupas todos mis pensamientos. Te llevo en el corazón y en el alma. Necesito tu risa para seguir respirando. Tus besos y tus caricias están marcados en mi piel como si fueran tatuajes. Ya no me imagino la vida sin ti. ¿Y todavía me preguntas si te quiero? Si esto no es amarte, dime entonces qué es.

Ella asintió con la cabeza, emocionada por aquella declaración de amor tan bonita.

—Entonces, lucha conmigo, a mi lado, para demostrarles a todos que nuestra relación va en serio. No podemos volver al pasado y reescribirlo de nuevo, pero sí podemos planear cómo será

nuestro futuro.

Leo, en lugar de contestarle, la besó.

—Por cierto, estás espectacular con ese vestido —la piropeó cuando terminaron de besarse.

Mientras se lo decía, repasó su cuerpo, cubierto por un vestido negro que se ajustaba a su figura como si fuera una segunda piel. Tenía una abertura frontal que iba del hombro izquierdo hasta la cadera derecha. Para sujetar la tela partida en dos llevaba un cordón dorado, como si fuera una herida y el hilo con el que la habían cosido hubiera quedado suelto. Por esta brecha se intuían la clavícula, el canalillo y el ombligo. El cordón acaba en la cadera con un gran lazo de color oro. La falda del vestido le llegaba por la mitad de los muslos. En los pies, unas sandalias de tiras doradas se ajustaban a sus delgados tobillos. Iba provocativa y sexi. Leo dudaba mucho de que a sus padres les pareciese correcto que su hija mostrara tanta carne.

Sin embargo, él estaba encantado. La belleza de Ari era eco de la perfección de Dios y sería un pecado no lucirla.

La chica le regaló una magnífica sonrisa, que hizo que el corazón de Leo se acelerase.

Los invitados a la fiesta fueron llegando poco a poco. Silvia y Hans estaban en la puerta para recibirlos, pero Ari no aparecía por ningún lado. Todos les preguntaron por la cumpleañera y ellos les dijeron que estaba en su habitación terminando de acicalarse.

Los periodistas habían llegado hacía bastante rato y tomaban fotos de todos los que saludaban al matrimonio Van der Vaart. También ellos se preguntaban dónde estaba la jovencita.

Habían contratado un servicio de cáterin con varios camareros para que atendieran a las personas que había en la celebración.

Se accedía a la fiesta por un gran arco de globos de muchos colores. En el jardín había varias mesas redondas con manteles blancos y centros de flores. Por cada mesa había ocho sillas, con fundas también blancas y un lazo de color lavanda que combinaba con las flores.

Había luces colgadas de un extremo al otro, que estaban encendidas a pesar de que aún era de día. Una suave música flotaba en el ambiente.

Los camareros deambulaban con bandejas de canapés y bebida, ofreciendo a las personas que asistían al evento.

Hans oteó a su alrededor y descubrió a su hija agarrada de la mano del jardinero mientras le iba presentando poco a poco a los invitados. Estuvo a punto de darle un infarto al contemplar a la pareja y, también, por el vestido indecente que Ari llevaba puesto.

—¿Cómo se atreve a aparecer aquí con él y, además, vestir de forma tan inadecuada? —masculló, apretando los dientes tan fuerte que Silvia temió que se partiera uno—. Ahora mismo voy a...

Ella lo retuvo, cogiéndolo del brazo.

—No conviene montar una escena —le recomendó en susurros—. Están la prensa, nuestra familia, los invitados... Es mejor que los dejes disfrutar de la celebración. Cuando todo acabe y no quede nadie en la casa nada más que nosotros y ellos, será el momento de hablar.

Hans pensó en las palabras que le había dicho su mujer. Decidió aceptar su consejo y tener una charla muy seria con la pareja cuando la fiesta terminase. Dejó que su hija disfrutase del poco tiempo que le quedaba al lado del jardinero. Porque de una cosa estaba seguro: ese chico se largaría de allí antes de que amaneciera.

Los periodistas y fotógrafos advirtieron la presencia de Ariadna con Leo y enseguida empezaron a tomarles fotos. Ella presentó a Leo como su novio. Les informó de que tenían una

relación seria y estable, y que estaban muy enamorados.

Los profesionales de prensa hicieron multitud de preguntas sobre cómo se habían conocido, cuánto tiempo llevaban de relación, cuál era la profesión del chico... Pero Ari respondió que no iba a hablar más del tema y que se conformasen con saber que Leo y ella eran felices juntos.

Se apuntó mentalmente hablar con el padre de Valeria, un prestigioso abogado que podría darles consejos legales sobre qué hacer si indagaban en la vida de Leo.

La pareja vio en un lado del jardín a sus amigas Nerea y Valeria, y se acercaron para estar con ellas.

—¡Tía! ¡Estás impresionante! —gritó Nerea cuando vio a la cumpleañera.

La abrazó tan fuerte que casi la deja sin aire. Le dio un beso en la mejilla y se separó de ella para echarle otra ojeada al vestido y repetir lo mismo que le había gritado.

Mientras, Leo saludaba a Valeria con dos besos en las mejillas también.

Cuando Ariadna se vio libre de los brazos de Nerea, aprovechó para saludar a Valeria.

—¡Qué buenorro estás! —chilló Nerea, y abrazó a Leo. El joven se sorprendió por aquel arranque de efusividad, pero la dejó hacer—. Cuando Ari se canse de ti, búscame, ¿de acuerdo?

—Ni lo sueñes —intervino Ari—. Olvídate de él, ¿entendido?

Miró a su amiga con mala cara, a pesar de que sabía que se trataba de una broma.

Leo no supo qué decir, así que sonrió con timidez. Valeria, a su lado, soltó una pequeña risa.

—Ya te acostumbrarás a Nerea —le comentó Valeria al chico.

—Supongo que será cuestión de tiempo —contestó.

—Valeria, ¿dónde está tu padre? Necesito hablar con él —preguntó Ariadna.

—Está allí. —Indicó la mesa del fondo—. Se está poniendo morado de canapés de langosta. ¿Los habéis probado? Están buenísimos.

—Todavía no, pero, cuando esté hablando con tu padre, aprovecharé para comer alguno, si es que quedan en su mesa.

—¿Para qué quieres hablar con él? —quiso saber Valeria.

—Ahora que soy mayor de edad, necesito saber algunas cosas sobre mis obligaciones y derechos; responsabilidades, etcétera —dijo, sin querer explicar el verdadero motivo.

Leo se lo agradeció en silencio con una mirada cariñosa.

—Es cierto, los canapés de langosta están superbuenos y el vino blanco está delicioso —intervino Nerea, que iba con retraso siguiendo la conversación de sus amigas.

—La empresa de cáterin es la misma que nos sirvió ayer en el yate —informó Ari—, pero no sé si estará Mauro, el gerente.

A Nerea se le cortó la respiración de golpe al escuchar el nombre del joven que la había mantenido despierta toda la noche. No había podido dormir porque su mente calenturienta no paraba de imaginar la de cosas sexuales que podría hacer con él si lo tuviera en una cama.

—Date una vuelta por ahí —le aconsejó Ari— y, si lo ves, aprovecha para disculparte con él por lo de ayer.

—Prefiero dejarlo para otro momento —se excusó.

—De eso nada. Que te acompañe Valeria si no te atreves a ir sola mientras Leo y yo hablamos con su padre.

—No es buena idea.

—En serio, ve. Pídele disculpas sin montar ninguna escena como la de ayer. No te pases con el vino, por si acaso. ¿Has tomado algo de droga? —preguntó en un susurro.

Leo miró a Ariadna sorprendido por la pregunta que le había hecho a su amiga. Lo dijo con un tono de voz como si le estuviera comentando el tiempo que hacía ese día.

—No —replicó Nerea de mala gana—. No me he metido nada, solo dos copas de vino blanco.

—Pues antes de que te afecten, búscalos y pídeles perdón. Es lo mínimo que puedes hacer después de la que liaste ayer.

Dicho eso, con Leo todavía agarrado de su mano, se giraron y anduvieron entre los invitados hasta llegar a la mesa donde estaba el padre de Valeria.

—¡Qué aproveche, señor De la Torre! —saludó Ariadna, alargando una mano para estrechársela al hombre.

El señor respondió al saludo con un movimiento de cabeza. No lo hizo con palabras porque tenía la boca llena. La pareja comprobó que había dado buena cuenta de los canapés porque ya no quedaba ninguno.

—Quiero presentarle a mi novio, Leo Rubio.

Los dos se estrecharon la mano.

—¿Le importa que nos sentemos? Es que queríamos preguntarle algo y, ahora que está solo, hemos pensado que sería un buen momento.

—Claro, tomad asiento, pareja —contestó el abogado, después de tragar lo que tenía en la boca.

Cuando estuvieron acomodados en las sillas, Ari comenzó a relatarle:

—Verá, señor De la Torre, mi novio y yo queremos escribir una novela que trata sobre un chico que ha estado internado en un centro de menores y, al acabar la condena, sale del centro y busca trabajo. El protagonista se arrepiente muchísimo de su pasado delictivo y, se promete a sí mismo que, ahora que tiene la oportunidad de hacer las cosas bien, las hará.

Leo miraba a su novia intentando que no se le notase lo asombrado que estaba por la mentira que estaba soltando y que, al parecer, el señor se la estaba tragando igual que había hecho con los canapés. ¿Ellos escritores? ¡Pues sí que tenía imaginación! Sin embargo, estaba actuando de una forma muy convincente para que el padre de Valeria la creyese.

Rezó por que lo hiciera y no descubriese que no se trataba de la trama de ninguna novela, sino de su pasado.

—Como usted es abogado queríamos preguntarle una duda que tenemos. Por ejemplo, cuando el prota vaya a solicitar empleo en alguna empresa, ¿podría su futuro jefe investigar su pasado? Es que, si descubre que ha estado en un centro de menores condenado por varios alunizajes, a lo mejor no le contrata —siguió mintiendo Ari.

Leo pensó que, a ese paso, iba a crecerle la nariz más que a Pinocho.

—A ver, pareja, en principio, los antecedentes penales de un menor desaparecen cuando adquiere la mayoría de edad —comenzó a explicarles el señor De la Torre—. Otra cosa son los antecedentes policiales, es decir, que si tú has sido detenido eso seguirá ahí, pero no especificará si eres culpable o inocente. También tenéis que contar con el derecho a la protección de datos. Además, no todo el mundo puede acceder a los antecedentes policiales. De hecho, ni a nosotros los abogados se nos dan...

Leo y Ari asentían a todo lo que el hombre les comunicaba con una gran sonrisa en la boca.

—Así que, al haberse borrado todos los antecedentes judiciales al cumplir la mayoría de edad, sería empezar de cero —acabó el señor.

—Pues muchas gracias por la información —le dijo Ari.

Los dos se alzaron de las sillas para marcharse de allí.

—¿Vais a contar cómo es la vida en un centro de menores? Si necesitáis información...

Ariadna le cortó.

—No es necesario. Leo tiene una amiga que trabaja como educadora social en uno. El otro día

estuvimos hablando con ella y nos dio toda la información que necesitamos para esa parte de la historia.

—Muy bien, chicos. Mucha suerte con la novela. Cuando esté publicada, decídmelo para comprarla.

—No se preocupe, señor De la Torre. Le regalaremos un ejemplar a Valeria y usted podrá leerlo.

—Gracias por todo —se despidió Leo del abogado, volviendo a estrecharle la mano con educación.

Mientras regresaban a la zona del jardín donde antes habían estado con Nerea y Valeria, comentaban en susurros la suerte que habían tenido. En caso de que la prensa investigase el pasado de Leo, no hallarían nada. ¡Era genial! Su pasado había sido borrado. Leo estaba a salvo.



CAPÍTULO 17

Nerea dudaba si buscar a Mauro o no mientras Valeria la animaba a hacerlo.

Su estómago se retorció por los nervios pensando en cuál sería la reacción del joven al verla, si es que estaba trabajando en la fiesta.

—Si quieres, echo un vistazo y te digo si está o no —se ofreció Valeria, al verla tan dubitativa.

Le sorprendió que Nerea tuviese tanta indecisión. Normalmente, su amiga estaba segura de todo, era valiente y decidida. No sentía pudor o vergüenza por nada. No le importaba lo que la gente opinase de ella.

—No te molestes. Lo busco yo. Quédate aquí. Enseguida vuelvo —dijo, afrontando la situación porque estaba deseando volver a verlo.

Se marchó de allí dejando sola a Valeria.

Deambuló por entre los invitados mirando a todas partes, intentando localizar a Mauro.

De repente, chocó contra la espalda de un camarero y le tiró la bandeja llena de copas vacías que llevaba.

—¡Huy! ¡Perdón! Iba distraída.

—No se preocupe, señorita. No pasa nada —contestó el chico, mientras se agachaba para recoger los trozos de cristal.

—¿Está Mauro trabajando aquí?

—¿Mauro Vila? ¿Mi jefe?

—Sí, ese —contestó. No sabía su apellido porque, cuando le dio la tarjeta en el yate, no ponía ningún nombre de persona, solo cómo se llamaba la empresa de cáterin, domicilio, teléfono y correo electrónico. Pero, si el chico decía que era su jefe, entonces, era él.

—Debe estar por la parte derecha del jardín. Cerca de la piscina.

Nerea se marchó de allí sin darle las gracias al chico por la información ni despedirse tampoco.

Caminó con un nudo en el estómago hacia donde le había indicado el camarero y, en cuanto vio a Mauro, se detuvo. Estaba de perfil hablando con la abuela de Ari, sentada en una silla. Al lado, encima de la mesa, había un plato pequeño con dos canapés y una copa de agua. Oyó cómo la mujer mayor le daba las gracias al joven por haberla atendido con tanta educación y amabilidad.

Contempló al objeto de su deseo. Iba todo de negro, marcando así la diferencia con sus empleados, que iban con camisa blanca y pantalón gris oscuro.

Nerea se relamió al ver lo bien que el pantalón se ajustaba a su trasero, marcándolo deliciosamente. La camisa también le quedaba apretada en los hombros y en los brazos. La llevaba por dentro del pantalón, que sujetaba con un cinturón también negro.

Él se giró para marcharse y la descubrió observándolo.

Arqueó una ceja y desvió la vista hacia otra parte.

Nerea inspiró hondo y se acercó a él, que se estaba apartando de la señora.

Apretó el paso al ver que él también lo hacía. Estaba segura de que intentaba alejarse de ella todo lo posible. Decidió que no le dejaría hacerlo.

—¡Mauro! —le llamó.

El joven hizo como que no la había oído y siguió con su paso acelerado.

—¡Mauro! —volvió a llamarle, esta vez más fuerte.

Algunos invitados la miraron, pero a ella no le importó. Se quitó los tacones y correteó por el césped para atraparlo.

Cuando lo alcanzó, lo agarró de un brazo e hizo que se detuviera poniéndose delante de él.

—No huyas. Tengo que hablar contigo.

—¿Otra vez vas a proponerme que nos acostemos? —murmuró apretando los dientes.

—¿Aceptarías si te lo pidiese? —Un destello de ilusión brilló en sus pupilas.

—Ya te dije que no tengo sexo con chicas tan jóvenes. —Miró la mano de Nerea, que aún seguía reteniéndolo por el brazo. Desvió los ojos hacia ella y le ordenó—: Suéltame ahora mismo. No estoy aquí para que me toquetees como ayer.

—¿Y si no quiero? —preguntó con chulería.

Mauro la miró de arriba abajo, aguantándose las ganas de echársela al hombro y salir corriendo con ella hacia la cama más cercana.

Nerea llevaba un vestido corto, de color negro, que se ataba en la nuca con un lazo. El escote en uve le llegaba hasta el ombligo. En una mano llevaba las sandalias de tacón. El pelo recogido en una coleta alta. En las orejas varios pendientes de aro, cada uno de distinto tamaño. No iba maquillada en exceso. Tampoco le hacía falta. Era guapa sin necesitar potingues.

Y olía tremendamente bien.

Tan bien que su miembro se endureció.

—Al menos, hoy vas vestida —comentó él.

—Sí. Por fuera. Porque por dentro... —Dejó la frase en el aire, se humedeció los labios y se alzó para susurrarle al oído—: No llevo bragas.

El aliento de Nerea hizo estremecer a Mauro. Todo su vello corporal se erizó, excitado, y la sangre corrió por sus venas como la pólvora. Al representar con la mente su sexo desnudo, su corazón latió desbocado y la erección le creció más todavía.

—Tienes más peligro que una bala perdida —respondió con la garganta seca por ese comentario—. ¿Tus padres te dejan llevar ese trapito?

—Soy mayor de edad. No tengo que dar explicaciones a mis padres ni a nadie.

—¡Huy! ¡Qué chica más mala! —se burló de ella, mientras intentaba calmar su acelerado corazón. Lo golpeaba con tanta fuerza en el pecho que estaba seguro de que Nerea lo oiría. Lo cual no le convenía en absoluto porque eso haría subir el ego de la niñata y que lo persiguiese con más ganas.

—No soy mala. Tampoco soy una santa. Solo quiero divertirme.

—Pues yo no soy tu juguete. Búscate a otro.

Como seguía reteniéndolo por el brazo, con su mano agarró la de ella y despegó los dedos de su camisa. Al instante dejó de sentir el calor de Nerea, que había traspasado hasta ese momento la fina tela.

Rodeó a la chica y se dirigió hacia una mesa que estaba al lado de la piscina.

Ella lo siguió. Se puso a su lado y comenzó a hablarle:

—No estoy jugando contigo, aunque debo reconocer que me gustaría hacerlo, sobre todo, si estuviéramos en una cama.

—¿No te cansas de acosar a la gente? ¿Cuántas veces tengo que decirte que no? —cuestionó, mientras recolocaba el centro de flores de aquella mesa y espantaba al mismo tiempo a una avispa que rondaba por allí. Necesitaba tener las manos ocupadas en algo o corría el peligro de perder la compostura y desnudar a Nerea.

—Dime que sí, tengamos una noche de sexo loco y dejaré de perseguirte.

Él dejó lo que estaba haciendo y la miró a los ojos.

—Si nos acostamos, querrás más —rebatió con una sonrisa canalla.

Aquel gesto humedeció la entrepierna de Nerea. Apretó los muslos para retener los fluidos que amenazaban con resbalar por sus piernas.

—Estás muy seguro de ti mismo —afirmó más que preguntó.

—Tanto como tú.

Ella se acercó hasta que sus pechos tocaron el torso masculino. Alzó la cara para clavar sus ojos de color aguamarina en los negros de él.

—Si te acuestas conmigo, el que querrá más serás tú. Te volveré loco —susurró con sensualidad para calentarle.

—Ya me estás volviendo loco y todavía no ha pasado nada entre nosotros —declaró con voz ronca.

Nerea se apretó más contra él.

—Pues eso tiene fácil solución. Acepta mi propuesta.

La chica se pasó la lengua por los labios para excitarlo más y conseguir que cayera a sus pies. Mauro siguió el recorrido de su lengua sin perder detalle y, cuando vio el brillo de humedad que había quedado en sus labios, gruñó impotente.

La deseaba demasiado. Esa jovencita estaba a punto de hacerle perder la capacidad de razonar con coherencia con sus truquitos de mujer fatal.

—Eres una chica mala, además de una bala perdida —replicó, dando un par de pasos hacia atrás para alejarse de su cuerpo. Teniendo un contacto tan estrecho con ella, reducía a cenizas todos sus pensamientos.

Nerea, en un impulso loco y para impedir que se marchara, lo agarró de la mano y tiró de él para atraerlo otra vez hacia ella. Un segundo después, se lanzó a la piscina todavía sujetándolo, por lo que cayeron los dos.

Mientras estaban sumergidos en el agua, la joven aprovechó para unir sus labios con los de Mauro.

Y, por fin, Mauro los aceptó. La cogió por la cintura y la pegó a la pared de la piscina. Agarró las piernas de Nerea y la obligó a abrirlas. Le pasó los dedos por la hendidura y ella reaccionó a la atrevida caricia metiéndole más la lengua en la boca. El joven la subió a sus caderas y sus sexos quedaron pegados. Restregó su dura erección contra el pubis de ella.

Tenían demasiado calor, como si el agua de la piscina estuviera ardiendo.

Pero tuvieron que poner fin al beso porque sus pulmones reclamaban oxígeno con impaciencia.

Cuando salieron a la superficie, los dos estaban jadeando.

Mauro nadó para apartarse de ella.

—No entiendo cómo, cada vez que te veo, acabamos los dos mojados —comentó el chico de mal humor.

Estaba cabreado consigo mismo por haber bajado la guardia y haber aceptado el beso de Nerea. También por la forma en que la había tocado, aunque en el momento en que lo hizo fue como tocar el sol. Aún sentía las yemas de los dedos quemando por el calor de su zona íntima.

Cuando había notado la boca femenina atrapando la suya, una descarga sexual lo recorrió entero y sus neuronas dejaron de funcionar.

—Preferiría mojarme contigo de otra forma —contestó ella—, pero si no me queda más opción... —Se encogió de hombros y puso una sonrisa dulce.

A pesar de su cara de niña buena, Mauro sabía que no lo era. Tenía que huir de ella lo antes posible o pondría su mundo patas arriba. La vida tan ordenada que llevaba se descontrolaría por completo. Y eso no podía permitirlo.

Se dio la vuelta y nadó hasta la otra esquina para salir por las escaleras.

Nerea se quedó metida en la piscina, observando cómo escapaba de ella. Sentía que había ganado esa batalla, pero aún tenía que ganar la guerra.

El beso que se habían dado había conseguido que lo deseara más todavía. Tal y como él predijo.

Cuando Mauro abandonó el agua, se giró para decirle una última cosa a Nerea.

—Espero que te disculpes por esto y también por lo de ayer.

Se quedó unos segundos allí, chorreando agua en el borde de la piscina, esperando a que Nerea le pidiera perdón.

La joven seguía sonriéndole. Pero ya no lo hacía de una forma dulce, sino descarada. Como era ella.

Como se dio cuenta de que Nerea no iba a disculparse con él, decidió no perder más el tiempo.

Se dirigió por un lateral del jardín, intentando pasar desapercibido, hacia el exterior de la finca mientras oía a la gente murmurando sobre la escenita que habían montado.

Nerea se quedó un rato más en el agua, rememorando el beso y la dureza de él restregándose contra su sexo, sin importarle que algunos de los invitados la mirasen con reprobación. Sabía que tenía fama de ser la oveja negra de la alta sociedad mallorquina, pero no le importaba. Sus padres la excusaban diciendo que era una adolescente como todas las demás y que cambiaría según fuera madurando.

¡Qué equivocados estaban! Nerea era impulsiva y rebelde, y no deseaba cambiar por nada del mundo. Estaba orgullosa de su personalidad arrolladora y su magnetismo sexual, que atraía a los chicos como si fuera un imán.

A todos, excepto a Mauro, que no dejaba de resistirse. Aunque, pensándolo bien, le había devuelto el beso, le había pasado los dedos por sus labios íntimos y había frotado su erección contra su pubis. Si continuaba insistiendo, lograría derribar sus barreras.

Con ese pensamiento en la mente salió del agua, como si fuera una sirena emergiendo del mar. Chorreando, caminó entre los invitados, que se apartaban a su paso para que no les mojase. Por suerte, sus padres no la vieron. Ya se encargó ella de caminar bien lejos de la zona donde estaban.

Valeria, Leo y Ariadna, que habían contemplado todo el espectáculo, la alcanzaron cuando estaba a punto de abandonar la finca.

—¡Joder, tía! ¿Por qué siempre tienes que liarla? ¿No puedes estarte quietecita ni una puta vez

y comportarte como Dios manda? —la riñó Ari, interponiéndose en su camino.

—No me regañes. He hecho lo que me pediste —respondió Nerea.

—¿Yo te pedí que te tirases a la piscina con ese chico? —cuestionó Ari, abriendo los ojos atónita.

—No me refiero a eso. Quiero decir que me pediste que me disculpara con él y a eso he ido. Pero las cosas no sé de qué manera se han complicado y hemos acabado los dos en el agua.

—¿Que no sabes de qué manera? —continuó protestando la cumpleañera.

Nerea se encogió de hombros y puso cara de angelito.

—Te has acercado a él para acosarlo, no para pedirle perdón. Si lo llego a saber, no te habría dejado ir.

Durante algunos segundos se batieron en un duelo de miradas. La azul de Ari contra la aguamarina de Nerea.

Valeria y Leo aguantaron estoicamente sin querer intervenir, no fuera a ser que les tocara algo a ellos.

—No pongas esa cara de niña buena e inocente que no ha hecho ninguna travesura en su vida. A mí no me la pegas. Te conozco demasiado bien —añadió Ariadna.

—Vale. —Nerea chasqueó la lengua y puso los ojos en blanco. Luego miró a su amiga—. Te prometo que ahora sí que voy a disculparme. Si me dejas continuar mi camino...

Como Ari desconfiaba de su palabra, contestó:

—Iremos contigo.

—Puedo pedirle perdón yo sola, no necesito ayuda.

—No vamos para ayudarte. Queremos comprobar que es cierto que te disculpas con él y, además, evitar que vuelvas a liarla parda.

—¿No te fías de mí? —preguntó Nerea, ofendida.

—Pues no. Ni un poquito.

—Ten amigas para esto —murmuró, antes de proseguir su camino.

Los cuatro anduvieron hasta salir al exterior de la finca. Aparcada junto a la acera de la calle había una furgoneta con el logotipo del cáterin. Las puertas traseras estaban abiertas y por debajo se veían unas piernas masculinas.

Se dirigieron hacia el vehículo, directamente a la parte de atrás.

Mauro se había puesto unos pantalones cortos y en ese momento se pasaba por la cabeza una camiseta negra. La ropa mojada estaba amontonada en el suelo de la furgoneta.

—La próxima vez que queráis contratar a mi empresa de cáterin, si está ella, no haré el trabajo —dijo nada más verlos. Señaló a Nerea al decir «ella» para que les quedase bien claro a quién se refería.

—Venimos a disculparnos por lo que ha pasado —habló Ariadna.

—Vosotros no tenéis que disculparos por nada. Es ella —volvió a indicar a Nerea— quien tiene que hacerlo.

—También estamos aquí para comprobar que nuestra amiga te pide perdón —intervino Valeria.

Mauro asintió y miró a la susodicha.

—Ni siquiera tus amigas se fían de ti. ¿Y bien? ¿A qué estás esperando?

Nerea meneó la cabeza.

—Lo siento —musitó, mirando al cielo.

—¿Qué? No te he oído.

—Que lo siento —dijo un poco más alto.

—Al menos, podías mirarme a la cara mientras te disculpas.
Ella clavó sus ojos en el rostro de Mauro.
—¿A esa cara de capullo que tienes?
—Encima, me insultas —masculló, alucinado por el descaro de la niñata.
—Lo siento, ¿vale?
—No te creo.
—Me importa una mierda si me crees o no. Ya te he pedido perdón.
Se giró hacia sus amigas y Leo, y les dijo:
—Vámonos de aquí. Ya he cumplido mi promesa.
—Te irás de aquí cuando yo lo diga —escuchó la voz de Mauro a su espalda.
Se volvió para encararlo.
—¿Quién te has creído que eres para darme órdenes?
Mauro miró al resto del grupo.
—¿Podéis dejarnos solos unos minutos, por favor? Quiero arreglar esto en privado.
—¿Estás seguro de que te quieres quedar solo con ella? —dudó Leo.
—Sí, lo estoy.
—Nerea, ¿tú quieres quedarte a solas con él? —indagó Ariadna.
Mauro contestó por ella.
—Tranquila, que no me la voy a comer. Solo voy a estrangularla, descuartizarla y enterrarla en el lugar más recóndito de la Tierra, pero comérmela, no. No quiero morir envenenado.
Los tres se quedaron impresionados por lo que acababa de decir.
Nerea, al ver las caras de sus amigos, los incitó a marcharse.
—¿No veis que está de coña? No va a hacerme nada de lo que ha dicho. Él corre más peligro que yo. Podéis volver a la fiesta. Estad tranquilos.
Ariadna miró a Mauro.
—¿Seguro que es una broma? Si le pasa algo, tenemos tus datos para ir a la policía y denunciarte.
—Era una broma, de verdad. Marchaos tranquilos —reconoció él, poniendo los ojos en blanco.
Se alejaron de allí renuentes a dejar a su amiga sola con ese tipo, ignorando que Nerea había dado con la horma de su zapato.



CAPÍTULO 18

Al regresar a la fiesta, se toparon con Daniel.

Ari sabía que sus padres habían invitado a su familia, él incluido. Por eso trató de evitarlo todo lo que pudo.

A Valeria se le iluminaron los ojos en cuanto lo vio.

El chico se interpuso en su camino, cortándoles el paso.

—Me alegro de verte —dijo, mirándola solo a ella.

—No puedo decir lo mismo —respondió Ariadna.

—¿Este tío es tu novio? —preguntó, señalando a Leo con el mentón.

Ari no quiso contestarle. Le dio un empujón para apartarlo del camino y continuar andando.

Daniel se dejó hacer.

—No te acostumbres mucho a ella, tío, porque pronto te cambiará por mí —comentó cuando pasaban por su lado.

Ari le enseñó el dedo corazón. Agarró a Leo de la mano y siguieron adentrándose en el evento.

Valeria se quedó un poco rezagada.

Cuando la pareja estuvo lo bastante lejos para escuchar lo que le iba a decir a Daniel, habló.

—¿Por qué sigues detrás de ella? ¿No ves que pasa de ti?

—Por lo mismo que tú vas detrás de mí sabiendo que serías la última mujer en el mundo con la que me liaría. No me gustan las chicas gordas y tampoco las de piel tan oscura como la tuya. Tienes un color mierda que dan ganas de vomitar.

Aquella respuesta dejó a Valeria de piedra. Su corazón se rompió en mil pedazos al escuchar a su amor platónico rechazarla de esa manera tan cruel.

—Ojalá te mueras, cabrón —siseó, furiosa.

Dio la vuelta y caminó con toda la dignidad que pudo mientras las lágrimas salían de sus ojos.

Entró en la casa y subió al cuarto de Ari. En cuanto cerró la puerta, se echó en la cama para llorar su rabia y su dolor.

Mauro miró a Nerea, desafiante. Durante varios segundos se deleitó viendo cómo el vestido empapado se le pegaba al cuerpo, marcándole todas las curvas de manera que le excitaba

demasiado. Observó sus pezones, duros, que se apretaban contra la escasa tela que le cubría los pechos y la boca se le secó.

Entre la coleta, que chorreaba agua, y el vestido mojado, se había formado un pequeño charco en el suelo, alrededor de sus pies descalzos.

Desvió la vista porque estaba tan excitado admirándola que no pensaba con claridad.

—Bueno, ya estamos solos. ¿De qué quieres hablar conmigo? —indagó Nerea, rompiendo el silencio que se había instalado entre los dos.

—Me has jodido el móvil. Lo llevaba en el bolsillo del pantalón cuando me has tirado a la piscina —comentó sin mirarla.

—Te lo pagaré. O puedo comprarte uno nuevo.

—¿Así es como lo resuelves tú todo? ¿A base de dinero? —gruñó, molesto.

Ella dio un paso hacia él.

—Tengo otra forma de resolverlo, pero estoy segura de que no vas a aceptar mi idea —respondió con sensualidad.

—Si la forma de resolverlo pasa por una cama —hizo un gesto con la mano indicándole la calle, los vehículos aparcados, los árboles, la carretera...—, comprobarás que no hay ninguna. A no ser que quieras hacerlo en la furgoneta.

Nerea dio otro paso hacia él. Los separaba apenas un metro.

—Nunca lo he hecho en una furgoneta, pero dicen que siempre hay una primera vez para todo.

Mauro giró la cara, alucinado por aquel comentario tan osado. Aunque no sabía de qué se extrañaba. La chica era una cabra loca.

—Lo decía de coña —farfulló el joven.

—Yo no. —Nerea lo retó con la mirada.

Mauro volvió a recorrer con ojos codiciosos el cuerpo mojado de la jovencita.

—¡A la mierda los principios morales! —soltó, antes de agarrarle el bajo del vestido y levantarlo para quitárselo por la cabeza. Lo tiró junto al montón donde estaba su ropa mojada y la cogió de la cintura para subirla a la parte trasera del vehículo.

Por suerte para los dos, la calle estaba desierta, así que nadie fue testigo de la escena. Si hubiera querido secuestrarla, no habría tenido ningún impedimento.

Cuando la vio completamente desnuda, gimió de ansiedad y excitación.

Nerea tenía una sonrisa descarada en los labios. Al joven le dio rabia que la niñata se saliera con la suya. Pero ya no aguantaba más. El deseo de tenerla era superior a su fuerza de voluntad para negarse.

—Te voy a dar lo que quieres de una puta vez, a ver si me dejas en paz. Pero, antes, vas a tener que ganártelo. Así que esfuérzate, si es que sabes lo que es eso. Ponte de rodillas y abre la boca.

Mauro cerró la puerta de la furgoneta. Se bajó el pantalón hasta las caderas, arrastrando con él el *slip*.

Nerea miró su pene erecto que apuntaba hacia ella. Se relamió los labios y abrió la boca. Lo agarró con una mano para metérselo y la otra la colocó en el culo de Mauro para sujetarlo.

En cuanto el joven sintió el delicioso calor húmedo de la boca de ella y cómo su lengua lo lamía y jugaba con la punta, se sintió desfallecer. Estaba en el paraíso. Sus terminaciones nerviosas se volvieron locas. Las neuronas de su cerebro iban fundiéndose una a una al mismo ritmo que Nerea metía y sacaba su miembro. La mano de la chica acompañaba con fuerza en cada viaje hacia el interior de su boca.

Cuando le dio un pequeño y delicado mordisco en la corona rosada, Mauro creyó que iba a

explotar de placer.

—Estoy a punto de correrme —avisó a Nerea para que sacase su erección de la boca.

Pero ella, lejos de obedecerlo, chupó con más ímpetu.

Mauro, al comprobar que Nerea estaba dispuesta a tragarse el líquido que saliera de él, la agarró de la cabeza y continuó entrando y saliendo de su boca hasta que sintió el orgasmo. Echó la cabeza hacia atrás y gritó.

—¡Joder! ¡Qué bueno!

Cuando Nerea terminó de tragar, se retiró y se lamió los labios mientras lo miraba sintiéndose ganadora.

El chico bajó la cabeza y la observó.

La imagen tan erótica y sensual de ella arrodillada a sus pies al tiempo que le hacía una felación no se le olvidaría en toda su vida.

Descubrió un hilillo de semen saliendo de su boca. Él lo recogió con el pulgar.

—Chúpalo —le ordenó.

Nerea obedeció. Abrió la boca y capturó el dedo. Lo chupó de la misma forma en que lo había hecho con el pene, como si estuviera comiendo su postre favorito.

Mauro volvió a excitarse. Sacó el dedo de la boca porque estaba a punto de volverse loco.

—¿Cómo puede ser que...?

No acabó la pregunta porque estaba dudando sobre qué palabra elegir de todas las que tenía en la mente.

—¿Puedo cambiar de posición ya? Me duelen las rodillas —preguntó Nerea.

El joven seguía tan alucinado que no le contestó.

Ella dejó de esperar su respuesta y se sentó encima del montón de ropa mojada.

—Bueno, creo que ya me he esforzado lo suficiente y tú has quedado satisfecho. Quiero mi premio. Quítate la ropa.

Mauro reaccionó al escuchar el tono autoritario en el que se lo había dicho.

—Aquí las órdenes las doy yo, no tú, niña malcriada.

—Vale. Pero solo por esta vez.

—¿Cómo que solo por esta vez? No habrá más veces. Te voy a follar y, en cuanto acabemos, te largarás de mi furgo.

Nerea lo miró con una ceja arqueada.

—Vale —cedió.

Se tumbó en el suelo del vehículo y abrió las piernas. Lo miró, invitándolo a tomarla.

Mauro cerró los ojos un momento para tranquilarse. Al ver el sexo desnudo, su pulso se había disparado y la sangre le corría descontrolada por las venas. Tuvo que calmarse porque, de no hacerlo, corría el riesgo de tomar a Nerea de una forma salvaje y agresiva. No quería lastimarla, por mucho que la niñata lo tuviera hartó con sus persecuciones y juegos de chica mala.

Así que buscó un preservativo para protegerse los dos y, cuando lo encontró, lo desenrolló en torno a su erección, que había vuelto a crecer.

Ocupó el espacio entre los muslos de Nerea y con una mano dirigió la punta hasta la entrada del cuerpo femenino. La penetró poco a poco mientras ella no dejaba de mirarse entre las piernas. También quería ser testigo de cómo él se introducía en ella. Cuando la colmó, Nerea lo miró a los ojos. Mauro apoyó las manos en el suelo, una a cada lado de la cabeza de la chica.

Comenzó con un vaivén lento, destinado a hacerla morir de placer.

El aroma del sexo se extendió por el vehículo, invadiendo las fosas nasales de los dos. El aire se volvió más espeso, tanto que les costaba respirar.

Entre jadeos y gemidos, Nerea agarró de la nuca a Mauro y lo obligó a descender hasta sus labios para darle un beso. Él no se resistió. La deseaba tanto que no pudo oponerse a lo que ella hacía.

No supo cómo Nerea consiguió tumbarlo en el suelo para quedar ella encima. A horcajadas, lo cabalgó como si estuviera sobre un caballo de carreras en plena competición.

Mauro la cogió por las caderas para acompañar cada uno de sus movimientos.

Poco después, alcanzaron el éxtasis.

Ariadna y Leo buscaron a Valeria por todo el jardín. Al no encontrarla, la llamaron al móvil. Cuando contestó y supieron que estaba refugiada en la habitación de Ari, corrieron hacia allí.

Entraron en tromba y, al verla con los ojos hinchados, rojos y llorando, Ariadna se acercó rápido a ella. Se arrodilló frente a su amiga y le limpió las lágrimas con los dedos.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó, muriéndose de preocupación.

—¿Queréis que os deje solas? —dijo Leo.

Ari miró de nuevo a Valeria.

—Sí, por favor —suplicó ella.

Leo respetó la decisión de la chica y salió del dormitorio.

Cuando se quedaron las dos solas, Valeria le contó lo que había sucedido con Daniel.

Ariadna sintió tanta rabia que se levantó de un salto y fue a buscar al culpable.

Se encontró con Leo en el pasillo, al principio de las escaleras.

—Ayúdame a buscar al hijo de puta de Daniel.

—¿Por qué? ¿Le ha hecho algo malo a Valeria?

Mientras descendían las escaleras y salían al jardín, Ari le contó a grandes rasgos que su amiga llevaba varios meses enamorada de ese gilipollas. Él había aprovechado que se habían quedado solos para minar su autoestima llamándola gorda y despreciarla por el tono de su piel.

—Valeria es una persona con un corazón tan grande que no le cabe en el pecho. Se va a enterar ese cabrón —masculló Ari, mientras salían al jardín.

—Menudo capullo racista —murmuró Leo—. ¿Qué piensas hacer?

—Voy a darle una paliza a ese hijo de puta.

El chico abrió los ojos como platos.

—¿Aquí? ¿Delante de todos? —La agarró de un brazo para detenerla—. No puedes hacerlo. Te denunciaría y hay demasiados testigos.

—¡Qué pesadito estás siempre con las denuncias! O te quitas, o te paso por encima.

Leo se colocó todavía más frente a ella y la sujetó por los hombros.

—Pero es lo que pasará si le tocas un pelo. ¿No hay otra forma de darle su merecido? Piensa, Ari. Tú eres muy inteligente. Seguro que se te ocurre algo.

La hizo girar y desandar el camino por donde habían venido los dos.

Cuando entraron en la casa, subieron a su habitación.

Valeria seguía llorando a moco tendido.

—Deja de llorar. Tenemos que pensar algo para vengarnos ese gilipollas —dijo Ari.

Nerea llegó poco después. Los había buscado por todo el jardín sin importarle las miradas de reprobación de los invitados a la fiesta debido al espectáculo bochornoso que había dado al tirarse a la piscina con Mauro. Al no encontrarlos, le preguntó a uno de los camareros y este le

dijo que los había visto entrar en la casa. Los buscó en el salón y la cocina. Como no los vio, decidió subir al dormitorio de Ari.

—Necesito que me prestes un vestido porque... ¿Qué ha pasado? —preguntó, al ver a Valeria sollozando y a Leo y Ari consolándola.

Ariadna le contó lo sucedido.

—Voy a matar a ese cabrón —soltó Nerea, apretando los puños con fuerza.

—Chicas, calmaos —pidió Leo—. ¿Por qué tenéis que recurrir a la agresión? ¿Por qué no pensamos algún plan para joderle a largo plazo? O, por lo menos, algo que lo avergüence durante algunas semanas.

—Sí, por favor. Si le damos cuatro hostias, no aprenderá la lección. Quiero que pase vergüenza delante de la gente —intervino Valeria.

—Si le damos una paliza delante de todos los invitados y la prensa, creo que pasará suficiente vergüenza —rebató Nerea.

—Os denunciaría por agresión —dijo Valeria.

—No me importa —contestó Nerea, cabezota.

—A mí tampoco —añadió Ari.

Leo puso los ojos en blanco y volvió a pedirles que pensarán un plan que no implicase usar la violencia.

—¿Me prestas un vestido? Este lo tengo empapado todavía —le comentó Nerea a Ariadna.

—Coge el que quieras. Aunque te quedarán un poco estrechos de la parte de arriba porque tú tienes las tetas más grandes que yo. Por cierto, ¿qué ha pasado con Mauro?

—Os lo contaré en otro momento.

Nerea accedió al vestidor y, tras rebuscar entre la ropa, sacó un vestido azul turquesa.

Sin ningún pudor, se quitó el que llevaba mojado y lo echó al suelo.

Leo giró la cabeza para no ver a la amiga de su novia desnuda.

—Tía, que estás avergonzando a Leo —soltó Valeria riéndose al ver las mejillas del chico sonrojadas.

—Podías cortarte un poquito, Nere, que está aquí mi novio —la riñó Ariadna.

—No creo que sea la primera chica que ve desnuda, ¿verdad, Leo?

El joven contestó que no, pero sin mirarla.

Cuando terminó de ponerse la prenda, Nerea caminó hacia una esquina de la habitación en la que había una silla tapizada y se sentó en ella.

Comenzaron a intercambiar ideas y a debatir cuál sería la mejor.

Se decidieron por una, a pesar de que Leo se opuso a ella.

—Ganamos por mayoría. Lo siento, tío —comentó Nerea, sin sentirlo en absoluto.

Cogió el móvil y buscó entre sus contactos.

Pulsó en uno y, cuando contestó la persona a la que estaba llamando, le pidió lo que quería y le dio la dirección de la familia Van der Vaart.

Diez minutos después, Nerea y Ari esperaban en el portón de hierro forjado de la finca cuando llegó un motorista y le entregó una bolsita a Nerea. Esta sacó unos billetes de la cartera para pagarle al chico.

—No puedo creerme que acabemos de comprar burundanga —musitó Ari, volviéndose hacia la mansión.

—Tú preocúpate de engañar a Daniel para que pique y el plan salga bien.



CAPÍTULO 19

Leo fue al cobertizo y rebuscó entre unos botes de pintura pequeños que tenía allí el antiguo jardinero. Cuando halló el color deseado, salió del sitio y recorrió la distancia hasta la casa intentando no ser visto por nadie. Sin embargo, no lo consiguió.

En el camino se cruzó con tres o cuatro personas, que lo miraron sin mostrar interés por él. También un camarero cargado con una bandeja de copas vacías que le sonrió con amabilidad.

Llegó a la habitación de Ari sudando por el nerviosismo. No le parecía buena idea lo que iban a hacer, pero el capullo de Daniel se merecía un castigo por menospreciar de aquella manera tan ruin a Valeria.

—Ya estoy aquí —dijo al entrar. Miró a Nerea y Ari—. ¿Ya tenéis eso?

—Sí. Lo echamos en la copa y que baje Ari para ofrecérsela. Tenemos que estar atentos para, cuando entren en la cocina, actuar con rapidez —respondió Nerea.

La chica vertió los polvos en la copa llena de champán que sujetaba Ariadna.

—Tienes que darte prisa. Esta droga tarda tres o cuatro minutos en hacer efecto.

—Lo llevaré hasta la cocina para que no se me caiga en mitad del jardín. Cuando estemos allí, le daré la copa para que beba. Vosotros escondeos en la despensa mientras tanto.

Ari salió de la habitación con la copa en la mano y se dirigió escaleras abajo hacia el jardín. Oteó entre los invitados buscando al joven. Cuando lo vio, fue hacia él con la mejor de las sonrisas pintada en los labios.

—Daniel, ¿puedo hablar un momento contigo, por favor?

—Si es para decirme que has roto con el tío ese y que quieres algo conmigo, sí, podemos hablar —respondió con prepotencia.

Ella amplió su sonrisa y enlazó su brazo con el de él.

—Entonces, acompáñame a un sitio más discreto.

Lo condujo como un corderito hasta la cocina.

Al entrar, Daniel estampó a Ari contra la puerta ya cerrada y la intentó besar.

—Despacio, que me tiras la copa —se rio ella.

—Dámela. —Se la cogió de la mano y se la bebió de un trago—. Ya está. Ya no hay copa.

Ariadna se quedó flipada. No creyó que le resultase tan fácil. Ni siquiera había tenido que convencerlo para que bebiera el champán.

Daniel dejó el recipiente encima de la mesa de la cocina.

—Y, ahora, te voy a besar. Llevo mucho tiempo esperándote.

—¿Por qué no nos sentamos un momento? Quiero hablar contigo de una cosa antes de...

El chico retiró una silla y se sentó.

—Me noto un poco mareado. ¿No hace mucho calor aquí? —pronunció.

En cuanto acabó de formular la pregunta, se desplomó en el suelo.

Valeria, Nerea y Leo salieron de la despensa.

—¿Ya está? ¡Qué rápido! —exclamó Valeria.

—Hay que darse prisa. ¿Dónde están las tijeras? —preguntó Nerea, mientras sentaban otra vez a Daniel.

—Aquí las tengo. —Valeria se las mostró orgullosa, como si fuera un tesoro de incalculable valor.

Caminó para cubrir la distancia que la separaba del joven y dijo a los otros tres:

—Sujetadlo bien. Que no se mueva. Solo quiero cortarle el pelo, no amputarle una oreja ni seccionarle la garganta.

Comenzó con la tarea de trasquilar el pelo de Daniel. Cuando terminó, Leo barrió el cabello caído en el suelo y lo echó a una bolsa de basura. A continuación, sacó el bote de pintura. Lo abrió y le dio un pincel a cada una.

Diez minutos después, las chicas terminaron su trabajo.

—Ahora llega lo mejor —se rio Nerea, admirando la gran flor rosa pintada en el poco pelo que le quedaba al joven. Le habían maquillado con toda la cara negra y los labios rojos, con trazos que se salían del contorno de la boca. En el cuello llevaba colgando un cartelito en que se leía: «Daniel Martínez Del Valle es un racista».

Los fotógrafos no paraban de hacerle fotos a Daniel recostado en una silla del porche de la casa. Todos pensaron que estaría borracho y alguien habría aprovechado las circunstancias para reírse de él y dejarlo en evidencia.

Mientras, en el interior, el grupito que había castigado al joven observaba a través de la ventana el espectáculo.

Antes de sacarlo al exterior, Nerea había buscado una silla para llevarla hasta el soportal y dejar allí a su víctima. No podían pasearse con él por todo el jardín buscando un asiento donde dejarlo. Entre Leo y Valeria lo sentaron.

Con rapidez, corrieron a esconderse en el salón. Mientras, Ari se había quedado destruyendo las pruebas de lo que acababan de hacer.

Dos minutos después un fotógrafo se percató de que el chico estaba allí y empezó a sacarle instantáneas desde todos los ángulos. Sus compañeros de profesión, al darse cuenta de lo que ocurría, hicieron lo mismo.

El enjambre de fotógrafos llamó la atención de los camareros y varios invitados.

Entre exclamaciones de horror y risas por parte de los periodistas, la familia de Daniel se acercó para ver qué sucedía.

Hans y Silvia también fueron a averiguar lo que tanto había llamado la atención de los invitados, igual que la familia de Valeria y de Nerea.

—¿Ese no es el joven de la familia Martínez Del Valle, al que nuestra hija tiró el zumo por la cabeza? —susurró Hans en el oído de su mujer.

Ella asintió.

El holandés bufó.

—Lo que nos faltaba. Mañana estará en la portada de todas las revistas nacionales. Incluso se hablará sobre ello en los programas de cotilleos. Seguro que Ariadna está implicada. Estoy harto de su rebeldía. Vayamos a buscarla. Quiero hablar con ella.

Como no la vieron por el jardín, entraron en la casa y sorprendieron al grupito riéndose de la situación. Fuera, se oían los gritos del padre de Daniel diciendo que denunciaría al culpable de lo que le habían hecho a su hijo. Mientras, la madre intentaba despertarlo.

—Os parecerá gracioso —tronó Hans, encarándose con los cuatro jóvenes.

—Pues sí, mucho —respondió Nerea.

—¿Quién ha sido? —interrogó Hans, mirándolos con dureza.

Ellos se encogieron de hombros.

—No lo sabemos. Cuando hemos bajado de mi habitación, nos hemos encontrado con el espectáculo —mintió Ariadna.

Sus padres la observaron unos segundos.

—Ariadna, ven a mi despacho. Tenemos que hablar —le ordenó Hans.

—No voy a ir contigo a ningún sitio —respondió, moviéndose hacia un lado para salir al exterior.

Hans se puso en su camino, cortándole el paso.

—Si tengo que arrastrarte, lo haré. —La cogió del brazo y se lo apretó.

—Me haces daño. Suéltame —gruñó.

—Hans, déjala. Ya tenemos bastante con lo de ahí fuera. Algún fotógrafo o periodista podría darse cuenta de lo que pasa aquí dentro y sacar fotos de este momento —argumentó Silvia.

Como el holandés no hizo caso a su mujer, intervino Leo.

—Señor Van der Vaart, no es necesario que use la violencia. Suelte a Ariadna, por favor.

Hans lo miró de arriba abajo con desprecio.

—¿Cómo te atreves a decirme lo que tengo que hacer y lo que no? No eres más que un simple jardinero. Tienes dos horas para recoger tus cosas y abandonar mi propiedad. Estás despedido.

Ari abrió la boca para protestar, pero Silvia habló antes que ella.

Su marido le había contado el romance entre Ariadna y el joven. Sin embargo, al contrario que Hans, ella estaba de acuerdo. Tras mantener aquella conversación con su hija en la que esta le confesó que no era feliz, se había replanteado muchas cosas. Por encima de todo estaba la felicidad de Ariadna. La dejaría estudiar la carrera que ella quisiera y amar al chico del que se enamorase.

Deseaba que su hija tuviera un amor de novela, de esos que hacen amar con pasión y locura; que marcan de por vida, de los que no puedes respirar si no estás con la persona amada.

No se opondría a que Ari continuase su relación con Leo. Por la forma en la que se miraban el uno al otro, cómplices y enamorados, merecían tener una historia con final feliz. Además, intuía que el joven era buena persona y quería a su hija sinceramente.

Otra cosa sería lidiar con Hans para que lo permitiese, pero trazaría un plan para conseguir que su marido aceptase al novio de su hija.

—Hans, suéltala. Vayamos al despacho y hablemos con tranquilidad. Ahí fuera hay demasiada gente que puede vernos. Leo, no te preocupes, no estás despedido.

—¿Cómo te atreves a contradecirme? —le gritó a su esposa.

—No vuelvas a gritarme en tu vida —respondió con un tono calmado, enfrentándose a él—. Te recuerdo que esta mansión y todo lo que hay en ella me pertenece. Los terrenos también. En las escrituras de propiedad consta mi nombre, no el tuyo. La heredé de mi abuela, por lo tanto, si

quieres seguir viviendo aquí, harás lo que yo diga porque soy la dueña de todo y puedo tomar decisiones sin tu consentimiento.

Hans inspiró hondo y soltó el brazo de Ari, obedeciendo a su mujer.

La chica se giró hacia sus amigas.

—Esperadnos fuera y disfrutad de la fiesta, que ahora se ha vuelto más divertida. Luego me lo contáis todo.



CAPÍTULO 20

Hans y Silvia cruzaron el umbral del salón y caminaron por el pasillo. Detrás, algo rezagados, iban Ariadna y Leo.

No habían recorrido ni dos metros cuando Ari escuchó un zumbido en la oreja, seguido de un picotazo en el cuello. Aplastó de un manotazo al insecto y se miró la palma de la mano.

—Me ha picado un bicho —comentó.

Se detuvo y Leo lo hizo también.

—Es una avispa —la informó él, mirándole la palma de la mano en la que tenía el insecto—. ¿Dónde te ha picado?

—En el cuello, aquí. —Señaló la nuca.

—Lo tienes rojo y comienza a inflamarse. ¿Tienes alguna pomada o...?

Ari lo interrumpió.

—No puedo respirar.

Leo observó que su pecho subía y bajaba con dificultad.

—¿Qué te pasa? —preguntó, intranquilo.

—No... puedo... respirar... —repitió de forma entrecortada.

—¿Eres alérgica al veneno de las avispas?

—Estoy mareada...

Se desplomó en los brazos de Leo.

—¡Ari! ¡Ari! —gritó, intentando reanimarla—. ¡Ayuda! ¡Por favor! ¡Que alguien me ayude!

Hans y Silvia, al oír los gritos del joven, se dieron la vuelta para saber a qué venía tanto alboroto.

Lo descubrieron arrodillado en el suelo, con su hija en brazos inconsciente, gritando como un loco pidiendo auxilio.

—¿Qué le has hecho? —tronó Hans, corriendo hacia ellos.

—No le he hecho nada. Le ha picado una avispa —se defendió—. Hay que llamar a una ambulancia y trasladarla al hospital más cercano.

En la sala de espera, Hans, Silvia, Leo, Valeria y Nerea aguardaban noticias de los médicos que

estaban atendiendo a Ariadna.

El joven había llamado a María para contarle lo sucedido. Esta había acudido de inmediato al hospital para apoyar a su pupilo y darles a todos ánimos en esos momentos de angustia.

—Todo esto es por tu culpa —acusó Hans a Leo—. Desde que has entrado en la vida de mi hija, se ha vuelto más rebelde.

—Le aseguro que Leo es una buena persona —lo defendió María.

—¿Y tú quién eres para hablarme? —soltó de malos modos, mirando indignado a la educadora social.

Silvia, sentada al lado de su marido, le puso una mano sobre el brazo.

—Basta ya. El chico no tiene la culpa de nada. Nosotros somos los culpables de la sublevación de Ari. No la dejamos estudiar lo que quiere, no pasamos suficiente tiempo con ella, no le damos cariño y, cuando nuestra hija toma una decisión, no la respetamos ni tampoco tenemos en cuenta su opinión. Así que deja en paz al chico.

En ese momento salió un doctor para informarles sobre el estado de salud de Ariadna.

—Ha sido un *shock* anafiláctico. Esto ocurre cuando se presenta una reacción alérgica aguda y grave. Le hemos puesto adrenalina intramuscular...

—Somos médicos. Sabemos qué es un *shock* anafiláctico —comentó Hans, prepotente.

El doctor ignoró su comentario y siguió con la explicación que les estaba dando.

—Ahora está estable. La mantendremos hoy en observación y, si mañana está recuperada, podrá irse a casa. Pueden verla, pero solo una persona cada vez.

Silvia se volvió hacia Leo, que estaba un par de pasos por detrás de ella.

—Entra tú, Leo. Se alegrará más de verte a ti que a nosotros.

Hans miró molesto a su mujer. Ella lo ignoró.

—Dile que nosotras estamos aquí también —habló Nerea.

Leo asintió y acompañó al médico hasta el box donde tenían a su novia.

Cuando la vio, se le cortó la respiración.

Permanecía tumbada en la cama, con un pijama de hospital de color verde agua. Tenía los ojos cerrados y en uno de los brazos llevaba puesta una vía por la que le metían el medicamento que fuera.

El doctor lo dejó solo con ella.

Leo se acercó despacio a la cama. No quería hacer ruido y molestarla.

Ari sintió la presencia de Leo. Lo reconoció por el olor de la colonia que usaba.

Abrió poco a poco los ojos y enfocó la vista para verlo bien.

—¿Qué tal estás? —quiso saber hablando en voz baja.

—Cansada.

—Nos has dado un susto de muerte.

—Lo siento. No sabía que era alérgica a las avispas.

—Bueno, pues, ahora que lo sabemos, intentaremos no acercarnos a ellas, ¿de acuerdo? —Le sonrió.

Se inclinó hacia su novia y le dio un delicado beso en la frente. Se sentó en el borde de la cama y le agarró la mano que tenía libre.

—Nerea y Valeria están fuera deseando verte. Tus padres también. Y María. Tu madre me ha dejado entrar a mí primero porque ha pensado que te alegrarías más de verme a mí que a cualquier otra persona.

—Pues tiene toda la razón.

Con el pulgar, trazó círculos en el dorso de su mano. Fue una tierna caricia que espabiló las

terminaciones nerviosas de Ari.

—Bésame —le pidió ella.

El joven se inclinó sobre sus labios y le dio un casto beso.

—Joder, tío, bésame de verdad, que no me voy a romper —protestó.

—Por lo que veo, todavía tienes el veneno de la avispa en el cuerpo —se burló él.

—Calla y dame un beso de esos que curan todo.

Leo volvió a inclinarse sobre su boca y atrapó sus labios con un beso apasionado.

Ariadna se recuperó bien de la anafilaxia. Le habían puesto un tratamiento que consistía en vacunarla contra el veneno de las avispas y las abejas cada cierto tiempo.

Cuando estuvo en casa, Silvia y Hans hablaron con ella y con Leo.

Su padre había cambiado de opinión tras una larga conversación con su mujer. Permitiría la relación entre la joven pareja y, además, Ari podría estudiar la carrera que quisiera. Ella se decantó por Literatura.

Cuando llegó el boletín de notas, comprobaron que tenía todas las asignaturas aprobadas, por lo tanto, podría hacer los exámenes de la EVAU en septiembre.

Lo celebraron con una pequeña fiesta a la que invitaron a los amigos más íntimos de los novios. Pasaron el día en la piscina, bañándose y tostándose al sol.

Daniel le contó a su familia lo poco que recordaba de lo que había sucedido aquel día en la cocina de los Van der Vaart. Estos pusieron una denuncia, pero el padre de Valeria habló con ellos y los convenció para que la retirasen.

Las fotos del chico coparon las portadas de todas las revistas de la prensa rosa, consiguiendo que el joven estuviera en boca de todos durante varios días. Pero el tiempo pasó y el asunto acabó olvidándose. Mientras duró el tema, las tres amigas disfrutaron como niñas abriendo regalos la mañana de Reyes.

Ari y Leo estaban desayunando un domingo con Silvia y Hans. Desde que Hans había aceptado la relación de su hija con el jardinero, habían sido varias las ocasiones en las que hacían alguna comida, cena o desayuno en familia.

Silvia se aclaró la voz para hablar.

—Ariadna, Leo, tenemos algo importante que comunicaros. —Hizo una pausa, en la que la pareja esperó expectante a que continuase hablando—: Hemos decidido divorciarnos. No tiene sentido seguir juntos cuando hacemos vida por separado y además los dos tenemos relaciones con otras personas.

Leo se quedó en silencio. No sabía qué decir.

Ari al principio se sorprendió, porque siempre que le había propuesto esa idea a su madre ella se había negado. Meditó durante unos minutos hasta que finalmente habló.

—Me contaste que no queráis disgustar a ninguna de las dos familias y evitar los cotilleos de la prensa rosa —dijo, mirando a su madre.

—Cariño —Silvia le agarró la mano que tenía más cerca—, no nos importa ya. Nos hemos dado cuenta de que solo tenemos una vida y debemos vivirla como creamos oportuno para ser felices. Tu padre y yo somos felices por separado, con otras personas. Aunque nos tenemos un gran cariño todavía y lo seguiremos teniendo hasta el día que fallezcamos, lo mejor es que el tiempo que nos queda estemos con las personas a las que amamos. Pero, a pesar del divorcio,

seguiremos siendo una familia y haciendo planes juntos. Los dos nos arrepentimos por la falta de atención que has sufrido y queremos compensarte por ello.

Ariadna miró a su padre, que asentía a todo lo que decía su madre.

—Hemos pensado que, si os parece bien a los dos —continuó hablando Silvia—, cenemos dos días a la semana juntos, aquí o en algún restaurante, y también que los domingos desayunemos en familia como estamos haciendo ahora.

Ari y Leo se miraron. Él asintió con la cabeza.

—Vale. Por nosotros no hay problema —respondió la chica.

Entonces Silvia se dirigió a Leo.

—Si quieres, puedes mudarte a la casa grande con nosotros. Hay habitaciones de sobra.

Leo se sorprendió. Le agradó que quisieran convivir con él, que le ofrecieran su casa, pero pensó que, si se iba a vivir a la mansión, Ari y él perderían intimidad como pareja.

—¿No puedo seguir viviendo en la casita del pinar?

—Si quieres, sí —aceptó Hans.

—Entonces, preferiría seguir donde estoy, y también me gustaría seguir cuidando del jardín.

—Pero ¿no querías estudiar Paisajismo? —preguntó el padre de Ari.

—Sí. Haré las dos cosas.

—¿Podrás con todo ello? —indagó.

—Sí, señor Van der Vaart. Soy buen estudiante y me gusta trabajar. Si me da la oportunidad, le demostraré que puedo hacerlo.

—Está bien. Pero no me llames señor Van der Vaart. Llámame Hans.

—Y a mí llámame Silvia. Ahora que formas parte de la familia debemos tutearnos, ¿no te parece?

Leo asintió con la cabeza.

Miró a Ariadna y sonrieron felices.



EPÍLOGO

Doce de julio. Palma de Mallorca

Nerea se metió una pastilla en la boca y bebió un trago de la botella de agua que tenía en la mano. La música electrónica de la fiesta *rave* en la que estaba sonó más potente y ella bailó moviendo el cuerpo con frenesí.

Sentía un torrente de energía que se apoderaba de sus venas. Bebió otro trago de agua. Este líquido era fundamental para aguantar muchas horas bailando sin parar, además de las drogas sintéticas que se consumían en ese tipo de fiestas ilegales.

Llevaba su cabello castaño claro recogido en una coleta alta y purpurina de varios colores en los párpados y los pómulos. Cubría sus pechos con la escasa tela de los triángulos de un bikini. Un bolsito en bandolera cruzaba su torso. Tenía puesto un pantalón tan corto que enseñaba la parte baja de las nalgas, pero a ella no le importaba mostrar su cuerpo. Estaba orgullosa de él y lo lucía siempre que tenía oportunidad.

Alrededor del cuello portaba varios collares de neón y en las muñecas, cuatro o cinco pulseras en cada una del mismo tipo. Protegía sus pies con unas cómodas y resistentes zapatillas.

De repente, sintió que una mano la agarraba por la cintura y una voz le gritó al oído:

—¿Estás sola, guapa?

—¿Pretendes dejarme sorda o qué? —contestó ella gritando también, al tiempo que le daba un codazo en el estómago al tío que la había agarrado.

—No, no quiero dejarte sorda. Llevo un rato observándote y no veo que nadie te acompañe.

—¿A ti qué te importa si estoy sola o no? —preguntó de malos modos. Lo miró de arriba abajo y añadió—: ¡Lárgate! No me interesas.

—Pues tú a mí sí —insistió el desconocido.

Intentó abrazarla, pero Nerea se resistió. Otra vez volvió a empujarlo para separarlo de su cuerpo. Pero la gente que abarrotaba la nave abandonada donde se celebraba la fiesta no dejó que el chico se distanciase mucho de ella.

—¡Déjame en paz y búscate a otra! No quiero nada contigo —chilló con agresividad.

El joven no se daba por vencido y continuó insistiendo hasta que Nerea, harta de la situación, le arreó un tortazo tan fuerte que hizo que el desconocido girase la cara.

Antes de que el chico pudiera reaccionar, se dio la vuelta y se abrió paso a codazos entre la multitud.

Cuando consiguió salir de la marabunta de gente, sintió el sudor frío de su piel. Se abrazó a sí misma para darse calor, pero tenía las manos heladas y no lo logró.

Sacó el móvil para ver la hora y comprobó que llevaba más de doce horas en la *rave*.

De repente, le dio un bajón y, sin saber por qué, empezó a llorar. Se notaba agotada, sin ganas de nada. Se alejó del gentío de la fiesta en dirección a la carretera para hacer autostop. Comenzó a andar por ella, con el brazo extendido y el pulgar hacia arriba.

En el tiempo que estuvo caminando por el asfalto no pasó ningún vehículo que pudiera llevarla. Cansada de andar, se sentó en el arcén. Como aún llevaba el móvil en la mano, pensó en llamar al chófer de su familia para que fuera a buscarla, pero, si se enteraban sus padres de a qué dedicaba el tiempo libre, la encerrarían en casa y tirarían la llave al mar. Estaba segura de que también se ocuparían de que no tuviera acceso a internet de ningún modo. Así que se aguantó las ganas y guardó el teléfono en el bolsito que llevaba.

De pronto sintió unos pasos que se dirigían hacia ella. Enfocó la vista para ver quién era, pero la oscuridad de la noche se lo impidió. Intentó sacar el móvil para usar la linterna cuando, en ese momento, un tipo se abalanzó sobre ella. Cayó hacia atrás, con la espalda pegada al pavimento.

—Te he encontrado. ¿Creías que escaparías de mí? —dijo el desconocido que la había abordado en la fiesta, colocándose sobre su cuerpo.

—¡Quítate de encima, gilipollas! —gritó.

—Me quitaré de encima cuando haya conseguido lo que busco, zorra.

Su agresor le sujetó las muñecas con una mano y con la otra intentó bajarle el pantalón.

Nerea se retorció debajo de él sin parar de vociferar.

—¡No me toques! ¡Suéltame! ¡Hijo de puta! ¡Cabrón!

—¿Te gusta gritar? Pues te va a doler la garganta de tanto hacerlo cuando te folle.

De repente, sin saber cómo, se vio libre del tipo que la estaba atacando.

Aún tumbada sobre el asfalto, escuchó golpes y quejidos. Alguien estaba pegando a otra persona. Giró la cara y vio a una figura sobre su agresor dándole puñetazos en la cara hasta dejarlo inconsciente.

Cuando acabó con él, se alzó y se giró para ir a donde estaba la chica.

Al llegar a ella, se agachó y Nerea pudo ver el rostro de su salvador.

—¡Mauro! ¡No sabes cuánto me alegro de verte! —exclamó, abrazándose a él.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado.

—Sí, sí. No ha llegado a hacerme nada. Pero estoy segura de que intentaba violarme. ¿Lo has matado?

El joven frunció el ceño.

—¡No! ¡Por Dios! No soy tan bestia. Solo lo he dejado inconsciente.

—No creo que te denuncie por agresión. Iba puesto hasta las cejas cuando lo he visto en la fiesta. Seguro que, cuando vuelva en sí, ni se acuerda de lo que ha sucedido.

—¿Estabas en la *rave*? —quiso saber, mientras la ayudaba a levantarse del suelo.

—Sí. ¿Y tú?

—¿Yo? ¿Cómo se te ocurre preguntarme eso? No soy un bala perdida como tú.

Ella no se ofendió. Le gustaba que él la llamase de esa manera.

—¿Qué haces aquí, entonces? —indagó Nerea.

—Estaba haciendo deporte. Me gusta correr.

—¿A las seis de la madrugada? ¡Pero si a esta hora no están puestas las calles!

Mauro se rio por aquel comentario y por la cara de asombro que había puesto la chica.

—¿Dónde están tus amigas?

—Supongo que cada una en su casa, durmiendo como los angelitos que son.

—¿Estás sola? —Frunció el ceño y la miró enfadado—. ¿Cómo se te ocurre ir sola a una fiesta ilegal? ¿No sabes que en ese tipo de fiestas no hay ningún protocolo de seguridad, emergencias o prevención de riesgos? ¿Tan inconsciente eres?

—Venga, Mauro, no te enfades. No es la primera *rave* a la que voy sola. Estaba celebrando que he suspendido cinco asignaturas y tengo que repetir segundo de bachillerato.

Él la miró de arriba abajo, incrédulo. Al ver las prendas minúsculas que cubrían su cuerpo, se calentó. El corazón comenzó a bombearle más deprisa y notó que su miembro se ponía duro.

—Cuando te puse el mote de bala perdida, acerté de lleno.

Se quitó la camiseta de manga corta que llevaba y se la puso a Nerea por la cabeza, cubriéndola hasta los muslos. No quería seguir contemplando su belleza salvaje porque estaba a punto de saltar sobre ella y devorarla.

Mejor evitar la tentación.

—No tengo frío.

—Me da igual.

Ella intentó quitarse la prenda.

—No te la quites —le ordenó.

Nerea lo miró con una sonrisa descarada.

—¿Estás en modo jefe? Porque yo no soy ninguno de tus empleados para que me des órdenes.

Mauro la agarró de las manos para impedir que descubriera su cuerpo.

—¿Sabes que me pone mogollón tu cara de cabreo? Además, sin la camiseta, estás más bueno todavía.

—Cállate —demandó él.

—No quiero —respondió, prepotente.

Mauro la miró molesto.

—Si no te callas...

Nerea amplió su sonrisa y le dirigió una mirada traviesa.

—Si no me callo, ¿qué? —lo retó.

—¡Maldita niñata rica! —gritó, antes de cogerla por las caderas y echársela al hombro.

La carcajada que soltó la chica resonó por todos lados.

—¿A dónde me llevas? —quiso saber entre risas.

—A mi casa —respondió mientras caminaba.

—¿Vamos a follar?

Él, como respuesta, le dio un cachete en el culo y le ordenó otra vez que permaneciera en silencio.

Ella soltó otra carcajada.

—¿Queda lejos tu casa?

—Vivo en el puerto. En un barco.

—¡Genial! Nunca lo he hecho en un barco.

—Ni lo vas a hacer.

—¿Qué te apuestas a que sí?

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, a mi familia, por apoyarme siempre y por entender que, a veces, no puedo dedicarles todo el tiempo que me gustaría. Os quiero por encima de todas las cosas.

A Mariah Evans, por ayudarme con la Ley del Menor, por informarme sobre cómo son los centros de menores, las normas que tienen que cumplir los internos y demás aspectos legales que aparecen en esta historia. También agradecerle su paciencia con las muchas preguntas que le he hecho y que ella me ha respondido con todo su cariño.

A mi amiga Alicia, por contarme su experiencia cuando sufrió el *shock* anafiláctico que se cuenta en esta historia.

A mis lectoras cero, Vanessa, Karla y Mónica, por darme su sincera opinión al leer el borrador de esta novela. Gracias por recorrer conmigo el camino de la literatura romántica, por vuestra ayuda y vuestros consejos. Os quiero.

También quiero dar las gracias a todas las lectoras que me siguen por redes sociales y poniendo comentarios en Amazon. Gracias por querer que siga escribiendo y publicando. Y por comprar mis libros en lugar de piratearlos.

A las organizadoras de eventos de literatura romántica que consiguen unir a lectoras con autoras mientras disfrutamos hablando sobre lo que más nos gusta: las novelas románticas. Sobre todo a Dama Beltrán (Encuentro Romántico de Armilla, Granada); Nani Mesa (Huelva Romántica); Mónica Quiroga (Literaty, Madrid) y María José y Noelia (Evento Devoralibros, Barcelona).

Mil gracias también a todas las *bookstagrammers* que hacen reseñas de mis novelas. Gracias por leerlas y darles la mayor difusión posible en RR. SS.

A Marien Fernández Sabariego, ADYMA Design, por la portada tan preciosa que ha hecho y la maquetación. A Carolina Ramos, por la corrección y el cuidado que pone en su trabajo para que llegue a las lectoras en el mejor estado posible. Gracias a las dos por esos ratos en los que compartimos dudas, experiencias y risas.

Y, por último a ti, lector@, por elegir una novela mía para entretenerte. Espero que hayas disfrutado de esta historia.

BIOGRAFÍA DE MABEL DÍAZ



Mabel Díaz nació en Bilbao, en 1977. Tras vivir unos años en Alcoy (Alicante), el amor la llevó a Madrid, donde reside en la actualidad. Siempre le gustó leer y devoraba cada libro que caía en sus manos. Empezó a escribir romántica y erótica como *hobby*, para sacar todas las historias que tenía en su cabeza y que amenazaban con volverla loca. Así nacieron Entre mis brazos, Cuando te falte mi piel, Cómplices del placer, 3 te odio y un te quiero, No me busques más, Amarte a escondidas, Una relación clandestina, La última noche contigo, El fuego que arde en ti y Seduciendo a un ángel, entre otras.

BIBLIOGRAFÍA

- Entre mis brazos (2ª edición)
- La última noche contigo
- El fuego que arde en ti: Hermanos Mackenzie 1. (2ª edición)
- Dulce tentación: Hermanos Mackenzie. (3ª edición)
- El calor de tus besos: Hermanos Mackenzie 3. (2ª edición)
- Bajo las estrellas
- Coser mi alma rota
- Amor a quemarropa & Perfecta (2ª edición)
- 3 te odio y un te quiero
- No me busques más
- Adicto a ti (2ª edición)
- Cuando te falte mi piel
- Amarte a escondidas
- Una relación clandestina: Amarte a escondidas 2.
- Los besos que no te di: Amarte a escondidas 3.
- Cómplices del placer
- Seduciendo a un ángel
- Un amor de cinco estrellas (2ª edición)
- El príncipe que salió del cuento (2ª edición)
- El que se enamora, pierde.
- Love & Secrets: Bilogía Love I.
- Bala perdida: Bilogía Love II.

Table of Contents

[Nota de la autora:](#)

[Índice](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía de Mabel Díaz](#)

[Bibliografía](#)